

poéticas en barro

apuntes irreverentes en
la construcción de
narrativas situadas

Compilado por:
Ximena Cabral
Paola Bonavitta



Equipo editorial

Mariela Edelstein

Pía Reynoso

Nico Ponsone

Filippa Dalmasso

Estrella Urschel

Compiladoras

Ximena Cabral y Paola Bonavitta

Corrección:

Eloísa Oliva

Colección *Encuentros en la extensión crítica*

Directora de la colección

Mariela Edelstein

Coedición

ANARCHIVO. Editorial de cultura,
tecnología y comunicación

Directora: Ileana Ibáñez

Coordinadora administrativa: Micaela Arrieta

Asistente editorial: Agustina E. Giraudo

Córdoba, Agosto 2026

Poéticas en barro : apuntes irreverentes en la construcción de narrativas situadas / Ximena I. Cabral ...
[et al.] ; Compilación de Ximena I. Cabral ; Paola Bonavitta ; Coordinación general de Pía Reynoso
; Mariela Edelstein ; Prólogo de Claudia Aboaf ; Mirta Fabiana Millán. - 1a ed. compendiada. -
Córdoba : Universidad Provincial de Córdoba Ediciones ; Córdoba : Anarchivo, 2026.
Libro digital, PDF - (Encuentros en la extensión crítica ; 2)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-6530-53-0

1. Estudios de Género. 2. Participación Ciudadana. 3. Acción Comunitaria. I. Cabral, Ximena I. II.
Cabral, Ximena I., comp. III. Bonavitta, Paola, comp. IV. Reynoso, Pía, coord. V. Edelstein, Mariela,
coord. VI. Aboaf, Claudia, prolog. VII. Millán, Mirta Fabiana, prolog.
CDD 800



Estos contenidos están reservados bajo una licencia
Creative Commons Atribucion (by)

ÍNDICE

Prólogo: Corazonar e incomodar

Mirta Fabiana Millán

5

Prólogo: Zona de penumbras

Claudia Aboaf

10

Leer en voz alta, conversar a la sombra

Introducción a una extensión crítica

Ximena Cabral y Paola Bonavitta

14

Huellas de resistencia.

El cuerpo de las promotoras ambientales dentro de
las lógicas de desgaste y lo subsumido

Sofía V. Moroz

17

Tocar la imagen, escuchar la materia.

Prácticas y métodos ecosomáticos desde la
videonarración a/r/t/ográfica

Ximena Cabral

32

Crear desde la fricción: apuntes del cuaderno de producción de Las Recicladoras

Eugenia M. Acosta

47

Danzar en torno al fuego: la palabra de las mujeres en el centro de la vida

Paola Bonavitta

65

Dionisia dice.

Palabras reverberantes en el espacio público

Natalia Franco

75

Textos y cuerpos.

Alternativas feministas para abordar los procesos de salud, enfermedad y cuidado

Natalia S. Drazile y Luciana Dezzotti

91

Un continuo Deleite

Jimena Ghisolfi

110

Bibliografía

125

Sobre las autoras

130



Prólogos

Corazonar e incomodar

Mirta Fabiana Millán

Zona de penumbras

Claudia Aboaf

Corazonar e incomodar

Mirta Fabiana Millán

Es muy grato y una se siente honrada cuando es invitada a prologar un libro. Pero cuando esta obra colectiva refleja entramados y tejidos de análisis que abordan las situaciones de nuestra sociedad y logran generar nuevos enfoques epistémicos, se convierte en un reto importante de abordaje teórico-práctico y necesario.

Agradezco la invitación a prologar este libro, proyecto dirigido por la doctora Ximena Cabral y la doctora Paola Bonavitta, denominado *Poéticas en barro. Apuntes irreverentes en la construcción de narrativas situadas* el cual nos invita a sumergirnos en la lectura de distintas experiencias de trabajo realizadas en la extensión universitaria.

Fue para mí un gran desafío, como lo mencioné al inicio, debido a los tiempos y situaciones que atraviesa la región en general y nuestro país en particular: un proceso democrático marcado por la profundidad de políticas neoliberales que se imponen; el desfinanciamiento de las universidades, que pone en tensión la labor científica y, específicamente, desmerece las ciencias sociales. Dado que las instituciones universitarias están atravesando un histórico recorte económico, es aún más valorable el esfuerzo de esta publicación, que adquiere una dimensión necesaria al dar a conocer el compromiso con la educación pública y el conocimiento analítico que se produce en el campo académico.

Por lo cual, es un desafío y un orgullo prologar estas experiencias académicas, que unen en sus autoras las facetas de cientistas sociales e integrantes de territorios que merecen ser

visibilizados, enunciados y analizados. Esto es necesario para construir un enfoque epistémico que nos permita una mirada interseccional e intercultural de los territorios habitados por personas dignas de ser nombradas. De allí el compromiso del rol de formación en la universidad pública.

Se valora la metodología empleada en las experiencias narradas, así como la forma de escritura desarrollada. En estos tiempos, es necesario comprender que la lectura de investigaciones debe dar a la sociedad en general la posibilidad de comprender lo que se investiga con recursos públicos. Por lo cual, este enfoque es también mérito de las autoras.

Entendiendo que la tarea de extensión en el tiempo actual requiere un mayor desafío, esta adquiere una dimensión y relevancia muy significativa cuando se articulan, entrelazan y cruzan investigación y extensión con feminismos y comunicación. Este punto de partida es un posicionamiento claro y necesario.

Desde el primer trabajo hasta el último, quedan reflejadas a lo largo del libro las reflexiones desarrolladas en los grupos de lectura, en la investigación y en el proyecto extensionista basado en una perspectiva feminista como posición epistemológica necesaria para un nuevo diálogo interepistémico en tiempos de negación de la diversidad cultural y la pluriculturalidad. Reflexionar sobre las lógicas dominantes eurocéntricas, patriarcales y colonizadoras es el desafío que tienen hoy las universidades, y es por ello que este material de análisis reflexivo in situ puede aportar y modificar la mirada naturalizada de las acciones que se llevan a cabo.

Las prácticas profesionales en los diferentes territorios que se abordan desde la academia, las formas de nombrar y la posibilidad de lo abordable interseccional e interdisciplinariamente, permiten nuevas formas de lectura y escritura en la academia. Estamos atravesando un cambio de época y una crisis civilizatoria a nivel humano, por lo que son muy importantes los aportes innovadores de este libro.

Por ejemplo, el cuerpo como territorio de disputas, como posibilidad de escucha y construcción, invita a las autoras a hilar las palabras, agudizar los sentidos y sentire. De lo individual a

lo grupal, se convierte en lecturas feministas y transfeministas, con el desafío de hurgar y tensionar, como dicen las autoras, de *incomodar*, pero a la vez transitar para trascender.

El *cuerpo* como portador de lo colectivo y las lecturas posibles desde el cooperativismo y el trabajo comunitario en relación al reciclado, como una «intervención política-económica específica donde un determinado género se ve inserto de manera predeterminada en la supuesta construcción y difusión de conocimiento ambiental en la sociedad». Sin embargo, se pueden realizar lecturas que den cuenta de la labor de las mujeres no solo en el sentido de la opresión, sino de la resistencia.

Encontramos también las voces y los cuerpos de adultas y adultos mayores, que visibilizan sus voces en un proyecto de radio, «abriendo camino a discursos colectivos capaces de transformar las visiones hegemónicas sobre el curso de la vida», experiencia en la que se establece la posibilidad del arte de decir, y las expresiones artísticas callejeras en espacios públicos.

El desafío de volver a ver y sentir la vejez con la mirada de los pueblos ancestrales, en la que la palabra del anciano o la anciana es valorada profundamente, se recrea constantemente entre ese ayer y ese mañana que deseamos.

‘Danzar en torno al fuego’: mediante talleres de alimentación y danza, el cuerpo se pone en el centro y, junto con la palabra, se vuelve acto y narrativa, transformación y resistencia. Los alimentos, cocinar, hablar, compartir, elaborar en torno al fuego como elemento necesario para la cocción de los alimentos, el abuelo fuego habilita para que salga el calor de la resistencia como cuerpos políticos, portadores de nuevos desafíos, sentires y dimensiones del lugar.

Otro título sugerente es el del capítulo «Eróticas de la basura. Afectividades, deshechos y el trabajo de las familias cartoneras». También el de «Suelos fértiles para la construcción de conocimientos sustentables: un diálogo con Coop. El Quirquincho, en los hortícolas del periurbano de Córdoba».

Invito entonces a *corazonar* la academia, la palabra y pensamiento. Es tiempo necesario para organizar y reorientar las investigaciones desde otros abordajes posibles. Este libro lo plantea,

con un posicionamiento epistémico claro, al cual abrazo. Deseo que puedan disfrutar la lectura de cada experiencia narrada en él, como yo lo hice. Es un orgullo poner en valor la edición de este ejemplar, editado por la Universidad Provincial de Córdoba, que es parte de un proyecto de extensión financiado por la Universidad Nacional de Córdoba. Doble mérito.

Poniendo el corazonar, al decir del antropólogo Patricio Guerrero Arias, como respuesta ética y política frente a la colonialidad del poder, del saber y del ser:

desde las sabidurías insurgentes, se trata de corazonar el sentido de las epistemologías dominantes y, al desplazar la hegemonía de la razón, se muestra la constitución de la humanidad entre la afectividad y la razón, cuyo horizonte es la construcción de propuestas epistémicas otras, y sentidos otros de la existencia (Guerrero Arias, 2010).

Las y los invito a recorrer la lectura de cada una de las experiencias realizadas. Sin duda podrán disfrutar, repensar y *corazonar* con cada una de ellas, logrando un trabajo colectivo y comunitario, con las oportunidades que nos abren para profundizar las perspectivas feministas, transfeministas e interculturales.

Zona de penumbras

Claudia Aboaf

Mientras leía este libro, conformado por textos de investigadoras mujeres, se me fue figurando cada propuesta en un diálogo con la Inteligencia Artificial (IA), o más bien con quienes la impulsan y la posicionan como un oráculo individual y unívoco. A cambio, estas propuestas están ancladas en las incertezas, en lo comunitario, y en el descarte de cualquier guía: después de todo, las direcciones señaladas por los tomadores de decisión acerca de cómo encaminarnos en esta civilización no resultaron en la secuela del paraíso. La burocracia estatal y los sistemas de gobernanza sin imaginación política abrieron paso a intereses capitalistas monumentales y a un extractivismo terminal, que se traduce en guerras geopolíticas. La policrisis en que nos encontramos, con información tecnomediada probablemente falsa, nos ha arrojado a la *solastalgia*, que es la angustia por ver degradado todo aquello que se ama.

¿Por qué seguir las instrucciones de esta civilización? La inercia es enorme y el sentido, cualquier sentido, parece derretirse entre las manos. Sin embargo, en los ensamblajes cognitivos que propone la ensayista y crítica literaria N. Katherine Hayles, de lo consciente y lo no consciente, podemos encontrar la interacción de sentidos biológicos y de representación como también en las búsquedas de estos trabajos que, al igual que Hayles, incluyen los procesos de la técnica. Entre las sombras inquietantes, oscurantistas, de vigilancia, y luces estridentes del mercado, la tecnocracia de acumulación capta toda nuestra atención. Sin embargo, podemos activar otros sistemas flujos de información que ocurren por

debajo del radar de captación consciente. Una inferencia que nos aventaje en esta zona de penumbras.

Escuchemos el eco interno de nuestra propia voz leyendo este libro, en aparente silencio, como «el eco en la cueva», sin más guía que las reverberaciones de las voces de estas autoras y las de quienes ellas interpelan, como un sonar que nos permita seguir distinguiendo aquello que se ama.

Sofía V. Moroz en su texto «Huellas de resistencia...» introduce el concepto de *penumbra ontológica*. Si ya no van a volver los tiempos de verdad/mentira, y nos movemos en zonas liminales indistinguibles de la virtualidad, entonces, la penumbra reclama otros sentidos. Al mixear éste con el trabajo de Ximena Cabral, «Tocar la imagen, escuchar la materia», me encontré con los «métodos ecosomáticos» que cuestionan el «ocularcentrismo». Esta crítica a la primacía de la vista por sobre otros sentidos de la percepción que vienen reclamando su notoriedad, se entrelaza a su vez con otras representaciones de «sentido» también opacas.

Sentido es un término nunca rigorizado, que aparece como una zona maleable para estas búsquedas. ¿Cuál sería el carácter de sentido para la humanidad puesta al borde del abismo, al borde de la destrucción de su propia construcción? Estas investigadoras avanzan a tientas sobre esta y otras preguntas. Sofía suma a la penumbra las «materialidades del mundo viviente y sus objetos» para describir cualidades inherentes y compartidas en la experiencia de las personas, que van más allá de lo visible o fácilmente registrable. El polvo, omnipresente en el entorno de las recicladoras, simboliza esta opacidad. Aparece lo implícito y lo no narrado. En diálogo, Ximena promueve la adopción de «métodos bastardos, disléxicos, irreverentes» que liberen las prácticas de la «infección de pureza». Esto implica una aproximación «sucía, atenta, perceptiva» a la creación, desde un «materialismo sensible». Se pregunta si es posible «escuchar la materia (...) desde los poros, con todos los orificios».

Eugenia Acosta, en «Crear desde la fricción», propone una ecología de medios con «estéticas sucias» en base a diferentes cooperativas del sector cartonero y otros colectivos culturales. Rechaza la «limpieza» técnica y el «embellecimiento» en el

proyecto transmedia que analiza. Dialoga con la temática del reciclaje, afirmando la vitalidad del entorno. Se pregunta qué significa crear desde la fricción. ¿Es desde la incomodidad y el conflicto, como sugiere Yuderkys Espinosa Miñoso? Eugenia nos cuenta que para procesar estas fricciones es necesario acoger estas incomodidades. Tal como las recicladoras aprovechan los desechos, dándoles una segunda vida que no olvida las anteriores, cargadas de información no blanqueada que otros eligen ignorar. Al friccionar la práctica, el vínculo con personas y territorios se vuelve revelador, y activa la búsqueda de herramientas que eviten el extractivismo.

En «Danzar en torno al fuego», Paola Bonavitta nos cuenta que rechaza el positivismo tanto como esta corriente rechaza las investigaciones «con corazón». El positivismo ha promovido la grieta sostenida que partió en dos el mundo y nos ha convertido en animales bipolares. Son estas esferas de conocimiento las que acumulan para cada cual, órganos como la cabeza o el corazón, para luego jerarquizar la inteligencia por sobre las emociones. Que se transponen hoy a la aceleración en la carrera de las plataformas: a la inteligencia, esta vez artificial, sedienta de agua y energía por sobre el territorio. Paola propone, entonces, cómo se vuelven a mirar los sucesos íntimos con «metodologías vivas», en las que se legitima lo doméstico, incluso lo que no se sabe para qué sirve.

Si cerramos los ojos, desterrado el oclocentrismo, aparecen las «reverberaciones» de las palabras que escucha Natalia Franco en su texto «Dionisia dice»: «palabras cargadas de historias, deseos, contradicciones, crítica, ternura y lucha», que activaron sentidos que no se agotan en el instante de la emisión, sino que persisten, se transforman y se expanden proferidas por personas mayores. En *El Muro de los Dichos*, una intervención artística clave que «desafía los estereotipos sobre la vejez» (los «mitos viejistas», como le gusta decir), desanda esos mitos para proponer una gerontología comunitaria, en tiempos en que, a los viejos, en sus rondas de protesta, se les pega para ausentarlos de las cuentas.

En «Textos y cuerpos», Natalia S. Drazile y Luciana Dezzotti trabajan sobre las estructuras de poder en los procesos de salud. Nos invitan a la lectura de los cuerpos, en la que cicatrices pro-

pías y heredadas signan de manera desprolija, pero no menos hablante. Incluso cuando «los cuerpos se mueven y también nos cuentan cómo se mueven, sus varias actividades cotidianas, trabajos, descansos y otros rituales de autocuidado» ellas leen en las ornamentaciones de los cuerpos, clases sociales, trayectorias y costumbres. Los mapas que van trazando son la «corpografía» caótica que surge de la vida encarnada. Al igual que las otras investigadoras de este libro, apuestan a revolverlo todo y a que los segmentos narrativos en apariencia inconexos se rearmen tanto en los cuerpos como en este libro, que trasunta confianza mutua.

«Un continuo Deleite», de Jimena Ghisolfi, toma nota de un festival que se celebra en Córdoba, analógico y performativo. En este microcosmos que resurge a través de los años, nos cuenta que cada edición es una «cadena infinita de repeticiones» en la que las copias no son idénticas, permitiendo una restauración y evolución tanto del festival como de sus gestoras. *El Deleite* va generando capas de experiencia de cuidado para crecer, según analiza Jimena y «genera parientes», como sugiere Donna Haraway, para el mundo porvenir: entre sus públicos, las y los artistas y otros colectivos. En definitiva, esta experiencia impulsa «modos de ser público (...) de circular por ciertos centros y de caminar por las orillas».

Hay zonas autónomas, aunque más no sea temporales, donde poder circular con nuestro cuerpo y pensamientos, zonas imaginativas donde surge algo de nosotrxs mismxs, desde este sur, un reservorio activo que elude formas políticas cristalizadas. La confianza mutua a la que me refiero en este prólogo se refiere al acto de juntar voluntadess, que no es poco. Esa confianza, es necesaria para seguir la intuición: rayos de claridad que encienden la vida cuando decidimos conjugarlos con otrxs. Como lo afirma el cuestionado Hakim Bey, con su «anarquismo ontológico» podemos habitar esas zonas ahora, no como algo que puede suceder, sino que está sucediendo.

Leerlas es notar el reverso del mundo donde la vista, las certezas o los oráculos algorítmicos, no parecen conformar hoy un kit de supervivencia. A cambio, en este libro podemos encontrar claves para moverse en esta zona de penumbras.

Leer en voz alta, conversar a la sombra

Introducción a una
extensión crítica

Ximena Cabral
Paola Bonavitta

Esta compilación nace de tardes de lectura.

También de aromas, sonidos y conversaciones a la sombrita. Allá, en las experiencias que cada una de las autoras atravesó en sus trabajos de campo: visitas, tardes de mate y talleres en barrios y villas.

Brota como resultado de un grupo de lecturas desde los feminismos contemporáneos, que se inició durante la pandemia, en 2020, en medio de pantallas y exceso de trabajo. Fue para nosotras un refugio, un espacio de encuentro en el que leer y conversar sin apuro nos transportaba a otras posibilidades de mundo. Arrancamos con las ansias de encontrarnos, pensar juntas y dejarnos conmover.

Mientras todo era acelere y exigencias de productividad, el grupo fue un remanso donde el tiempo se detenía y el deseo emergía a través de letras movedizas que impulsaban la curiosidad. Interdisciplinario e insurrecto, fue alojando a visitantes transitorias, a lectoras sin esfuerzo, a investigadoras desprotegidas, a algunas que jamás se fueron. La clave: el encuentro, desafiando algunas lógicas de academia, a la que aún le cuesta tejer red. Sin querer (y muy) queriendo, estos intercambios fueron tomando la forma de encuentros metodológicos. Aparecieron las preguntas por los «cómo» acercarnos al territorio —en un momento en que los territorios centrales eran las pantallas, Zoom y Meet—. Y un punto central: ¿qué metodologías podemos pensar cuando cruzamos feminismos, transfeminismos y comunicación?

Hacia allí nos fueron llevando los encuentros. Más tarde, llegó un financiamiento para hacer extensión en clave crítica, feminista y comunicacional. Este libro es resultado de ese proceso, en el que la universidad pública tuvo mucho que ver. Porque, por un lado, forma parte de una colección de extensión crítica y,

por otro, es fruto de lazos que se van tejiendo al andar. En este caso, la Universidad Nacional de Córdoba —que alojó y financió al equipo— y la Universidad Provincial de Córdoba —que albergó la creación de este manuscrito— hicieron sinergia para crear de modo colaborativo.

Esta compilación nuclea parte de reflexiones, dudas y vísceras revueltas en forma de diarios de campo, tomas de nota y apuntes irreverentes. Como espigadoras y bichas rastreras, olfateamos y capturamos fotos, recuerdos y fragmentos de escritura para ensayar no solo un ejercicio de reflexividad, sino también —desde técnicas expresivo-creativas— otras maneras vinculares y de conversación con las cosas, los seres, los espacios y la materia.

En esta necesidad de documentar procesos y pensar juntas desde una sensibilidad-vasija (¡oh, Ursula!), hacemos presente aquella invitación que nuestras autoras y pensadoras feministas nos susurran: bajo el algarrobo, en un rincón de la cocina, cerca del fuego, a través de la ventana, con un trinar o en cualquier costadito donde nos detenemos a respirar un rato.

En estas páginas se encontrarán con experiencias, sentires, formas de trabajo y modos de hacer extensión crítica y feminista que de ninguna manera creemos únicos, pero que sí son las maneras en las que confiamos y con las que nos comprometemos. Porque senti-pensamos que tanto la ciencia como la extensión son acciones políticas, transformadoras y vehiculizadoras de formas más dignas de habitar nuestros mundos.

1.

Huellas de resistencia

El cuerpo de las promotoras ambientales dentro de las lógicas de desgaste y lo subsumido

—

Sofía V. Moroz



La praxis extensionista en Cooperativa de Reciclado

En las primeras horas de la mañana, aquel día fresco de junio, en compañía de mi colega de extensión y con el mate en mano, nos dirigimos hacia el Colegio San José. Esta institución educativa de nivel secundario se encuentra ubicada en la ciudad de Córdoba capital, relativamente próxima al área urbana central. La práctica de extensión representaba entonces, y en cierta medida aún lo hace, un campo amplio, casi desconocido para nosotras. A partir de la implementación de un taller de promoción ambiental, en dicho colegio y con mujeres de la Cooperativa La Esperanza¹, se filtraron relatos que por momentos se convirtieron en puentes y, por otros, en baches con abismales diferencias y claras semejanzas; todas nacieron de los pliegues del diálogo. Esta instancia de encuentro disparó en mi memoria la experiencia reciente del camión.

En días previos, en el interior del camión estacionado en la Planta Norte de la Cooperativa de reciclaje, envueltas en polvo inherente, entre la clasificación de residuos y el registro audiovisual, surgió una conversación espontánea con las trabajadoras de la cooperativa. Nosotras, inmersas en la acción, entre la bulla de la basura, la documentación y el trabajo manual e intelectual de separación. Todas mujeres, dialogando y coexistiendo en ese espacio compartido.

La expresión de sorpresa observada y mi necesidad de re-visitarse aquel instante específico sugirieron el deseo de cambiar

1. La Cooperativa La Esperanza, con sede en Córdoba capital (Argentina), agrupa a 700 miembros de diversos barrios. Alrededor de 360 son trabajadores del ambiente que gestionan la recuperación y reciclaje de residuos en la ciudad, beneficiando a 1000 familias. La cooperativa opera dos plantas de reciclado, 17 comedores comunitarios, y forma parte de la Federación Argentina de Carreros, Recicladores y Cartoneros de la UTEP, con una trayectoria organizativa de aproximadamente 15 años.

algo. Se trató de una incomodidad singular, pero de naturaleza paradójica cómoda, que me hizo detectar mi ritmo acelerado y se hicieron evidentes mi cotidianidad y la suya. La dimensión colectiva de nuestras existencias se manifestó allí, en ese espacio y en esos momentos. Entre las grandes bolsas que contenían basura seca, entre el desecho y el celular que registraba, brotó la singularidad de vidas que subyacen al polvo y surgen de él: mi propia existencia, la de ella y la de aquella otra persona también.

Me quedé vacilando entre la experiencia, el relato y la praxis extensionista en la que se ahogan vastos silencios. Considero que urge hoy un ejercicio de reconocimiento y comprensión: ¿hasta qué punto las resonancias de aquellas experiencias lograron realmente permear los saberes de aquellas mujeres, frente a la estropeada concepción de hacer una extensión instrumental y acrítica?

Los espacios que se dejan ver, los que surgen, parecen no acabar y desafiar cualquier cierre. Mientras que un dispositivo, técnico, se revela limitado e incapaz de registrar algunos de esos espacios. La lente y el micrófono captan lo que luego voy a reconocer como una falla de encuadre y un ruido en el aire, una perturbación. Sin embargo, aquella aparente interferencia no era mera cacofonía, sino la tangible presencia del polvo en la imagen, de la materialidad suspendida entre las personas y envolviendo el dispositivo. En imagen, era más detectable aquella oscuridad que no se circunscribía a la sensibilidad del sensor de la cámara a la luz; era un nexo sutil que nos conectaba en la opacidad compartida; una *penumbra ontológica*. Este concepto se refiere a una opacidad fundamental, una cualidad inherente y compartida en la experiencia de las personas más allá de lo que se puede ver o registrar fácilmente. El polvo fino y liviano se impregna en todo; cae y se adhiere en la piel, en la ropa, en las cosas. La cámara intenta capturar la acción y la inacción, mientras el polvo se presenta como un velo. Esa *penumbra ontológica* es una condición material compartida, una experiencia sensorial que las une más allá de sus roles diferentes y se manifiesta en aquello que no se narra explícitamente sobre sus vidas, sus luchas, sus saberes implícitos. Era, en esencia, la manifestación entre la potencialidad de la materia y su inevitable condición impura.

Los límites de lo audiovisual y los rastros en lo material

¿Son los dispositivos tecnológicos, en su capacidad de registro, intrínsecamente aptos para aprehender la intrincada urdimbre de las experiencias e identidades? Si bien el uso del lenguaje audiovisual como herramienta de visibilización y comunicación es el núcleo de mis intereses, reconozco su limitación inherente. La palabra escrita y hablada entra en juego y busca establecer un diálogo con esa imagen y con el audio, en un esfuerzo conjunto por construir o destruir, abordando espacios y tejiendo representaciones. En este contexto, nos preguntamos: ¿qué marcos metodológicos posibilitan el diálogo y la participación activa, trascendiendo la mera representación de un registro audiovisual?, ¿cuál es el rol que cumplen los dispositivos tecnológicos, con su capacidad de registro en esta fugacidad metodológica del encuentro?

La indagación en torno a los dispositivos tecnológicos de comunicación nos invita a explorar primeramente las capas subyacentes, el detrás de escena, la traducción político-económica de las representaciones que emanan de las vivencias de lo otro en la imagen y en el sonido. Una lectura desde la materialidad y la elocuencia de la materialidad disfrazada.

Para discurrir en actitudes, estrategias y hasta metodologías que nos permitan comprender la intrincada relación entre los distintos lenguajes en la praxis extensionista, emerge la constatación de que los dispositivos audiovisuales, por sí solos, no logran capturar la riqueza de las vivencias y la materialidad subyacente. Ante esta evidencia, surge la necesidad de buscar otras herramientas de comprensión. De mi mente brotan vagos y difusos recuerdos de la filosofía nietzscheana². El estrechamiento de la perspectiva y la estupidez (*Stupidität*) como condición de vida y crecimiento epistémico resuena como perspectiva posible aquí. Recuperar este concepto, para lograr un acercamiento genuino a la *reflexividad*,

2. Friedrich Nietzsche (1844-1900) fue un filósofo, poeta y músico alemán, que, entre otras cosas, desarrolló ideas sobre la crítica de la moral judeocristiana y el análisis de la voluntad de poder. El término *Stupidität* es empleado en su libro *Más allá del bien y del mal* (1886) para describir la capacidad del espíritu de reducir la realidad a formas asimilables. Es decir, no entendida desde un sentido peyorativo, sino como una condición fisiológica y metodológica de la voluntad de poder.

desde la otredad, y desgranar las relaciones sociales y políticas que, groseramente, continúan permeando nuestras representaciones sobre las experiencias ajenas. Y aunque la reflexividad no se constituye como una metodología en sí, es fundamental retomar esta actitud en la praxis extensionista, como modo crítico en cualquiera de las metodologías que usemos.

¿Qué metodologías se utilizan en las praxis extensionistas? En este caso, para la reflexión de la experiencia, me permito encauzar, de alguna manera, dentro de las *metodologías cualitativas críticas*, con la intención de buscar la profundidad desde las narrativas, los cuerpos, las relaciones sociales, políticas y las condiciones materiales presentes.

Poder romper el espacio, transgredir esas demarcaciones convencionales, desnudarse, despojarse de los trajes levita de identidades previamente establecidas, dejar que nos interrumpa la sorpresa, enaltecer y desconceptualizar a la vergüenza como mecanismo de ocultamiento. De las dinámicas intersubjetivas y el reconocimiento de las posiciones en el campo social nos habla Pierre Bourdieu. Rosana Guber, por su parte, introduce esta vacilación en el proceso investigativo (no necesariamente extensionista) como una instancia de reflexividad anclada en la subjetividad de aquel que investiga.

Insisto en la paradójica y, por ello, necesaria postura epistemológica que concibe la reflexividad como un fenómeno emergente e inseparable de las condiciones materiales de existencia que la configuran y la circunscriben. En el ejercicio de la reflexividad extensionista, identificamos y encontramos algunas respuestas, aunque no inherentes a una autocrítica. Nos permite encontrar huellas de aquello que no se narra, lo que permanece tácito, pero que emerge con fuerza en los métodos de reconocimiento personal y material.

Resulta de gran importancia *comprendernos desde el proceso social*, y atendiendo a las condiciones históricas, económicas y políticas; considerar la posibilidad dialéctica de hacer lecturas sobre los cuerpos o quizá abstraerse momentáneamente de la inmediatez corporal objetiva, para luego retornar a ella con una conciencia agudizada de su inscripción en el mundo.

En este ejercicio crítico, Karl Marx es nuestro guía y se erige como faro; pero también lo será la crítica audaz y feminista de Silvia Federici.

Esta convergencia teórica nos invita a reflexionar sobre nuestras lecturas y establecer marcos interpretativos y de reorientación epistémica de nuestra mirada. En este sentido, la concepción sobre la mirada no está limitada a la mera función retiniana de percepción mediante la acción de la luz, sino a una mirada enfocada en la comprensión material de lo existente. Comprendemos, de esta manera, la realidad como construcción objetiva-subjetiva, permanente y provisoria, atendiendo a las condiciones materiales de existencia y, por lo tanto, a las lógicas político-económicas imperantes del modo de producción capitalista, considerando las relaciones sociales y de poder que se establecen entre los géneros desde la división del trabajo.

La otra persona, ahí, entre polvo, inmersa en la densidad informativa que trasciende la elocuencia verbal (el habla), pero aflorando desde el relato, nos interpela y atraviesa. La mera praxis extensionista, desde la crítica y la reflexión, nos invita a explorar metodologías desde la *transmutación* que, contrario a enmudecer, aflora a gritos una *materialidad que se oculta en el relato*. Una materialidad con potencia disruptiva, teóricamente invisibilizada en las narrativas dominantes.

La cuestión central pareciera radicar en la modalidad de *abordaje del vínculo intersubjetivo*: ¿aproximación cautelosa o avance decidido?, ¿arribo paulatino o irrupción en el espacio ajeno?, ¿establecimiento gradual de confianza o fractura de la invisible barrera del desconocimiento mutuo?

Ahora bien, ¿bajo qué marcos metodológicos trabajamos las diversas maneras de coexistir, habitar y atravesar espacios compartidos? No basta únicamente con una metodología circunscrita a la escucha activa, participativa o involucrativa. Nos enfrentamos a la trascendencia de la suma de estos componentes metodológicos y más.

En este sentido, se propone un paso lento, pausado, un movimiento que nos permita llegar al espacio de lo otro desde una crítica hacia la rigidez de los manuales metodológicos conven-

cionales; una *temporalidad ralentizada* que cuestione la subsunción de la lógica de la acción productiva a la propia experiencia del ser en sensación despojada de la tarea. Se reconoce que lo rápido se olvida y que la aceleración en los procesos provoca fugas valiosas. Más que un mero desplazamiento físico, se trata de un estado temporal dilatado, sometido a una alerta constante. Por el contrario, el ritmo lento nos da tiempo para subvertir la primacía de la utilidad en la construcción del conocimiento y la praxis extensionista, para trascender la compulsión propia de la lógica capitalista y, por efímeros instantes, despojarnos de lo mercantil, de lo macabro del actual modo de producción.

Bajo este principio orientador en torno al acercamiento, permanencia e interacción, no se pretende la construcción colectiva del conocimiento, sino más bien, apunta al reconocimiento de las capacidades de las comunidades para analizar las realidades, tomar decisiones, realizar acciones colectivas y profundizar las particularidades comunicativas³.

Las narrativas desde los pliegues

La descripción de las experiencias en el relato constituye una minúscula parte, un fragmento diminuto del encuentro con los demás; es el resultado de formas de lecturas, facetas de miradas, construcciones situadas desde nuestra perspectiva determinada por la realidad social y material.

La explicitación narrativa de las experiencias desde el relato posee una potencia innegable. Sin embargo, las narrativas, tanto individuales como colectivas, constituyen una transformación subjetiva de la realidad, un decoro humanamente necesario, un artificio retórico que permite comprender una parte sin aspirar a ser una fiel y exhaustiva representación del todo. Es por esto que, a modo de propuesta, ingresa una técnica particular: el *desmembramiento de las narrativas* de las promotoras ambientales, atendiendo a las condiciones sociales de existencia, que no conllevan necesariamente otras técnicas participativas con dicha comunidad.

3. En futuras experiencias y como avances posibles en esta discusión, se podrá profundizar en el diseño de intervención y proponer técnicas específicas.

En extensión, el hacer práctico comunicativo logra transformar el entorno y modificar las relaciones intersubjetivas que constituyen al sujeto colectivo. Este hacer implica una dialéctica de transformación mutua y una integración dinámica entre la abstracción conceptual y la acción tangible. En este marco, la promoción de conocimientos y prácticas sobre el medio ambiente se erige como una narrativa de resistencia, capaz de transformar las representaciones sociales, justificando y abriendo camino a la reproducción de la vida y el sostenimiento de este trabajo singular.

En el rastreo de las huellas de resistencia, el desmembramiento de las narrativas implica identificar unidades de significado, analizar temática y estructuralmente el relato, incorporando una actitud reflexiva y crítica hacia las lógicas de desgaste⁴, imperantes de la sociedad actual.

Huellas en el cuerpo: la resistencia cotidiana y subterránea

La promoción se concreta mayoritariamente en el encuentro físico. Es en ese encuentro frontal, el frente a frente, el momento en que los cuerpos afloran. La corporeidad de las personas y de las cosas filtra las condiciones materiales de existencia y de la historia. Ese otro cuerpo, que se manifiesta, se nos presenta y nos representa en algunos puntos; nos define y nos delimita como proceso de construcción de identidades; y se desplaza entre la distancia y la proximidad del *continuum* dialógico. Ese otro territorio vivo, ajeno pero similar en algún modo, exacerba nuestra intrínseca necesidad de trascender los límites del conocimiento en un autosuplicio de saber qué más hay.

Para desentrañar la intrincada imbricación entre la promoción ambiental y la segregación de género en su praxis, debemos tras-

4. Este concepto alude a los mecanismos y dinámicas inherentes al modo de producción capitalista que generan agotamiento físico, emocional y social en las personas, especialmente en aquellas que ocupan posiciones subalternas. Esta situación ejemplifica las lógicas de desgaste con las promotoras ambientales a través del uso que el modo de producción capitalista realiza de su fuerza de trabajo de clasificación, mientras que el patriarcado invisibiliza y desvaloriza su tarea de promoción, asignándose como una extensión natural de su rol. Este doble esfuerzo genera un desgaste físico y emocional que se perpetúa si no se cuestionan estas lógicas subyacentes.

cender metodológicamente la convencional observación participante. Es menester sumergirse en la indagación sobre los cuerpos entendidos como herramientas de trabajo y, en su materialidad y sus capacidades, que se erigen como portadoras de fuerza de trabajo capaces de crear valor.

En *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Silvia Federici pone de manifiesto las metamorfosis trascendentales operadas en la posición social de las mujeres y en la génesis misma de la fuerza de trabajo. De la mano de dicho análisis, proponemos la *interseccionalidad* en la lectura para detectar quiénes llevan a cabo la continua y paradójica tarea esencial de la reproducción de la fuerza de trabajo, a la par de la reproducción de lo simbólico en la promoción ambiental, proceso que históricamente ha perpetuado siglos de silenciamiento y subalternización.

Con esta perspectiva, el cuerpo se revela como una clave fundamental para desentrañar la historia del desarrollo capitalista y, a través de ella, las raíces profundas del dominio masculino. El cuerpo, en su materialidad, ha servido como un ancla histórica instrumental, facilitando la consolidación del poder patriarcal y la explotación masculina del trabajo femenino. Como afirma Federici (2004: 39):

El cuerpo es para las mujeres lo que la fábrica es para los trabajadores asalariados varones: el principal terreno de su explotación y resistencia, en la medida en que el cuerpo femenino ha sido apropiado por el Estado y los hombres, y forzado a funcionar como un medio para la reproducción y la acumulación de la fuerza de trabajo.

En otras palabras, para que el capital pudiera expandirse fue necesario despojar a los individuos de la libre disposición de su corporalidad, transformándolos en engranajes de la maquinaria productiva y asignándoles roles, desde la división social y sexual del trabajo, en un modo de producción donde el género determinaba las tareas y, por ende, el valor de su trabajo. En este contexto, las mujeres quedaron reducidas en su aspecto social, económico y político, por muchos años, a la reproducción de la fuerza de trabajo.

Los roles adoptados por las mujeres en la Cooperativa de reciclaje son variados. La promoción es una de ellas, pero también lo son la separación de residuos para su posterior prensado. Esa manipulación de desechos trasciende la mera acción física y, a su vez, la promoción ambiental trasciende lo intelectual. Sus cuerpos, lejos de ser meros receptáculos pasivos de polvo, se erigen como palpables manifestos de una conciencia social incandescente, una lucha tenaz, capaces de sostener resistencias; engendran la dramatización de la fuerza productiva y la voluntad del movimiento conforme a un fin.

El cuerpo es la condición de existencia de la fuerza de trabajo, es su materialidad, y constituye el principal elemento de resistencia. Oscilando entre la génesis de la construcción de la sociedad y la conformación de identidades sociales, el cuerpo demanda una indagación que permita desgranar las huellas de resistencia presentes en él.

¿Qué sectores sociales soportan una carga desproporcionada en la mitigación de las crisis ecológicas a través de la promoción ambiental? Al intentar responder a dicho interrogante, advertimos que, generalmente, se cae en el riesgo latente de focalizar el análisis en conductas individuales. Esta perspectiva desvía la atención de los procesos sociales e históricos de cambio social y desdibuja los necesarios puntos de análisis: las relaciones sociales de producción, la reproducción de la fuerza de trabajo, la división social y sexual del trabajo, entre otros. Considero interesante, entonces, analizar e identificar cómo ciertos grupos, históricamente marginados y oprimidos, son implícita o explícitamente responsabilizados de implementar prácticas sostenibles y de promoción, mientras que las dinámicas del modo de producción que originan la degradación ambiental permanecen relativamente inalteradas.

Volviendo a las prácticas metodológicas, surgen otros interrogantes, en este caso sobre cómo abordar el análisis de esta carga desproporcionada desde la trascendencia de las lecturas de las narrativas. En este sentido, un análisis desde lo material que atienda a la corporeidad se revela como un enfoque disruptivo y epistemológicamente potente. Considerar el cuerpo, no solo como un receptáculo pasivo de las lógicas de desgaste, sino como un

territorio vivo donde se inscriben las huellas de la resistencia y que nos invita a conectarnos con lo vivo pero subsumido.

La resistencia y sus huellas no se manifiestan únicamente en la protesta organizada, sino también en las prácticas de cuidado, en las estrategias de supervivencia, en la transmisión de saberes ancestrales sobre el territorio y en la persistencia de formas de vida que desafían la lógica extractivista dominante. Las prácticas de promoción ambiental resuenan desde el cuidado del medio ambiente y desde el trabajo sobre el territorio. Si ponemos en juego la reflexión sobre esta práctica surgirán, a modo de destellos, las relaciones de poder presentes y las desigualdades estructurales que se corporizan. El foco tendrá que estar puesto en esa corporización convertida en un locus de resistencia. Esta perspectiva nos exige desarrollar metodologías que puedan leer estas huellas materiales, que puedan escuchar los silencios del cuerpo y que puedan reconocer en sus vulnerabilidades la potencia de una resistencia encarnada y profundamente arraigada en la experiencia vivida con marcas y rastros físicos, emocionales y generacionales.

Pero... ¡Atención! Las denominadas prácticas sostenibles, que a menudo se presentan como posibles soluciones, ocultan una limitación fundamental: su incapacidad de dismantelar y desestructurar las raíces del problema, las lógicas de desgaste y la continuidad del modo de producción.

En la Cooperativa La Esperanza, la comunicación interna y externa se despliega en múltiples prácticas de acción colectiva y de difusión en redes sociales, página web, en las calles, en actos políticos, entre otros espacios. Sin embargo, la circulación de mensajes tendientes a promocionar prácticas de reciclaje y recuperar hábitos, dialogar sobre experiencias individuales y sociales con el fin de legitimar el trabajo de las cooperativas de reciclaje, recae sobre las promotoras ambientales.

La promoción ambiental, desde las cooperativas de trabajo, lejos de ser una acción neutral, es intervención política-económica específica en la que un determinado género se ve inserto de manera predeterminada en la supuesta construcción y difusión de conocimiento ambiental en la sociedad. De hecho, si consideramos el individuo que la ejerce, lejos de perturbar el trasfondo de

prácticas patriarcales y cuestionar las estructuras de poder, vemos que, a menudo, prolonga la asignación histórica de las mujeres en la propagación de prácticas sostenibles, perpetuando lógicas extractivistas de manera desleal. La construcción de conocimiento que deviene de la intencionalidad de la práctica de promoción ambiental (que tiende a universalizar soluciones y descontextualizar problemáticas) se distancia de la trama de saberes comunitarios (que emergen de la intrincada relación entre los colectivos y sus territorios) y se inserta en las lógicas del extractivismo. Es por esto que asumimos un compromiso político al situarnos desde una perspectiva crítica frente a la naturalidad de la promoción ambiental y las relaciones de poder presentes en cooperativas de trabajo, con el fin de contribuir, desde reflexiones metodológicas, a la transformación social.

En sus cuerpos, en sus narrativas, convergen las contradicciones: huellas de extractivismo y huellas de resistencia. Como señala Silvia Federici (2010: 19): «el cuerpo de las mujeres ha sido históricamente un territorio de control y explotación». En el caso de las promotoras ambientales, sus cuerpos cargan con la historia de resistencia y lucha contra el extractivismo, pero también experimentan el *desgaste* inherente a esta batalla. Sus cuerpos se convierten en espacios de resistencia, pero también de agotamiento con carga histórica y condiciones materiales de existencia que se perpetúan reproduciendo ciertos roles de género en la sociedad, además de lógicas capitalistas y patriarcales. El cuerpo de las promotoras, entendidas como un territorio de resistencia y deterioro, naturaliza luchas en lugar de desafiar el extractivismo territorial. Como señala Alicia Bárcena, secretaria ejecutiva de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), «las mujeres son administradoras invisibles del medio ambiente» (CEPAL, 2016). Esta invisibilidad, arraigada en roles de género históricos, permite que el extractivismo se alimente de su trabajo y conocimiento, sin reconocer su valor esencial.

Ahora bien, ¿cómo consideramos esos cuerpos y qué términos utilizamos para definirlos?, ¿el cuerpo debería leerse como territorio? La dificultad teórica que recae en esta consideración es que desdibuja la capacidad de ciertos cuerpos materiales de generar

valor. El territorio es un elemento crucial en la reproducción social, sin embargo, es el cuerpo de la fuerza de trabajo el que aporta tiempo y energía propia en la creación del valor. ¿Hasta qué punto podemos considerar el cuerpo como territorio?, ¿no es, acaso, el territorio un objeto siempre en disputa en el actual modo de reproducción? Entender esos cuerpos desde su carácter material inserto en un modo político-económico con determinadas lógicas es comprender que este cuerpo es visto como territorio vivo y, a su vez, reconocer su carácter transformador consciente es clave para darle fuerza a esta lucha.

Una lectura desde la *interseccionalidad de las opresiones* se acerca y se filtra en nuestro caso reflexivo. La distribución de tareas dentro de una cooperativa, y la relativa y falsa casualidad de la promoción llevada a cabo por mujeres, forman parte de las huellas propias del opresor. Al reproducir acciones sin detectar o luchar en contra de ellas, sin denunciar su posición/rol, resultan enriquecedoras en la reproducción de ciertas lógicas, las mismas que forman parte de un modo de producción que las oprime. Y esto no es casual, es el resultado de un proceso histórico que deriva así mismo en el rol que recae en estos cuerpos de reproducción simbólica que justifica el extractivismo a modo de distorsión o falsa conciencia.

¿Qué es una distorsión? Este concepto ocupa un lugar central en el análisis crítico de Marx y, posteriormente, en la reinterpretación de Stuart Hall. Para Marx, la distorsión se manifiesta cuando se privilegia el punto de intercambio en el circuito del capital, oscureciendo las otras relaciones de producción. Como afirmaba Hall (2010: 140):

Marx(...) definió de manera más precisa lo que quiere decir con «distorsión». Pues este «despegar» desde el punto de intercambio del circuito del capital es un proceso ideológico. «Oscurece, esconde, encubre» —todos los términos están en el texto— otro conjunto de relaciones: aquellas que no aparecen en la superficie, sino que se encubren en la «morada secreta» de la producción (donde tienen lugar la propiedad, la explotación del trabajo asalariado y la expropiación de la plusvalía). Las categorías ideológicas «esconden» esta realidad subyacente y la sustituyen por la «verdad» de las relaciones de mercado.

La perspectiva de Federici vincula la acumulación originaria del capitalismo con la violencia histórica ejercida contra las mujeres y la sistemática apropiación de sus saberes y cuerpos (2004: 63). Al analizar el trabajo de las promotoras en el territorio, desde este marco teórico, se recrudece con firmeza la posición que tomamos en este artículo al comprender el extractivismo como un complejo fenómeno que va más allá de la simple extracción de recursos naturales, abarcando también la extracción de los saberes y la fuerza de trabajo de las mujeres que lo resisten y lo padecen.

En sus cuerpos, existen huellas de resistencia que resuenan profundamente con autoras como Rita Laura Segato y Lorena Cabnal. Si bien Cabnal se referencia en el cuerpo de la mujer indígena, sus aportes son de gran ayuda para comprender el cuerpo-territorio como espacio de resistencia ancestralmente disputado. Considerando este análisis, los cuerpos de las promotoras ambientales, a menudo mujeres que defienden sus territorios y comunidades, se convierten en *trincheras vivas* frente a las *lógicas de desgaste* impuestas por modelos extractivistas y la desvalorización de su labor.

Segato también analiza las formas de dominación desde las violencias. La autora advierte que los cuerpos experimentan las marcas de un modo de producción que históricamente ha buscado controlar su capacidad de acción y resistencia. Aun así, en sus cuerpos se dejan entrever los rastros, las huellas de esa resistencia, de ese silenciamiento que aflora a pesar de la subsunción.

Desafiando las lógicas de desgaste: huellas en la praxis extensionista

Desde mi propia experiencia, desde mi relato, emergen dudas y reflexiones que buscan descontinuar la naturalidad de los trazos convencionales de las praxis extensionistas. Desde la propia sensación de incomodidad, la sedimentación de metodologías ortodoxas, mis reservas respecto al ruido de la imagen y sonido en el registro, el acercamiento y la permanencia en el territorio, la limitación técnica de los dispositivos y la materialidad del vínculo intersubjetivo, invade la necesidad de una crítica de actitudes y las orientaciones de los encuentros con el otro.

La experiencia vivida junto a las mujeres promotoras de la Cooperativa de Carreros, Cartoneros y Recicladores La Esperanza en Córdoba, iluminada por las reflexiones emergentes del taller de promoción ambiental con dichas mujeres en el ámbito educativo secundario en el que participé, detona en mí una crítica que apunta a la reproducción inadvertida de roles de género en la promoción ambiental. Observo en sus cuerpos la pugna contra las lógicas de desgaste del modo de producción que impera y escucho, siento, palpo en sus relatos la mimesis narrativa de dichas lógicas que también resuenan en mí.

En este sentido, los párrafos anteriores apuntaron a constituirse como un debate crítico, económico y políticamente anclado en la consideración del proceso social e histórico como base para el entendimiento de las cosas. Podemos detectar, por un lado, la postura frente al compromiso político-económico que se asume al desnaturalizar la promoción ambiental y las relaciones de poder en las cooperativas y, por el otro, la búsqueda reflexiva de metodologías de praxis extensionista que operan por fuera de las lógicas de desgaste.

La perspectiva extensionista se propone desde una metodología dialéctica que busca vincular la materialidad de las existencias —cuerpos, objetos y narrativas— con las lógicas capitalistas que operan en los territorios. El cuerpo también, como territorio, vivo. Las propuestas sobre las consideraciones necesarias en torno al cuerpo de las promotoras, que se encuentra atravesado por la marginalidad en diálogo con las lógicas del sistema capitalista y la división social y sexual del trabajo, constituyen los pilares fundamentales de esta reflexión.

En este marco, dentro de este horizonte reflexivo, la inclinación hacia metodologías cualitativas críticas, feministas y dialécticas constituye una senda pertinente para el análisis profundo de las experiencias vividas, considerando narrativas, relaciones sociopolíticas y las condiciones materiales concretas en los objetos y en los cuerpos de ellas.

2. **Tocar la imagen, escuchar la materia**

Prácticas y métodos
ecosomáticos desde la
videonarración a/r/t/ográfica

Ximena Cabral



Una pared, zumbidos.
Cosas, seres y un lugar.
Llegar al territorio con un cuerpo como magma vibrante.
Abrir preguntas allí mismo —antes y después—.

¿Qué se abre molecularmente en una cáscara rota? ¿Cuántas escenas
se expanden? ¿Qué geografías habitan?
Acercarse, girar o cavar.
Acercar la yema de los dedos.
Conversar.

Y con todo eso, construir un diario de campo

Pensar desde las prácticas, interrogar desde las imágenes —y las escenas que éstas suponen en su cualidad de símbolo y huella— posibilita establecer otras enunciaciones, fuera de la lógica dominante de la representación, en la creación de obra desde el campo de la comunicación.

Parte de estas *torsiones* las fuimos explorando desde Cúbica¹, como laboratorio de creación de contenidos desde la universidad pública en conversación con los territorios. Desde las reflexiones, tanto de los grupos de lectura como en la investigación y en el proyecto extensionista que actualmente dirijo, abordamos la producción y realización desde una perspectiva feminista —no como campo temático sino como práctica de lectura epistemológica.

En esta instancia, comparto algunas imágenes y reflexiones desde donde explorar otros gestos decurrentes de las lógicas dominantes de captura de las imágenes y su montaje. Para ello, propongo una perspectiva indisciplinada, una práctica desobediente, una mirada desfocalizada —turbia— desde las materialidades de las cosas, sus atmósferas, los seres y sus territorios para pensar con las imágenes desde la videonarración a/r/t/ográfica.

A ver qué se escucha. Cómo sabe.

1. Cúbica Lab (Laboratorio de Contenidos en Ciencia, Salud y Ambiente) se inscribe en el Centro de Investigación en Periodismo y Comunicación (CIPECO) Héctor Toto Schmucler, de la Facultad de Ciencias de la Comunicación (FCC) de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Aprobado por Resolución Decanal 759/19 y RD-2024-767-UNC-DEC/FCC (2019-2026).

Materialismos sensibles o cómo hacernos de un método

Cuando nos planteamos cómo desde los territorios, mediante procesos de (con)versación, escucha y gestos, construir dispositivos comunicacionales que no reproduzcan estereotipos o discursividades normativizadas, normalizadas o espectacularizantes, volvemos a afinar los sentidos en pensar con los territorios desde las metodologías vivas.

¿Cómo hacernos de un método para esa conversación en y con los territorios? ¿Cómo dialogar con esas versiones, lenguajes, temperaturas?, y allí, ¿cómo subvertir, cambiar, partir los manuales instituidos sobre las instancias de preproducción en la creación y producción de obras/piezas audiovisuales?

Para abordar estas preguntas-llave, tomaré como referencia la videonarración «Refugio libertad A-141» en la que, a partir de fotos del archivo y el recorrido por el lugar, la detención en algunos objetos —que aún perviven en el espacio en el cual funcionó el ex Grupo de Artillería 141, posteriormente Centro Clandestino de Detención y de Tortura—, realicé una videonarración que ensaya sobre la agricultura familiar, la soberanía alimentaria y la filosofía de las ciencias.

Quizás sea por el oficio de cronista —con el que he habitado tantos años y que me permitió subvertir algunos de los dogmas sobre la realización audiovisual y las prácticas como investigadora, así como todos esos cruces posibles en el campo de la extensión crítica y la comunicación pública de las ciencias— por el cual comprendí que es en el territorio —en los reportajes/en el scouting /con sus seres y sus cosas— en la etapa de «la realización», la instancia nodal de la obra/creación/contenido².

Se llega y se vuelve distinta. Cada vez.

Y en ese ingreso, la confianza previa, un contacto-llave, una especie de *manso estar* vuelven radicalmente diferente la experien-

2. Es decir, si bien la etapa de investigación con la búsqueda de referencias y las lecturas de marcos previos es necesaria para los posibles «puntos de vista» y el esbozar alguna escaleta, lo que prefiero es anotar ciertas intuiciones o preguntas y salir con ellas a campo donde todo puede ser arrebatado, transformado, desubicado.

cia. Cuidar esas zonas de ingreso es parte de un trabajo previo que generalmente se pasa «atropellado» cuando la mirada está en la «captura» de escenas. Es decir, más que una «captura» hay una «creación con», una danza conjunta entre los seres y las cosas en los territorios. Y allí, la práctica del reportaje como reporteo se vuelve una conversación, un discurrir, una charla, un vagabundeo por los espacios.

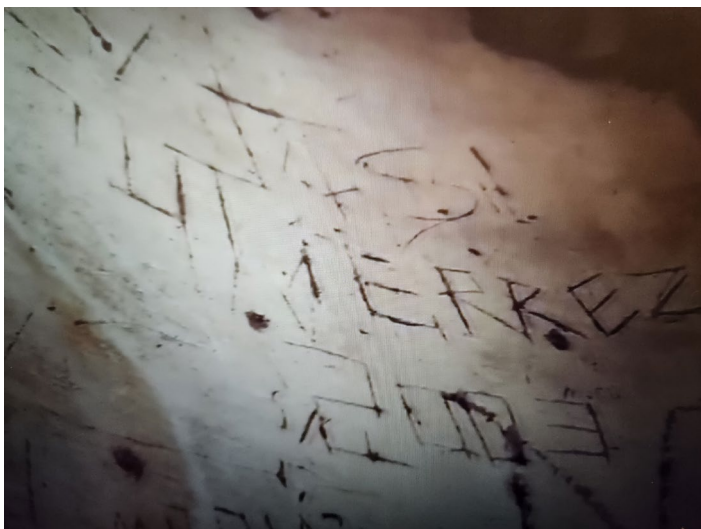
Aquí hago otro apunte necesario. Me interesa quedarme con la idea de «salir a rodar», más que pensar en la estructura de las jornadas de rodaje —que se torna completamente necesaria en el campo del cine de ficción en el que actuaciones, utilería y otras condiciones necesitan de una organización más ceñida—. Es decir, en el campo del ensayo, el documental de creación, la videonarración, la experiencia de «salir a rodar» la vivencio desde la danza y el gesto.

Salir a rodar como *posibilidad de rolar*, abrir perspectivas, tocar, hacer palanca, subir y orientarse. Y es en ese rolar, como práctica ecosomática³ desde la que se puede percibir y conversar con las materialidades del mundo viviente y sus objetos, sus cosas. Las huellas y lo que fisura. Tocar con las diferentes partes del cuerpo (huesos, órganos, fluidos) las diferentes materialidades del espacio.

En este punto, recordé las expresiones de Silvia Rivera Cusicanqui cuando propone un método: «curiosear/averiguar/comunicar» como una cuestión de ritmo, de conocer con el *chuyma* (diría) que incluye pulmón, corazón e hígado. Hay un ritmo con el que se camina, se conversa, se hace silencio y se respira, un ritmo que posibilita una respiración colectiva en diálogo-danza, donde esos pies pisan, la cabeza piensa y el hígado/corazón late en el territorio. Y hay una «atención creativa»⁴.

Mirar con el cuerpo, con un cuerpo que se mueve implica una lente que merodea, investiga, se cruza, se fija. El punto de

3. Para pensar desde las perspectivas y prácticas ecosomáticas donde poder incorporar algunos movimientos y gestos desde la filosofía de la danza, fueron sustantivas las lecturas propuestas por Marie Bardet y los apuntes de sus clases en «stado-danza», coordinado por Paola Overmeer Lemos en la Caracola, Córdoba, Argentina.



Acercarse y ver las texturas, aquellas huellas en los objetos. Curiosear, conversar, escuchar el espacio. Vibraciones de una escalera caracol. Maderas y cáscaras. Fuente: Cabral, Ximena. Fotograma de la obra «Refugio libertad A-141»

vista, pregunta. La lente se acerca casi hasta poder tocar la propia textura de las imágenes.

Y un guion «mutante». Que respira, se alimenta y defeca.

Desde allí, es un volver a pensarse y encontrar en los sonidos, los silencios, el cuerpo de las imágenes, la manera de narrar, preguntar, abrir sensibilidad.

Quizás por ello, en esa comprensión densa de los espacios y la materia, acordamos que el lugar para salir a rolar era el Refugio Libertad, un ex centro clandestino de detención y tortura, hoy sitio de la memoria donde se encuentran 50 familias que trabajan desde la economía popular en la agricultura familiar.

No dudé en que ese sería el espacio. Por paradójico, por tremendo y por esperanzador.

Ecosistemas de atención

En esa conversación en territorio hay una atención, detención, escucha. La escucha como posición tendiente al otro, como apertura —desde adentro— que requiere entonces de una particular atención: no solo en el «contenido» de una historia, sino en los modos de su enunciación, no solo en el contorno de una imagen sino en su profundidad, su fondo, lo que oculta al tiempo que muestra.

Lo que lateraliza. Y pensando desde la obra, aquellos muros y paredes del Refugio Libertad con sus grafías, poder preguntarme sobre cómo desarrollar ciertos «ecosistemas de atención» para escuchar en diálogo. No solo los cuerpos vividos, sino la materia, los objetos vividos.

Aquí, el concepto filosófico de «cuerpo vivido» permite una vía de ingreso para poner en valor una singularidad —que no puede enajenarse—, una perspectiva —siempre biográfica— y en un encuentro con otros cuerpos y, también, con cosas.

4. Explica Verónica Gago (2017), al referenciar este método propuesto por Rivera Cusicansqui, que la primera acción es curiosear, y remite al «vagabundeo». Es la poética figura del *flâneur* que evocaba Walter Benjamin, como una capacidad de conectar elementos heteróclitos gracias al modo mismo de discurrir, transitar, vagar. En esa línea, la mirada periférica incorpora una percepción corporal, envuelve un estado de alerta. Se hace en movimiento, por lo que guarda cierta familiaridad con lo que ha llamado la atención creativa.

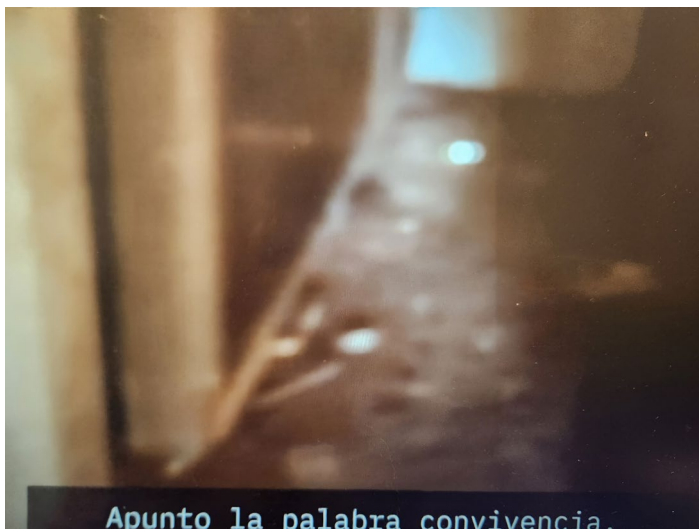
No es un cuerpo universalizable ni abstracto ni objetivable, es el cuerpo que nos ubica en el espacio y en el tiempo, el que establece la lejanía y la cercanía de una manera subjetiva, el antes y el después en una temporalidad completamente personal, lo alcanzable y lo inalcanzable desde la propia experiencia del movimiento. Es el cuerpo donde cada sensibilidad, cada cicatriz, cada estría, cada localización física de las emociones, cada sensibilidad erógena, diseña un mapa totalmente personal. (Maffía, 2007: 2).

Nueva nota: es en el cuerpo donde cada sensibilidad es cada cicatriz, cada estría. Una localización física de las emociones, cada sensibilidad erógena, diseña un mapa totalmente personal.

Y me vuelven las imágenes del Refugio: ¿qué sucede con el cuerpo de los objetos, con los lugares, con cada una de esas baldosas laceradas? Anoto: ¿y cómo se compone esta materia sino por elementos muertos?, ¿por algo que ya estuvo ahí, en restos de lo que ya no está?

*En la podredumbre
del tiempo y los seres,*





De las diferentes tramas y trazos que intervienen en la materia. Las marcas de las escrituras sobre las baldosas testifican del paso por el batallón. Los deseos, sus rastros y nombres propios. Fechas y lugares como deseo de anclar algo para que no se extermine.

Fuente: Cabral, Ximena. Fotogramas de la obra «Refugio libertad A-141»

Marie Bardet nos acerca también otra clave para conversar con una escucha activa. Según la autora, es a partir de las prácticas de la danza —no como objeto de estudio sino modo de relación— en las que la percepción implica una escucha y acción al mismo tiempo:

Hablamos de la *afordancia* perceptiva, es decir: que percibir siempre es moverse, es una acción; que percibir siempre es tener cierta escucha y actuar al mismo tiempo. Que hay un saber, un conocimiento de nuestro modo de percepción del que no podemos dar cuenta a partir de la oposición entre activo y pasivo (...) cuanto hay una evidencia, una serie de experiencias donde se evidencia que la distinción entre activo y pasivo como oposición no funciona (Bardet, 2018: 30).

La filósofa rescata, e invita a danzar, la noción de *espectro sensible*, en la que la percepción no pasa por cinco canales distintos, sino que, como lo llama Isabelle Ginot, es cierta graduación y cierta variación dentro de un espectro en el que escuchar se prolonga con un mirar que se prolonga con un tocar. Esta idea de separar canales o sentidos, y desde allí la crítica al oculo-centrismo⁵, se realiza desde la escucha en la danza y lo que estas prácticas —sobre el espacio, los movimientos y la gravedad— abren.

De allí mi interés por traerlas a esta conversación sobre la creación desde el audiovisual y cómo dialogar en la videonarración a/r/t/ográfica permeable a descubrirse desde ecosistemas de atención sutiles y demorados.

La videonarración a/r/t/ográfica para danzar con y desde la materia

Volvamos a la obra.

A la tercera instancia, la del montaje. Como ese momento donde comienza a hablar el otro territorio: imágenes, archivos, textos, posibilidades infinitas.

Las notas del cuadernito de campo, en el que se apuntaban algunas descripciones y sensaciones que implicaban situarse en ese espacio de tortura, aislamiento y tensión reconvertido ahora en lugar de encuentro, memoria y prácticas de agricultura familiar, se abría en una tensión poderosa. El espacio recobraba su nombre como refugio, otro refugio. En ese inmenso espacio —aún con los surcos y heridas en baldosas y paredes— colindaba ahora con verdes plantines de frutales y aromáticas.

¿Con qué imágenes componer?, ¿desde qué tempo?

Esta tensión me siguió llamando durante largos meses posteriores a la visita. Los formatos y recursos expresivos en catálogo parecían deslucidos, aunque se explorara el ensayo o algún tipo de documentalismo. Aquí la idea de «hacer obra» en clave a/r/t/

5. Es interesante aquí destacar la crítica al oculo-centrismo realizada por Donna Haraway en «Conocimientos situados», en *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*, en tanto central, focal, y productor de la ilusión de universalidad de la mirada.

6. Desde el pensamiento aymara y la propuesta de Silvia Rivera Cusicanqui, pensar desde el *chuyma* rompe la dualidad occidental mente/cuerpo y entiende la vida como

ográfica⁶ —artist/researcher/teacher— abría a una perspectiva más íntima y personal de diálogo con el espacio y sus materialidades para, desde allí, disparar sentidos:

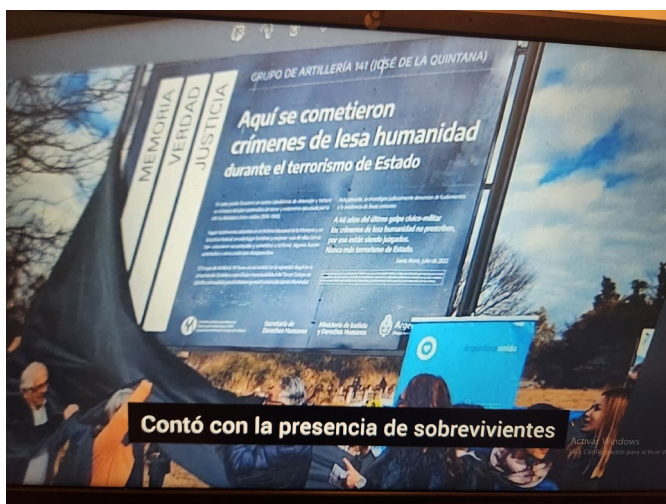
(...)el énfasis en la incardinación personal (artista+investigador/a+profesor/a) es importante debido a que conecta con los conceptos de *pensamiento encarnado* [embodied thought] y de *actividad situada o pensamiento situado* [situated activity, situated cognition] que afirman que el pensamiento es inseparable de la acción y de los contextos sociales y culturales.(...) En a/r/tografía no se trata de delimitar los hechos u acontecimientos denotados sino de recorrer y ampliar el panorama de connotaciones, por lo que se trata de una búsqueda del sentido en lugar de determinar el significado (Marín Viadel y Roldán Ramírez, 2019: 887).

Esta indagación desde la a/r/t/ográfica —aquí específicamente en la videonarración artográfica— se enlaza en esas torsiones que habilita el danzar —además de salir a rolar y ese movimiento que la cámara lente permite, en esta instancia de montaje, a partir de las secuencias y el ritmo propuesto para los materiales—.

Pero antes —y después— también: las preguntas se abren a partir del explorar, del hacer, en las maneras sutiles de investigar con las manos, pensar con los pies; elongar/quebrar/movimientos oblicuos que habilitan otras miradas, en la descontractura y la liberación de los paradigmas y nuestras prácticas patriarcales —que aún subsisten en las metodologías y abordajes en campo—.

He aquí la fertilidad de pensar desde esta práctica metodológica situada y flexible:

un proceso relacional y orgánico. El cuerpo depende de otros seres —plantas, alimentos, entorno— para existir, lo que refleja la cosmovisión andina, en la que humanos y no humanos forman parte de lo vital. En este sentido, el conocer no es un acto puramente intelectual, sino un proceso metabólico que implica «respirar y latir» en relación con el cosmos, entendido como red de interdependencias. Así, toda experiencia y todo pensamiento surgen en un espacio colectivo de relaciones compartidas, cuestionando la idea occidental de la autonomía individual.



El espacio como narrador, el uso de archivos para contar una historia en fotografías. Los subtítulos son un texto escritural, no hay concordancia con lo que desde el plano sonoro sucede. Las palabras se leen desde el silencio, se murmura en el recorrido con las avispas que viven en el interior. La agricultura familiar, como excusa, abrió a pensar en la memoria de los espacios, la serialización de los alimentos, la formación del gusto y aquellos debates epistemológicos sobre la producción de alimentos, la nutrición y la vida. Fuente: Cabral, Ximena. Fotogramas de la obra «Refugio libertad A-141»

La a/r/tografía es una «metodología de situaciones» (Irwin, et al., 2006: 73) y nos permite reconceptualizar el video-ensayo en este contexto, como una forma expresiva de indagación relacional para la interpretación o explicación crítica de diversas situaciones a través de formas originales de narración creadas en el mismo momento en el que son filmadas, dentro de una lógica a/r/tográfica de indagación vital (García-Roldán, A.; Guilart, Y.; Lara Osuna, R. 2023: 64).

Creo que lo que algunas conceptualizaciones nos permiten es hacer conscientes las prácticas, anoto más abajo. Tanto en el ingreso a territorio como en la producción de imágenes —cuando el montaje implica un territorio de secuencias de variados lenguajes— las conversaciones con seres, cosas y materiales implican una apertura y disposición vital.





Un cuadrito de mujer con añoranza del mar que perduró en una de las salas/ ventanitas que se hacen diminutas/ parte de las semillas de un pimiento que asemejan a un huerto. Desde el montaje se habilita la superposición de sentidos y fugas posibles creativas. ¿Son ventanitas o parcelas?, ¿a dónde van estas semillas? Fuente: Cabral, Ximena. Fotogramas de la obra «Refugio libertad A-141»

Es decir, y volviendo al momento de la edición y el montaje como instancia que se inscribe en un movimiento, en ese montaje instituyente, en aquellos silencios y esa imagen sucia es donde anida, pulsa y late una posible danza anticoreográfica entre la teoría, la práctica y la poética. O un abordaje desde una epistemología anticartesiana, sensitiva, en la que los lenguajes artísticos⁷ —y en el movimiento de la danza los seres vivos, las cosas y el espacio— conversan.

Allí, mis intereses. Aquí el intento de crear y desmontar obras.

Métodos bastardos, prácticas impuras

Anoto otra vez: dejar pasar el tiempo y volver.

Comprender por qué urgía poder crear con/pensar en la producción de obras y piezas audiovisuales. Ese «hacer imagen» desde una narrativa borrosa, compleja, descentrada, desfocalizada, en la que las prácticas están haciéndose, las imágenes se tocan y los materiales hablan. En la que el lente no está fijo. La percepción deja el oclocentrismo para poder expandirse hacia lo que huele, los sonidos, las distancias, los seres, las cosas y los gestos para invitar a la sugerencia. Es una percepción-acción /percepacción/ que incita.

Desde esta propuesta de lectura, creo que los modelos clásicos de clasificación de documentales entre observacionales, experimentales o performativos —por nombrar solo tres de las modalidades que puede explorar la videonarración a/r/t/ográfica— permitió mucho tiempo ensayar y ver las técnicas de representación de lo real pero que, en esta conversación con la complejidad de los espacios y de un pensamiento-sensibilidad de mundo poshumanista, decolonial, requiere e invita a crear desde una danza que no es quieta, ni erguida, ni frontal. O ¿cómo mirar desde las costillas?

7, Allí donde lo sonoro, las palabras, las imágenes, el tempo, las transiciones, las superposiciones del uso de las metáforas, metonimias, las elipsis se vuelven llaves para poder ahondar en aquellos cruces de sentidos que abren a otras instancias, pero remitiendo a ese «espectro sensible», que nos compartían las reflexiones de Bardet.

Y es allí que pensar desde métodos bastardos, disléxicos, irreverentes, en los que las prácticas se liberan de esa especie de «infección de pureza», abre un horizonte... rascando y husmeando en los sitios lacerados. Las manitos como garras. Al ras. Y donde las grietas adivinan brotes.

Aquí, desde un hacer a/r/t/ográfico que conversa con metodologías feministas que se zafan de un decartismo rancio, avinagrado, en la clausura de lo sostenido y lo quieto. De las planillas como grilletes.

Pensar desde la videonarración a/r/t/ográfica como práctica sucia, atenta, perceptiva, desde un materialismo sensible que me permite conversar con lo real. Otra vez, ¿cómo escuchar la materia sino es desde los poros, con todos los orificios?

El progreso dejó de tener sentido de flecha. Hay llagas en los muros. Hay un suelo por donde se filtran tiernos brotes.

3. Crear desde la fricción: apuntes del cuaderno de producción de Las Recicladoras

—
Eugenia M. Acosta



No hay posibilidad de transformación sin conflicto. La incomodidad es una maestra. Nos enseña los bordes de lo que somos y nos empuja a construir otros modos de existencia

Yuderkys Espinosa Miñoso, 2014

Fricción Creativa: pensar una comunicación que cuide

¿Es posible, acaso, proponer metodologías de investigación y producción que se nieguen a replicar la fragmentación y el individualismo de las miradas hegemónicas para, en su lugar, abrazar el diálogo, el cuidado y el tejido colectivo de sentido? Este capítulo se sumerge en esta honda pregunta a través de la travesía que fue *Las Recicladoras*, un proyecto transmedia que se atrevió a crear desde la fricción como respuesta y camino.

En un mundo marcado por la complejidad de las crisis socioambientales y la incesante aceleración de las lógicas mediáticas y productivistas, surge una pregunta fundamental: ¿cómo construir comunicaciones que, más allá de informar, nos permitan habitar la tensión, reconocer nuestra interdependencia y contribuir a sostener la vida en su sentido más amplio? ¿Es posible proponer metodologías de investigación y producción que no repliquen la fragmentación y la individualización de los enfoques hegemónicos, sino que pongan en el centro el diálogo, el cuidado y la construcción colectiva de sentido?

Más que una simple estrategia, *crear desde la fricción* se revela aquí como un arte de habitar la propia tensión del encuentro, de acoger la incomodidad fértil que emerge cuando lo diverso confluye y lo complejo se despliega. Es una invitación a demorarse en los pliegues de los procesos colaborativos y situados, allí donde la aceleración y la búsqueda de una estética pulida ceden paso al reconocimiento profundo de los saberes que latén en los terri-

torios y en el pulso de las experiencias compartidas. Comunicar desde la fricción no anhela la fría eficiencia del algoritmo, sino que anhela el calor de los encuentros, la chispa de la interpelación genuina y el lento florecer de sentidos que nos ayuden a imaginar y construir mundos donde la vida, en toda su interdependencia, pueda ser sostenida.

En este capítulo propongo reflexionar sobre ese interrogante a partir de la experiencia del proyecto transmedia *Las Recicladoras*, una iniciativa gestada en la ciudad de Córdoba que busca visibilizar el trabajo esencial de los y las recuperadoras urbanas y, al mismo tiempo, tensionar críticamente las formas en que comunicamos sobre salud, residuos y territorio.

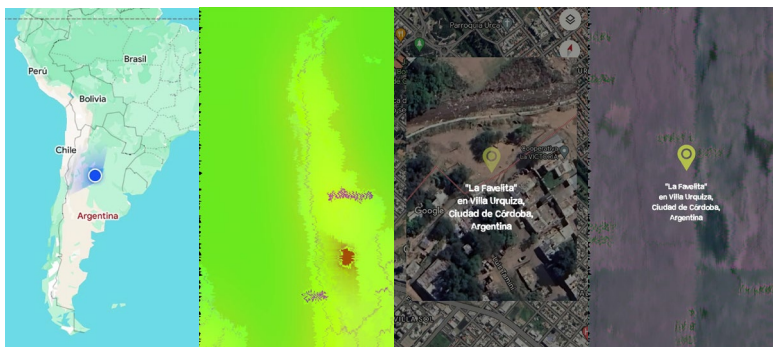
Aunque aquí profundizo en su aplicación al campo de la salud socioambiental, creo que esta búsqueda de metodologías vivas —ancladas en la fricción y el vínculo— puede abrir caminos en múltiples áreas de la comunicación contemporánea. En un ecosistema mediático marcado por la convergencia digital, que impone ritmos acelerados, estéticas pulidas y métricas superficiales, pensar y hacer comunicación desde una perspectiva situada es, también, un acto de desobediencia.

Las Recicladoras emerge de la convicción fundamental de que el conocimiento no reside únicamente en los espacios académicos legitimados, sino que palpita en los territorios y en los saberes forjados en la experiencia cotidiana. Por ello, el proyecto se concibe como una conversación entre distintos saberes (académicos, populares, artísticos) valorizando las voces de quienes, con sus manos y sus cuerpos, transforman la basura en posibilidad y tejen redes de cooperación.

A lo largo de este texto, me interesa compartir cómo la ética del cuidado atravesó cada etapa del proceso: desde el acercamiento respetuoso a las personas y los territorios, pasando por las decisiones formales y estéticas, hasta una estrategia de circulación que priorizó el encuentro por sobre el rendimiento algorítmico. Entendemos que esta apuesta estética y metodológica representa una dimensión política ineludible, una invitación a experimentar con formatos y lenguajes que se corren de la norma y a reivindicar otros tiempos: tiempos de vínculo, de proceso, de vida.

Este capítulo, entonces, es una invitación a pensar juntas, juntos sobre cómo podemos seguir creando, desobedeciendo y tejiendo redes en un mundo que nos llama a reconocer nuestra profunda interdependencia, explorando nuevas formas de hacer comunicación que pongan la vida y el encuentro en el centro.

Las Recicladoras emerge de una práctica de producción que busca trascender las tradiciones que históricamente han jerarquizado y fragmentado los saberes. Desde el comienzo, entendimos este proyecto como una narrativa transmedia de no ficción que se despliega en torno a la problemática de la basura y el reciclaje en Córdoba. Está compuesto por distintas piezas de comunicación que, al desarrollarse desde diversas líneas argumentales, construyen un relato coral y entramado.



¿Cómo se resignifica la práctica de producir conocimiento y comunicación cuando se elige construir desde y con un territorio que, en sí mismo, se nos presenta en fricción, con sus propias tensiones, saberes y resistencias? Fuente: Acosta, Eugenia. Fotogramas de la serie digital «Las recicladoras»

A nivel institucional, *Las Recicladoras*¹ se vincula con las propuestas en comunicación pública de las ciencias del Laboratorio Cúbica. Pero su desarrollo fue, ante todo, un ejercicio de colaboración con actores del territorio: la Cooperativa La Victoria (del sector carrero y cartonero), el colectivo cultural Jeta Brava (que trabaja desde la poética y la música con juventudes) y la Asociación Civil El Telar (integrada por docentes, investigadores,

1. Laboratorio Cúbica pertenece al Centro de Investigación en Comunicación y Periodismo (CiPeCo), Facultad de Ciencias de la Comunicación, Universidad Nacional de Córdoba.

estudiantes y militantes por la educación pública y los feminismos nuestroamericanos).

Para el equipo de trabajo, anclar el proyecto en su territorio —La Favelita, a orillas del río Suquía en Villa Urquiza, ciudad de Córdoba— fue una decisión metodológica y política. Conocer quiénes lo habitan, quiénes lo sostienen y qué historias lo atraviesan, resultó tan importante como definir los formatos o los canales de circulación. Esta dimensión territorial no es un simple telón de fondo, sino un espacio activo de producción de conocimiento.

Desde ese lugar, nos propusimos generar una conversación entre distintas formas de saber: académicas, populares, artísticas, comunitarias. Y lo hicimos reconociendo que no partimos de una verdad cerrada, sino de una apuesta por el diálogo horizontal. Queríamos revalorizar, en particular, los saberes de quienes han dedicado su vida al trabajo con los residuos, poniéndolos en conversación con otras tradiciones y lenguajes, incluidas las herramientas de la academia.

Este enfoque dialógico se tradujo en múltiples decisiones metodológicas y narrativas que atravesaron todo el proceso. Desde el inicio, concebimos *Las Recicladoras* como un proyecto transmedia no solo en términos de distribución, sino como una forma de producción que habilita conversaciones entre diferentes saberes, lenguajes y territorios.

Personalmente, me interesa pensar la transmedialidad no solo como una estrategia para llegar a más audiencias, sino como una metodología en sí misma. En una ecología de medios atravesada por la convergencia, los cruces entre lo digital y lo físico, lo *online* y lo presencial, me parece fundamental construir relatos que puedan habitar múltiples espacios sin perder su sentido colectivo y situado.

Cada formato —*reels*, carruseles, videopoemas, encuentros presenciales, piezas sonoras— fue pensado como una puerta de entrada a un universo narrativo mayor, donde la fragmentación no implica pérdida, sino posibilidad de sinergia. En ese sentido, la transmedialidad fue nuestra manera de practicar una conversación ampliada: entre plataformas, sí, pero sobre todo entre personas y saberes.



¿Cómo, desde la práctica comunicacional, podemos sostener experiencias y miradas, sin simplificarlas ni homogeneizarlas, para construir una narrativa verdaderamente coral? Fuente: Acosta, Eugenia. Fotograma de la serie digital «Las recicladoras»

Desde la etapa de producción, priorizamos el acompañamiento y la inmersión sensible en el territorio, reconociendo que el conocimiento no se transmite únicamente a través de las palabras dichas, sino también a través de los gestos, las miradas, los silencios y las marcas en el cuerpo. Esta primera instancia fue un ejercicio profundo de escucha.

En la realización, la creación misma se volvió un proceso de colaboración. Las decisiones estéticas y narrativas se tomaron de forma conjunta, construyendo un relato que aspiraba a ser significativo para todas las personas involucradas. No buscábamos representar desde afuera, sino narrar con quienes forman parte del territorio. El resultado final fue fruto de esa inteligencia colectiva que emergió del diálogo.

Durante la postproducción, sostuvimos esta ética dialógica al resistir la tentación de limpiar o maquillar lo que pudiera incomodar. Valoramos el material tal como había sido recolectado: con sus texturas, sus imperfecciones y sus huellas. La coherencia metodológica exigía que lo que habíamos cuidado en el vínculo se viera también en la forma.

Finalmente, en la etapa de circulación, priorizamos la generación de encuentros y el intercambio de experiencias por sobre las lógicas algorítmicas. Lejos de pensar la difusión como el cierre de un proceso, la entendimos como una nueva instancia de diálogo y de construcción de comunidad.

Las Recicladoras se configuró, así, como un proyecto en el que el cuidado no fue solo un medio, sino también una metodología y un fin. Pudimos reconocer y valorar los saberes que coexisten en el territorio, apostando por una forma de comunicación situada, sensible y comprometida.

Quisimos, además, poner en discusión la idea de que la comunicación es un proceso técnico o neutral. Desde esta perspectiva, comunicar es intervenir en una red de relaciones concretas, con sus tensiones, historias y afectos. La ética del cuidado, en este sentido, no fue solo un marco conceptual valioso, sino una metodología viva que impregnó cada elección del proceso.

Esta perspectiva subraya la interdependencia entre las personas y su entorno, además de poner en el centro la reciprocidad, la diversidad de saberes y el respeto por las corporalidades. No se puede verdaderamente cuidar aquello que no se percibe en su integralidad y esta ceguera es, en parte, producto de una configuración modernista, colonial y patriarcal que promueve una falsa autonomía individual y la mercantilización de los cuidados.

Si retomamos la definición de Cabral, Drazile y Mendizábal (2024) que entienden la ética del cuidado como «una perspectiva ético-política que reconoce la interdependencia fundamental entre todos los seres vivos y su entorno, valorizando las prácticas destinadas a mantener, continuar y reparar nuestro mundo compartido», vemos cómo esta propuesta no solo guió nuestras decisiones, sino que se integró también en las propias piezas del proyecto.

Friccionar la práctica: la producción como territorio de cuidado

En este marco, la etapa de producción fue clave. No la concebimos como una fase técnica ni como simple recolección de datos, sino como el inicio del vínculo. Nos propusimos alejarnos

de cualquier enfoque extractivista. Investigamos tanto el material teórico sobre basura y reciclaje, como producciones previas; entre ellas, una que ya incluía el testimonio de Teresa «Pity» Tissera, figura central del proyecto.

El contacto inicial con la Cooperativa La Victoria y con Pity fue posible gracias al vínculo previo con Diego Villarreal Rivarola, del Clúster Reciclador y Cartonero. Esta mediación fue fundamental. No llegamos con una cámara y una pregunta, sino con tiempo, escucha y disposición al encuentro. Cada reunión fue, en sí misma, parte del proceso.

La decisión de tomar, y más adelante utilizar, registros audiovisuales y sonoros captados durante estas primeras visitas de «presentación» es particularmente reveladora de esta metodología del cuidado en la producción. Estos registros no fueron obtenidos con una lógica extractiva de «material crudo» para luego ser moldeado en la sala de edición, sino que se les reconoció un valor intrínseco como huellas de ese diálogo fundacional y de ese primer acercamiento sensible al espacio y a las personas. La intuición de que este material podría ser útil para pensar los guiones, y la posterior resolución de usarlo para las piezas finales, implicó priorizar la experiencia vivida por sobre una producción estandarizada. Por supuesto, cada registro fue conversado y acordado con les participantes.

La colaboración con otros proyectos colectivos extensionistas como Poéticas en el barro, Saberes reciclados y El Telar enriqueció el proceso. Los espacios de debate y las decisiones compartidas reflejaron una práctica real de producción colaborativa, en la que el cuidado también se expresó en la escucha de las diferencias.

En síntesis, esta etapa sentó las bases de todo lo que vino después. Cada gesto, cada decisión, estuvo guiada por esa ética del cuidado que, lejos de ser abstracta, se volvió tangible en los modos de acercarnos, registrar y narrar.

La etapa de realización de *Las Recicladoras* se convirtió en un espacio clave para encarnar la ética del cuidado en las decisiones concretas del quehacer audiovisual. Lejos de aspirar a una «limpieza» técnica que diluyera las huellas del proceso, optamos por visibilizar la circularidad de las etapas y la densidad de los

lazos contruidos. La realización no fue un momento aislado ni un rodaje sometido al guion, sino la continuidad viva del diálogo iniciado en la preproducción.

Una decisión nodal que expresa esta ética fue la de incorporar, en las piezas finales, el material audiovisual y sonoro registrado durante los primeros encuentros con la Cooperativa La Victoria y con Pity. Lejos de relegar esos registros a lo privado del archivo o al borrador invisible, decidimos que estuvieran presentes. Esta elección respondió al deseo de mostrar los primeros acercamientos, haciendo tangible (en el resultado final) la fase de preproducción. Se trató de permitir que quien mirara pudiera percibir el recorrido y, sobre todo, la construcción del vínculo que dio sustento a todo el proyecto.

No buscábamos un producto pulido en los términos tradicionales de la industria audiovisual. No se trataba de ocultar las costuras, sino de exponer el cuidado puesto en el entramado relacional. El acercamiento al campo y a las personas fue guiado por esta misma ética: más que informar sobre lo que queríamos contar, nos propusimos habitar con quienes lo contaban la pregunta sobre cómo hacerlo. Esto implicó un ejercicio sostenido de escucha activa, negociación y apertura.

La etapa de postproducción, por su parte, se configuró como un nuevo espacio de decisión política y estética: una oportunidad para desafiar las lógicas hegemónicas de producción y resistir los moldes narrativos y formales dominantes. Nuestra búsqueda fue insistente: visibilizar el proceso, el vínculo y también la fricción propia de una realidad compleja, contradictoria, vital. El ejercicio constante fue preguntarnos cómo narrar por fuera de las formas que nos son dadas, cómo evitar la tentación de la estandarización y esa «limpieza» visual y sonora que suele suprimir el espesor de lo real.

Esta elección metodológica y estética está profundamente anclada en el tema y el posicionamiento político del proyecto. Si nos proponemos disputar las definiciones hegemónicas de salud —aquellas centradas en el modelo biomédico y descontextualizado—, entonces también debemos repensar las formas en que comunicamos la salud: qué recursos narrativos empleamos,

qué voces habilitamos, qué sensibilidades dejamos entrar. La postproducción fue, en este sentido, el momento de afirmar esa coherencia.

El montaje y la edición visual se plantearon como espacios para multiplicar sentidos y expandir la lógica del cuidado. En este gesto, incorporamos deliberadamente registros provenientes de la preproducción y materiales con calidades diversas —como capturas de pantalla y archivos de dispositivos móviles— combinándolos con registros de factura profesional. Esta mezcla dio lugar a una estética de *collage* y video ensayo que no buscó disimular las huellas de la producción, sino hacerlas visibles en la textura misma de la pieza final.

Fue, en definitiva, una forma de cuidar y de dar valor a cada momento del proceso colectivo. De mostrar que la historia no emerge de un vacío, sino de una trama de encuentros, diálogos y trabajos compartidos. Al hacerlo, convocamos otras miradas que —al observar la producción— pudieran imaginar el entramado humano y técnico que la hizo posible.

La estética «sucia» —con grano, ruido, *glitches*, cortes abruptos y ritmos irregulares— no fue un descuido ni una imposición técnica, sino una decisión política y sensible. Un posicionamiento anti-higienista que dialoga de manera directa con la temática del reciclaje y la transformación de la materia. El ruido ambiente, por ejemplo, no fue eliminado. Incluso cuando pudiera incomodar, decidimos mantenerlo: porque es parte constitutiva de los territorios habitados y su presencia afirma la vitalidad del entorno. Permitir que ese ruido nos roce, nos atravesara, fue también una forma de cuidado: dejar que la fricción se escuche, que interpele.

Este «pensar desde la fricción» se convirtió en una metodología para las piezas, pero también para el propio equipo. Aprendimos a habitar la incomodidad como motor creativo y reflexivo. A dejar que el desajuste nos desestabilizara y, en esa desestabilización, encontrar formas nuevas de narrar, de mirar, de estar.

La postproducción, entonces, no fue una fase de embellecimiento, sino un momento de profunda coherencia metodológica y ética. Las decisiones técnicas y estéticas, allí tomadas, buscaron visibilizar el proceso, sostener la autenticidad de los territorios

narrados y convocar una reflexión incómoda —pero necesaria— sobre nuestras formas de producir, desechar y vincularnos. Reafirmamos, así, que los dispositivos narrativos son construcciones, y como tales, pueden —y deben— diseñarse con un compromiso ético y político hacia la producción de sentidos alternativos.

La circulación de *Las Recicladoras* fue concebida como una extensión natural de esta ética del cuidado. Una etapa que, lejos de reducirse a la distribución de contenidos, buscó habilitar diálogos, fortalecer comunidades y celebrar los encuentros, por fuera de las lógicas hegemónicas de visibilidad instantánea y consumo fugaz



¿Qué lugar ocupa la decisión sobre los espacios de circulación y la posibilidad de construir comunidad y tejer sentidos que se expandan y enriquezcan a través de estas diversas experiencias? Fuente: Acosta, Eugenia. Fotograma de la serie digital «Las recicladoras»

Desde el inicio del proyecto, pensamos la circulación como parte intrínseca del proceso creativo, inscribiéndola en la misma lógica de circularidad y vínculo que guiaba la producción. Una decisión clave en este sentido fue no limitar la circulación al entorno digital, aun reconociendo el papel central que las plataformas sociales ocupan en la ecología mediática contemporánea. Sabíamos que, aunque permiten un acceso amplio y deslocalizado, las redes no pueden reemplazar la riqueza del encuentro cara a cara, ni la potencia transformadora del diálogo situado.

Por eso la apuesta fue decididamente transmedia, en el sentido más amplio y relacional del término. Integramos piezas pensadas para plataformas digitales —como *reels*, carruseles informativos, videopoemas y *video lyrics* compartidos en Instagram, Facebook, X, YouTube y Spotify— con instancias presenciales que nos permitieran recuperar el cuerpo, la palabra en vivo, la conversación. Entre ellas, destacamos las Jornadas «Cuidar la Casa» y «Contar la Salud», organizadas junto a Cúbica, que funcionaron como espacios de intercambio, escucha y cocreación.

Esta combinación aseguró que cada pieza —aunque pudiera tener sentido por sí sola— pudiera amplificar su potencia al formar parte de un entramado mayor: uno que incluyó tanto la circulación digital como la experiencia física compartida. Así, la narrativa de *Las Recicladoras* no solo se distribuyó, sino que circuló como vínculo vivo, en movimiento, en diálogo.

La interacción con los diversos públicos fue pensada de manera diferenciada según las plataformas y sus lógicas de uso, buscando trascender el consumo pasivo y fomentar formas activas de participación. Se diseñaron recorridos posibles que invitaran a explorar el universo narrativo en múltiples capas: desde los formatos digitales hasta los espacios de encuentro presencial. Se buscó interpelar a las audiencias, no solo como espectadoras, sino como interlocutoras capaces de aportar sentidos, de intervenir, de apropiarse. Sin embargo, y aquí se despliega un gesto ético central en la etapa de circulación, la participación más significativa no se dio en los entornos digitales, sino en la potencia de lo compartido en presencia.

Las métricas tradicionales —los «me gusta», los comentarios, las tasas de *engagement*— no fueron nunca el fin último. Si bien se utilizaron herramientas de medición para dimensionar el alcance, el verdadero impacto se midió en los diálogos generados cara a cara, en las palabras dichas al calor de una ronda, en los silencios que también dicen. Fue allí donde se materializó el cuidado: en la escucha activa, en la coconstrucción de sentidos, en la apertura al vínculo. Evaluar implicó, entonces, correrse de la lógica algorítmica y mercantil que domina las plataformas para priorizar el valor afectivo, político y simbólico de la comunicación.

No fue, sin embargo, un camino sencillo. Evaluar un proyecto sin apoyarse exclusivamente en indicadores cuantificables exige diseñar otras herramientas, más sensibles y porosas, que puedan captar lo que no se mide, pero importa. ¿Qué reverberaciones genera una historia en quienes la escuchan? ¿Qué transformaciones, aunque sutiles, deja en el entramado comunitario? ¿Qué nuevas preguntas aparecen? Esta forma de evaluar se alinea con la ética del cuidado, en tanto recupera la dimensión sensible de las prácticas de atención, promoviendo vínculos basados en la reciprocidad y el respeto, no solo entre personas, sino también con los territorios y los mundos que habitamos.

La circulación de *Las Recicladoras* fue, en este sentido, una manifestación viva de esa ética. Una estrategia transmedia pensada no solo para alcanzar audiencias, sino para construir comunidad; no para maximizar visualizaciones, sino para abrir preguntas. Se trató de una circulación que no buscó simplemente ser vista, sino catalizar conversaciones, provocar encuentros, dejar huellas. Que no se conformó con «hacer contenido», sino que se propuso ser parte de una trama de sentido compartido.

En un ecosistema mediático crecientemente gobernado por las lógicas de la convergencia digital, la velocidad y la estandarización, producir formas comunicacionales que muestren el proceso (con sus rugosidades, con sus tiempos y territorios) se vuelve un gesto político. Frente a la pulcritud que todo lo borra, frente a la repetición de lo mismo que las plataformas premian, *Las Recicladoras* optó por una estética y una circulación que incomodan, que interpelan, que invitan a pensar. Porque, en definitiva, toda decisión estética es también una decisión ética: reproduce lo hegemónico o lo pone en cuestión.

La producción de formas estéticas, en un proyecto como *Las Recicladoras*, implicó un ejercicio consciente de desobediencia a las lógicas hegemónicas que dominan la comunicación digital contemporánea. Ante una cultura que tiende a homogeneizar los discursos mediante la repetición de formatos y la búsqueda de «pulcritud» visual, apostar por estéticas que muestran el proceso, que incorporan el ruido, la textura, la fricción, es también asumir una postura política.

Pensar en una comunicación que no oculte las huellas de su hacer ni suavice los bordes incómodos de las realidades que narra, implica cuestionar qué entendemos por salud, por territorio, por comunidad. En este marco, la estética no se concibe como un mero recurso ornamental, sino como parte constitutiva del mensaje, alineada con una ética del cuidado que busca visibilizar las condiciones materiales, afectivas y colaborativas de la producción.

Este tipo de propuestas se distancia deliberadamente de las lógicas de individualización, consumo pasivo y cuantificación del éxito mediante métricas algorítmicas. Apostar por lo colectivo, por el trabajo en red y por la construcción de sentidos situada es un acto de resistencia frente a las formas dominantes de producir y circular contenidos.

En contextos marcados por la precarización y la urgencia, diseñar experiencias narrativas que interpelen, incomoden y convoquen al encuentro se vuelve una tarea política. Frente a la saturación de mensajes vaciados de cuerpo y territorio, comunicar desde la fricción y la colaboración no solo es posible: es necesario.

Y esto no se agota en el lenguaje formal. Implica, también, pensar el tiempo de otra manera: no como un recurso a optimizar, sino como un territorio común que requiere cuidado. El tiempo del vínculo, de la escucha, del hacer con otras y otros. Un tiempo que se expande en los encuentros presenciales, en las conversaciones sin guion, en los espacios donde la palabra circula junto al cuerpo.

Reivindicar el trabajo colectivo y la creación situada es, en este contexto, una forma de resistir a la individualización que promueven los dispositivos digitales. Frente a la lógica algorítmica que reduce la comunicación a métricas, el encuentro —como práctica viva, política, afectiva— se vuelve fundamental. Porque no se trata solo de producir contenidos alternativos, sino de construir otras condiciones de posibilidad para lo común.

En este cruce entre estética, ética y temporalidad, lo comunicacional deviene una práctica de cuidado: una que no borra el proceso, no apresura el cierre ni persigue la perfección, sino que habilita la permanencia, el roce, la posibilidad de ser afectadas. Tal vez ahí, en esa pequeña desobediencia cotidiana, se empiece a gestar otro modo de crear mundos.

En tiempos marcados por la estandarización de los formatos, la aceleración de los ritmos y la cuantificación de los vínculos, defender lo colectivo, lo situado y lo procesual es un gesto político. No se trata solo de crear contenidos distintos, sino de imaginar otras formas de relación, de trabajo y de escucha que desobedezcan las lógicas de la eficiencia y el espectáculo.

Esta desobediencia toma cuerpo en la experimentación formal, pero también en los modos de habitar el tiempo: tomarse el tiempo, sostenerlo, dar lugar a los tiempos de los otros. Producir desde el cuidado implica desafiar no solo las formas de contar, sino también las estructuras que nos apuran a terminar antes de comprender, a circular antes de vincular.

Así, comunicar desde la fricción es también una forma de habitar el mundo: una que reconoce que los sentidos no se fabrican en soledad ni en serie, sino en red, con otros, con tiempo, con cuerpo. Una comunicación que no busca capturar la atención, sino abrir espacios para permanecer. Que no se mide en cifras, sino en afectos. Y que, en lugar de borrar sus huellas, las ofrece como parte del mensaje.



¿Con qué texturas interpelar para construir sentidos alternativos? Fuente: Acosta, Eugenia. Fotograma de la serie digital «Las recicladoras»

En esa apuesta, estética, política y temporalidad se entrelazan: porque la forma no es nunca neutral, porque el modo en que narramos configura también lo que creemos posible. Frente a un presente que invita a olvidar rápido, a pasar de largo, a producir sin pausa, reivindicar el cuidado es recordar que no hay transformación sin presencia, ni vínculo sin demora.

Horizontes para seguir friccionando

Retomando el interrogante inicial sobre cómo construir comunicaciones que nos permitan habitar la tensión y sostener la vida, la travesía de *Las Recicladoras* (como materialización de un trabajo que se propone explorar estas sendas) no nos ofrece respuestas cerradas. Es más bien ese mismo trabajo encarnado el que se constituye como un horizonte de posibilidades, a través de la metodología de la fricción y el cuidado. Hemos visto cómo el abrazar la complejidad, el ruido y las texturas del proceso, lejos de ser un obstáculo, se convirtió en una potencia creativa y política.

Este camino, tejido de fricción y cuidado, no está, sin embargo, exento de desafíos ni de profundos interrogantes. Sostener una práctica comunicacional que elige conscientemente desobedecer las sirenas de la aceleración, la métrica superficial y las estéticas homogeneizantes requiere no solo una convicción inquebrantable, sino una apuesta cotidiana y tenaz por el trabajo colectivo y situado. Es un sendero que demanda, como se ha desgranado a lo largo de estas reflexiones, una redefinición del tiempo —un tiempo que se pliega al ritmo del encuentro y no al de la productividad vacía—, un compromiso con la escucha atenta y una apertura a dejarse afectar, a ser transformados, por la sabiduría de los territorios y la elocuencia de las corporalidades que los habitan y los narran. Es en este hacer, en este proceso aplicado de *Las Recicladoras*, donde se evidencia cómo la propia práctica es constitutiva para la narrativa emergente y para la construcción misma de conocimiento. El proceso de crear las piezas es, en sí mismo, necesario y fundante para imaginar y repensar otras formas de hacer, nutriendo así un ciclo continuo de aprendizaje y creación.

El recorrido de *Las Recicladoras* ha sido en sí mismo un proceso de constante aprendizaje, marcado por los desafíos inherentes a

la decisión de desobedecer las lógicas dominantes del ecosistema mediático y productivista. Al elegir conscientemente no caer en la trampa de las métricas ni moldear el contenido según los algoritmos de las plataformas, el proyecto se posicionó desde un lugar de resistencia. Decidimos que las preguntas del territorio iban primero, afirmando que el sentido no se mide en *likes*, sino en encuentros. Esta apuesta por la cualidad sobre la cantidad, por el vínculo sobre el *engagement* superficial, constituyó una crítica implícita —y explícita— a la «lógica del contenido rápido, del mensaje eficiente, de la estética complaciente».

El proyecto es una clara apuesta por lo múltiple, lo coral, lo que no entra en un solo encuadre ni en una sola voz, reflejando la complejidad de la realidad narrada y la riqueza del trabajo colectivo. Sin embargo, sostener esta apuesta implica navegar en un sistema que, en gran medida, está armado para obstaculizar el encuentro, el trabajo con otros. La infraestructura de las plataformas favorece ciertos contenidos, los tiempos institucionales a menudo son rígidos y la propia inercia de las prácticas comunicacionales tiende a replicar modelos exitosos en términos de alcance masivo, aunque vacíos de sentido profundo.

En este camino, uno de los aprendizajes más significativos fue la reafirmación de que producir comunicación, desde una ética del cuidado, es, ante todo, construir confianza. Esta convicción trasciende la mera tarea de registrar o visibilizar; el verdadero trabajo radica en acompañar los procesos de las comunidades y dejarse afectar por ellos. Dejarse afectar implica una apertura radical que conmueve estructuras internas y formas de pensar preestablecidas. Algo se «rompe» (al mismo tiempo que habilita nuevas posibilidades y caminos) y algo, también, empieza a «sanar».

Este sanar y construir desde la ruptura se vincula con la idea de friccionar sentidos y jugar con las materialidades, animándose a experimentar precisamente en esos puntos donde lo «limpio» se encuentra con lo «sucio», donde la norma se encuentra con la excepción. Romper con las estéticas hegemónicas y abrazar la imperfección, el ruido y las huellas del proceso fue una forma de habitar esa fricción de manera creativa y política, mostrando que

la belleza y el sentido pueden emerger de lugares inesperados y de formas no convencionales.

La experiencia con *Las Recicladoras* nos enseñó la importancia de la flexibilidad en la planificación, reconociendo que un proyecto que trabaja con realidades vivas y procesos relacionales no puede ser una estructura completamente cerrada desde el inicio. Asimismo, se hizo evidente la necesidad de complementar lo digital con lo presencial. Si bien las plataformas digitales son herramientas poderosas para la difusión y el alcance, los encuentros cara a cara demostraron ser insustituibles para la construcción de comunidad, el diálogo profundo y la validación colectiva del sentido del proyecto.

El valor de armar un equipo diverso también fue un aprendizaje fundamental. La confluencia de saberes y experiencias de diferentes disciplinas (comunicación, arte, extensión, ciencias agrarias, activismo, etc.) enriqueció cada etapa del proceso, permitiendo abordajes más complejos y creativos. Animarse a explorar estéticas no convencionales e hibridar lenguajes fue posible gracias a esta diversidad de miradas y a la voluntad compartida de proponer formas que se corrieran de lo esperable.

Finalmente, una mirada crítica que retoma aportes sobre la colonialidad del poder y del saber resulta un marco conceptual poderoso para comprender y sostener esta práctica. Nos permite entender el cuestionamiento a las lógicas hegemónicas (biomédica, capitalista, extractivista) como una herencia de estructuras de dominación; valorar los saberes que emergen desde los márgenes, los territorios y las corporalidades subalternizadas para reafirmar la interdependencia como principio fundamental para la vida y la comunicación. Desde este lugar, la experiencia de *Las Recicladoras* trasciende su especificidad temática para convertirse en una invitación a seguir desobedeciendo, friccionando y creando, con el fin de construir sentidos y relaciones que apunten hacia la sostenibilidad de la vida en su expresión más amplia y digna.

4.

Danzar en torno al fuego:

la palabra de las mujeres
en el centro de la vida

Paola Bonavitta



*Iba teniendo una sospecha vaga
de que la llama del placer se apaga
poquito a poco en el camino humano.*
Alfonsina Storni, 2017

Encender la chispa

¿Cuántas veces nos dijeron que no se puede sentir mientras investigas? ¿Cuántas veces nos exigieron la objetividad? ¿Cuántas otras (tantas otras) nos aseguraron que la palabra de varones y mujeres era intercambiable (y su experiencia también)?

Me decían, nos decían, que las emociones debían quedar por fuera, que no debíamos sentir nada por nuestros «objetos de estudio». Observar desde afuera, entrevistar sin sentir, etnografías sin presencias y corazones paralizados.

Y frente a ello, siempre algo hacía ruido: ¿cómo no sentir si despojarme del sentir me llevaba a perder mi humanidad? ¿Cómo trabajar en la ciencia sin poner el corazón? ¿Qué investigación puede realizarse sin acción que acompañe? Incluso frente a las supuestas frías y distantes estadísticas, ¿cómo no sentir frente al dato cuando éste me habla de una estadística de femicidios o de feminización de la pobreza?

Y un día aparecieron textos y más textos de metodologías feministas y situadas, de epistemologías feministas que proponían otras maneras, otras formas de vincularnos con lxs sujetxs de estudio, con las realidades, con el quehacer científico. Un día también aparecieron los equipos de trabajo que ponían en jaque al modelo positivista, que flexibilizaban los caminos y nos abrían el clóset para vestirnos de muchas maneras diferentes a la hora de investigar. Como describe Natalia Fischetti (2017: 7):

Las epistemologías feministas latinoamericanas abogan por la escucha y la escritura colectiva de los saberes en entramados

comunitarios, en los que las experiencias, las subjetividades, las vidas, cobran hondura, espesor, intensidad al tiempo que se flexibilizan, se imbrican, se potencian.

Desde el campo de la comunicación, la palabra surge como puente, como acción y creación, es también en donde se pone la mirada al momento de investigar. ¿Qué tienen para decir(me)(nos) nuestrxs sujetxs de estudio? ¿Adónde nos lleva esa palabra o qué espera transformar o crear o pensar o expresar? ¿Qué pretende esa palabra?

La palabra como rebeldía, expresión, comunicación, como fuego. Un fuego que enciende las ollas de la rebeldía, que nos quema por dentro con el impulso de transformar.

En las cocinas, la palabra se susurra muchas veces con las otras. También, con una misma. En las cocinas, la voz muchas veces es hacia dentro: en un tiempo de reflexión, de introspección, un tiempo en el que nadie se nos acerca, ya sea por temor a que se le invite al trabajo doméstico o porque es un territorio destinado a las mujeres. Es casi un momento de intimidad con una misma. Un diálogo interno imposible de sostener en el trajín cotidiano y explotado que nos propone el capitalismo como única opción posible.

Aquí traigo, al centro, el relato de algunas compañeras con las que comparto talleres de género, círculos feministas de reflexión y acción política, que se cocinan en un comedor popular. Ellas me decían:

«En el comedor me di cuenta de que estaba muy encerrada en mi casa».

«En el comedor me di cuenta de que no era la única que pasaba por esas situaciones de violencia».

«En el comedor me di cuenta de que no estoy sola y de que hay otras a las que les pasa lo mismo que a mí».

«Mientras cocinaba, pensé que me gusta cocinar y que lo hago bien, que me gusta hacerlo».

Y vos, ¿de qué te diste cuenta mientras cocinabas?

A mí no me gusta cocinar, pero lo hago. Y sé que es un momento que permite la reflexión. El silencio del entorno, la lejanía de otros cuerpos que determinan quiénes tienen la responsabilidad de cocinar. El fuego que arde, que siempre arde y nos recuerda la llama de la vida y la vitalidad.

Los pensamientos aparecen con la misma luz que ese fuego. Y lo que importa no es el producto final sino el proceso y el trayecto de esas ideas y reflexiones que surgen de manera curvilínea en la experiencia individual. Y en la reflexión individual también aparece la resistencia colectiva, la forma de construir mundos, la ruptura con lo establecido como verdad total.

Y pensar en metodologías vivas es tomar conciencia de que el punto de partida y de llegada de los procesos que observamos como investigadoras es la realidad misma que se quiere transformar. Asimismo, es una escucha activa, un diálogo que apunta a la reflexión y no solo a la observación pasiva y distante. Hay compromiso con lxs sujetxs de estudio, pero también hay un compromiso con el mundo que deseamos crear.

¿Dónde está tu palabra que aquí no se lee? ¿Qué pensás de las personas que investigaste? ¿Qué compromiso tenés con el territorio?

Preguntas incómodas de responder desde lo metodológico, y una vida política que se pone en jaque al no poder justificar en qué lugar se halla mi voz cuando escribo, cuando pienso, cuando expongo, cuando expreso aquello que siento.

Desde una extensión crítica, feminista y activista trabajamos con mujeres que sostienen la vida. Mediante talleres de alimentación y danza, el cuerpo se pone en el centro y, junto con la palabra, se vuelve acto y narrativa, transformación y resistencia. En las cocinas se cuecen mucho más que alimentos, también allí se condimentan micropolíticas feministas que mapean y comunican otros mundos posibles, que son creados al calor del viento que incita al cambio.

Tramar palabras y metodologías vivas: La voz también aviva el fuego

Las metodologías vivas nos invitan a la reflexión y a la flexibilidad de las maneras de estructurar los procesos de investigación. Nos proponen conocer el mundo a través de las palabras, pero también a través de otros lenguajes no orales que aparecen en lo cotidiano: el cuerpo, las miradas, los gestos, las cercanías o distancias.

Aprender a vincularnos con nuestros sujetxs de estudio a partir de la mirada es clave. Sobre todo, cuando abordamos temáticas que tienen que ver con los cuidados y la sostenibilidad de la vida, con las violencias de género o las precariedades profundas. Respetar los silencios también es crucial.

En la mirada aparecen los miedos, las dudas, los cansancios y angustias que muchas veces no se pueden decir (por temor, desconocimientos, vergüenzas). Y es ahí donde las estrategias que debemos emplear son otras, tan distantes de lo que las metodologías convencionales nos han propuesto. Porque «Pretender que el mundo acaba en la comprensión academicista que podamos tener sobre él no solo es ingenuo sino también mezquino, al impedirnos conocer otros saberes que circulan fuera, en paralelo o, incluso, bordeando a la academia» (Bonavitta y Benavidez, 2024: 1).

¿Cómo pensamos en investigar en comunicación desde una perspectiva feminista, crítica y viva? Esta pregunta orientó este trabajo, pero también mi propia investigación, así como el trabajo de mis compañeras que hacen parte de este escrito (que simula ser individual, pero es, realmente, colectivo). ¿Qué tienen para decirnos las múltiples narrativas que recuperamos en un proceso de investigación? Y aquí, lejos de constituirnos como manual, sí existe una apuesta por pensar en conjunto.

Nota a quien lee:

Este texto no recupera voces. Ni las pone en el centro.

No es un texto sobre lxs sujetxs de estudio.

Este texto es de una investigadora que pone el corazón en su trabajo.

Y que muchas veces no supo qué hacer con ese corazón.

Hasta que descubrió que sus investigaciones también latían.

Por tanto, la propuesta tiene que ver con construir pistas que nos animen a crear investigaciones feministas centradas en la comunicación, en las narrativas, en las palabras y en los cuerpos comunicantes.

Pista 1: Las narrativas son relatos de experiencias, no representaciones de la misma

Como nos marca Paula Ripamonti (2017), la narración es «la geografía y particular cronología de una experiencia (...) y está arraigada en la singularidad». Las narraciones, como experiencias, parten de la vida misma y de las maneras de abordarla. Cuando comprendemos esto, podemos reconstruir los relatos y comprender los sentidos que las personas otorgan a sus acciones, sin considerar que son, por ello, las acciones mismas. La narrativa se convierte en el relato de la experiencia que habitamos y que nos produce a nosotrxs mismxs y a la mirada que tenemos sobre la experiencia.

Soy
Eres
Somos
¿Somos?
¿Seremos?

Narrar una experiencia no es algo que sucede de forma lineal. A veces, comenzamos una conversación en abril de 2022 y la terminamos en agosto de 2024. Y la retomamos, en el medio, unas diez veces. Muchas veces la narración en entornos feministas, populares y comunitarios es, simplemente, cuando se puede. Cuando las obligaciones lo permiten, cuando lxs hijxs se entretienen con algo y permiten a sus mamás hablar en calma. O cuando el alma pide conversar y sacar pa'fuera los dolores y vacíos.

Entonces, la narrativa no es exactamente el hecho en sí, sino el registro, el recuerdo y, sobre todo, la percepción de ese hecho. No se trata de saber cómo y dónde se ejerció, por ejemplo, una violencia sexual, sino lo que ello significó en mí, en mi cuerpo, en mis sentires, y, sin embargo, ¿quién se atreve a discutir la realidad de ese sentir?, ¿del registro de ese cuerpo roto?

El tiempo y el espacio no son certeza, pero tampoco importan. El mapeo de esos senti-pensares es, al fin y al cabo, la recuperación del hecho, el condimento perfecto para nuestro manjar.

Pista 2: La confianza lleva tiempo

Parece una obviedad y en nuestras vidas cotidianas reconocemos cuánto nos cuesta confiar. A pesar de ello, esperamos que las personas a las que «estudiamos» confíen en nosotras de forma automática, solo por el hecho de ser quiénes somos y de tener buenas noticias.

Pues no.

Confiar implica conocernos, reconocernos, ubicarnos, de alguna manera, en un mismo mapa. Ver cómo actúa la otra persona, cómo me hace sentir su presencia. Qué siento frente a su estar-junto-a-mí.

Entonces, calma, calma, la santa calma es aquí lo que procuramos. «Venimos también del silencio. Una práctica de comunidad apreciada en las experiencias. El silencio ocupa una porción de tiempo en los diálogos. Comprender juntas en silencio» (Bonavitta y Benavidez, 2024: 5). El silencio es parte. Saber hacerlo. Saber respetarlo.

La piel hace lo suyo. La ternura colabora. Pero nada como el tiempo para hacernos ese lugar, a sabiendas de que, igualmente, siempre seremos quienes investigamos, siempre habrá una distancia y un verticalismo, que en ocasiones logramos romper, pero que está allí, como puente invisible entre ambas partes.

De la misma manera, el fuego demora en dar calor suficiente y siempre hay alguien que lo agita y mueve.

Pista 3: La escritura, a veces, se nos encarna

La escritura no siempre es cómoda. No siempre es ajena. Se nos encarna y se cuece a baño maría, esperando los tiempos, contemplando los cambios, revolviendo y revolviendo para ver en qué se transforma.

La palabra va y viene. A veces, desaparece.
Le temo tanto a los silencios que no los dejo ser.

Espero rellenar los huecos con palabras.
Las miradas incómodas, los ritos vacíos, los cuerpos tensos.

El encuentro, a veces incómodo, también es sanador. «Mirarnos, escucharnos, sentir las opresiones que nos cruzan los cuerpos, y sentir también la sanación. Cuestionamos mucho la racionalidad feminista, tan naturalizada en muchas teorías. Estamos trayendo otra propuesta: sentí pensar la vida» (Cabnal, 2023: 1). Cuando los encuentros sanan, los círculos feministas, los círculos de encuentro entre nosotras, se vuelven faros. Tensionamos la construcción clásica del conocer y jugamos con la posibilidad de hacer magia. Y allí, la palabra se nos encarna: nos molesta, nos intimida, no nos deja quietas, pero también se hace parte. Es parte. Exorciza todo lo que el cuerpo contiene mientras se cocina en calma.

Segunda nota a quien lee:

¿Probaste mirar a una persona en silencio durante unos minutos, de manera fija, sin hablar más que con los ojos? Probá.

Y probá también mirar el fuego, largo y tendido, en silencio.

Es casi como mirar tu alma.

Pista 4: Los relatos se presentan con suturas, remiendos, fragmentos, casi como comida recalentada

En la receta también hay sobras, pues «cómo vamos a tirar la comida, ¿vivo?».

Entonces, la presentación de los relatos incluye lo viejo, lo nuevo, lo reciclado, lo que toma otro sabor cuando se mezcla distinto. Hay puntos de fuga en la construcción del texto (llámese escrito, documental, podcast, video...). Y se presentan los platos todos juntos, comprendiendo que en la variedad está el gusto, y que el fueguito fue capaz de unir todas las narrativas.

Es importante no descartar: «uno nunca sabe cuándo le va a servir, ¿vivo?». Remendar, emparchar, fragmentar. Es parte del proceso. Es la presentación y, al mismo tiempo, la creación. Lo nuevo que se crea a partir de la experiencia, del camino sinuoso que es una investigación, de las afectaciones que fuimos vivenciando. Las distintas formas de habitar la vida de lxs sujetxs de estudio

merecen también distintas formas de comunicar las mismas. «Cuanto más se condimenta una comida, más sabor tiene, ¿vio?».

Pista 5: Danzar los encuentros, la potencia de ciclar

Durante los encuentros, en el trabajo territorial y extensionista, sucedió que nos encontramos con límites. ¿Qué más decir? ¿Qué dinámicas proponer? ¿De qué otras maneras abordar temas de cuidados, autocuidados y salud integral?

Sentíamos un techo en las formas.

Y apareció el cuerpo.

En la academia solemos olvidar que tenemos un cuerpo y un sentir activo, intenso, con su ritmo propio.

Y lo pusimos en el centro.

Y nos pusimos en el centro.

Y danzamos.

Ciclando, girando, rondando.

Los círculos feministas de los que habla Julieta Kirkwood¹ (1985) permiten el encuentro de otras maneras. Y la danza nos trae el registro del cuerpo, de todo lo que habla, de aquello que nos comunica y recuerda.

Vernos, escucharnos, sentirnos. Sonreír a través de la danza. Que el fuego arda en la cocina, pero también en los pies, en las manos, en las cabezas y caderas que se sacuden en un gesto revolucionario de robar al capitalismo tiempos propios de autosostén y autocuidado.

«Soy otra cuando bailo».

«Pensé que no me iba a animar ni a gustar y ahora me encanta».

«Me siento la loca que saca todo para afuera».

«Danzo y conecto conmigo, con lo que siento».

Lo que el cuerpo danza y siente, se mapea. Se dibuja en mapas físicos que nos recuerdan todo lo que somos y sentimos. Allí también hay narrativas, otras. Que debemos leer, contemplar, permitir.

1. Tercera nota a quien lee: ¡cómo me hubiera gustado conocer a Julieta Kirkwood!

Se va apagando el fueguito

El fuego no puede arder siempre. También se acaba y se apaga. Las investigaciones atraviesan por cesantías semejantes. Se pone fin. Se cierra un ciclo. Se anima a ir recrudesciendo y revisando lo vivido.

Apagar el fuego no significa que no vuelva a encenderse: en esa misma cocina, en otra y otra más. El fuego viene con nosotras y es parte del ritual. Encender el fuego, esperar su proceso, cocinar lento y darle mi sazón, mi ritmo particular y mi toque personal. Esperar el momento para disfrutar el manjar mientras el fuego se apaga. Y así, una y otra vez.

El proceso de investigación también se nutre de esos ritmos y momentos. Cada uno de ellos es necesario y valioso. La palabra aparece y revive el fuego, nos hace hervir por momentos, pero también el silencio es parte de la danza, y esa otra comunicación que es clave en el proceso: la gestual, la corporal, la de las miradas y cercanías.

Como investigadoras, incorporamos a todas en el juego. Si vamos a hacer extensión crítica y feminista, debemos extender todo nuestro ser y no solo nuestra mente. El cuerpo, el corazón, los sentires, las afectaciones; nuestro propio ritmo interno, el pulso que marcamos. El pulso que nos marcan. Lo que sucede en mí cuando cierro los ojos y me olvido de corroborar hipótesis, de buscar leyes o de neutralizar mis observaciones.

El territorio, la comunidad, la búsqueda por acercar la universidad al resto de la vida es un compromiso político, feminista, es búsqueda personal en la apuesta por una transformación social real.

5.

Dionisia dice

Palabras reverberantes en el espacio público.

—

Natalia Franco



¿Cómo y dónde circulan las voces de las vejeces?

La palabra de las personas mayores se transforma en una herramienta de afirmación de sus derechos. Un acto político que desafía y resquebraja las narrativas dominantes sobre vejez, género y poder, abriendo camino a discursos colectivos capaces de transformar las visiones hegemónicas sobre el curso de la vida y lo que se espera de la vejez.

A través de las voces y relatos de personas mayores y de compartir temas de su interés, se visibiliza la posibilidad y el deseo de vejeces activas, dignas, saludables y con derechos. De este modo, se interpelan los mitos *viejistas* e imaginarios sociales sobre el envejecimiento.

En este capítulo se aborda la experiencia de la radio abierta realizada en octubre de 2024 en el marco del Día Internacional de las Personas Mayores, celebrado el primer día del mes. Esta fecha, establecida por la Organización de Naciones Unidas (ONU) en 1990, tiene como objetivo promover acciones y campañas que visibilicen los derechos, oportunidades, desafíos y diversas realidades que atraviesan las personas mayores.

En esta escritura, desde los marcos teórico-metodológicos gerontológico, feminista y comunitario, se recupera y tensiona una experiencia extensionista de radio abierta. Este posicionamiento invita a la mirada atenta, flexible, reflexiva y situada sobre la participación y el protagonismo de personas mayores en el espacio público. ¿Qué se pone en juego ahí?

«Que nos vean, que nos escuchen»

«¿Qué queremos decir las personas mayores y a quiénes?».

«Queremos que nos vean, que nos escuchen, personas de otras edades, pero también entre los mismos viejos y viejas».

«¿Cuáles son los temas sobre los que nos gustaría saber más?». «Necesitamos estar en el espacio público, que nos vean».

«Esta radio tiene que ser una fiesta, pero también tiene que hablarse de lo que nos pasa a los viejos».

Estas expresiones fueron parte de las conversaciones previas a la jornada y reflejaron una clara demanda de participación y visibilización. Con ese horizonte, y luego de un sondeo participativo en el que se revelaron intereses, inquietudes y necesidades expresadas por las personas mayores participantes, se realizó la Jornada «Protagonistas Mayores: con derechos hay vejece». Consistió en una radio abierta y en intervenciones artísticas-callejeras que reflejaron el protagonismo y participación de personas mayores en espacios públicos, sus realidades, las diversas vejece existentes y su potencial como sujetos políticos y culturales activo.

La plaza Vélez Sársfield, espacio icónico de la ciudad de Córdoba, fue el lugar elegido para la realización de la radio abierta. Se trata de una plaza que ha sido y es centro de manifestaciones, reclamos sociales, festejos de partidos de fútbol y de otras victorias; que hora tras hora concentra a miles de personas que pasan de un barrio a otro o se dirigen al centro de la ciudad, a

1. Se trata de los proyectos «Vejece y vínculos intergeneracionales: construyendo desde el arte y la comunicación comunitaria» (2023) y «Recuperando voces, vivencias y sentires de las vejece» (2024), generados y sostenidos por Red Mayor - Espacio de Gerontología y Claro que se puede, programa de radio comunitaria realizado por personas mayores. En el marco de proyectos de Gestión de Actividades Artísticas y Culturales, programa de Personas Mayores de la Secretaría de Extensión de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC).

laburantes, turistas, estudiantes, personas de diferentes clases sociales, géneros y edades.

Esta actividad no se trató de un evento aislado, sino de la continuidad de un proceso realizado en el marco de dos proyectos continuos de extensión universitaria¹. La jornada de radio abierta, a diferencia de otras realizadas, fue planificada junto a otras instituciones, organizaciones, equipos de trabajos y personas mayores². Esto permitió la conformación de una red de acción y articulación que trasciende a la jornada en sí y que pone en valor el potencial de la intervención territorial. Así, se hace posible fortalecer los lazos y la acción comunitaria, saberse cercanos en los abordajes ante las problemáticas que atraviesan a las vejeces, así como construir respuestas colectivas que puedan sostenerse en el tiempo.

Metodologías vivas, voces activas

El arte y la comunicación configuran herramientas sublimes para desarmar (o intentar desarmar) estigmas y ampliar sentidos posibles sobre las vejeces. La radio abierta y las intervenciones artísticas-callejeras se dispusieron en el espacio de encuentro, a través de dinámicas expresivas y estéticas, que permitieron recrear prácticas, voces, relatos y experiencias sobre las vejeces y envejecimientos.

Espacios como estos favorecen la creación de nuevos guiones sociales que se acerquen a la realidad de las personas mayores, que reconozcan deseos, ganas, potencias, necesidades, así como la participación ciudadana, social y política. Se trata de otros guiones, que abandonan la deficiencia, la enfermedad y la carga, sostenidos por aquellas miradas que disocian la continuidad de la vida y que imposibilita o asusta al pensarse como futuros viejos/viejas. Se trata de salirse de guiones sociales tradicionales y pensar

2. Red Mayor - Espacio de Gerontología, Claro que se Puede, Unión Argentina de Prestadores de Servicios Gerontológicos, Radio comunitaria La Quinta Pata, Radio comunitaria La Ranchada, Secretaría de Políticas Sociales y Desarrollo Humano de la Municipalidad de Córdoba, Programa de Personas Mayores de la Secretaría de Extensión Universitaria UNC, La Revolución de Las Viejas Cba, Comisión especializada en Derechos de las Personas Mayores del Colegio de Abogados de Córdoba, Área de Bioética del Ministerio de Salud de la provincia de Córdoba, Fundación Fuerza Mayor y Dionisia Guzmán.

otros sentidos posibles, en los que las mismas personas mayores hablen en primera persona, sin tutelajes ni intermediarios.

Construir estas nuevas narrativas implica caldear enunciaciones desde la potencia vital, el cuidado y el respeto entre seres y con el territorio. Se trata de lógicas vinculares no mercantilizadas, que no reducen la vida al rendimiento o consumo y que son tramadas desde la diversidad (Cabral, 2021). De esta forma, la comunicación y las intervenciones artísticas se entienden como prácticas situadas que transforman y cocrean otras maneras sensibles de apreciar el curso de la vida, el cuerpo, el territorio, los afectos y los vínculos. Abren la posibilidad de construir nuevos relatos que colaboran en resignificar lo común y lo diverso.

Las metodologías vivas habilitan que, desde los márgenes y la subalternidad, las personas mayores con sus palabras, miradas y presencias, aporten experiencias encarnadas en formas expresivas y estéticas que escapan a lo normativo, lo normalizado y normativizante. Como dice Cabral (2021: 146):

La misma propuesta narrativa y estética manifiesta ese diálogo, el *continuum* con lo experienciado en campo para construir un relato que busque despatriarcalizar la mirada, desarrollar puntos de vista posibles desde el lugar del deseo y de la potencia de reconocer las subjetividades subalternas como las portadoras de saberes.

Saberes que atraviesan las capas generacionales, justamente allí en donde se pone en juego la existencia. Se es y se está en comunidad intergeneracional. Por eso, no se habla para unos pocos y del mismo grupo etario, sino que aquellos guiones sociales tradicionales y estigmatizantes requieren de una participación dialógica entre edades. La apuesta por la vinculación intergeneracional no es caprichosa ni ingenua, se enmarca en una lectura crítica del lugar de subalternidad e invisibilización en que muchas veces se insiste en relación a las personas mayores y su rol en la sociedad.

Como señalan Sande y Mauro (2023), al retomar a Fernández (2006), se interpreta como «natural» la subordinación de las vejeces, a la vez que se los homogeneiza como viejos y viejas que constituyen cargas sociales, de cuidados y en la economía. De

este modo, se instalan y legitiman prácticas de discriminación al concebir a las personas mayores como incapaces y dependientes, negando la potencia y diversidad de la vejez. Son discursos y lógicas que socavan la existencia de les otros y de sí mismo, pues con mucha suerte todos llegaremos a viejos y viejas. ¿Y si ese fuera el incentivo?

Esta jornada, junto con otras actividades desarrolladas³, estuvo orientada a la participación de las personas mayores de la ciudad de Córdoba, para generar espacios donde sus voces, relatos y sentires circulen. Con la propuesta de metodologías vivas, se apunta a dinamizar la intervención, se abandonan estructuras y guiones rígidos para dar lugar al deseo, la creatividad y la potencia de los afectos. Así, no solo es posible «la reflexión y el desarme de la idea de «universales», sino también dar cuenta de un conocimiento del mundo más sensible y certero, basado en un compromiso y una participación activa» (Bonavitta, 2024: 6) con el grupo con el cual se interviene.

Metodologías vivas y voces activas para explorar decires y prácticas, para construir saberes situados, horizontales y con anclaje en las experiencias y necesidades de los propios sujetos.

Gerontología comunitaria, feminista y extensionista

La posibilidad de la existencia, de la continuidad de la vida es en comunidad. Desde que nacemos es un otro/otra quien nos recibe, nos nombra, brinda cuidados y acompaña nuestros

3. Se llevaron a cabo talleres recreativos y reflexivos, jornadas de cine-debate, encuentros intergeneracionales en instituciones educativas y espacios de radio abierta. Estas acciones fueron pensadas desde una lógica itinerante y territorial; es decir, las actividades se realizaron en espacios de diferentes barrios de la ciudad, elegidos por ser referencia de encuentros comunitarios y culturales. No se trabajó con un solo grupo «estable» de personas mayores, sino que el objetivo consistió en ampliar la llegada de las actividades a personas de los barrios de la ciudad de Córdoba. Para ello, también se contempló que de tales encuentros se realizaran columnas radiales con entrevistas a las personas mayores asistentes, personas de otras edades participantes de los encuentros, que fueron emitidas en el programa radial «Claro que se puede», con alcance a toda la ciudad de Córdoba y el interior de la provincia, a fin de continuar generando resonancias que trasciendan.

primeros momentos vitales. A lo largo del curso vital, vamos construyendo vínculos que sostienen nuestro andar. Se trata de lazos afectivos y sociales que conforman una red integrada por la familia, vecinos/vecinas, instituciones, profesionales, personas y actores significativos, desde y en los territorios, con quienes tramamos colectivamente el sostén necesario para vivir.

Desde esta perspectiva, el campo de la gerontología comunitaria se centra en el sujeto envejeciente/envejecido y en la relación con su entorno. Se interesa por la participación en la vida comunitaria, su desarrollo e integración social (Roque y Fassio, 2012). Es decir, se reconoce que el envejecimiento es un proceso integral, biopsicosocial y, desde ahí, la gerontología comunitaria promueve acciones orientadas al bienestar, la salud y la calidad de vida de las personas mayores. Esto implica planificar, organizar e impulsar estrategias de intervención y programas comunitarios que potencien el bienestar integral y la capacidad funcional en distintos contextos (Mendoza-Núñez y Martínez-Maldonado, 2015).

En esta línea, la gerontología comunitaria reconoce y promueve los principios del envejecimiento activo: salud, participación, seguridad, aprendizaje a lo largo de la vida y autonomía e independencia (Organización Mundial de la Salud, OMS, 2002). Estos principios también se ven reflejados en la propuesta realizada por Naciones Unidas, respecto a la Década del Envejecimiento Saludable (2021-2030) cuyo objetivo es:

Reducir las desigualdades en materia de salud y mejorar la vida de las personas mayores, sus familias y sus comunidades a través de la acción colectiva en cuatro esferas: cambiar nuestra forma de pensar, sentir y actuar en relación con la edad y el edadismo; desarrollar las comunidades, de forma que se fomenten las capacidades de las personas mayores; prestar servicios de atención integrada y atención primaria de salud centrados en la persona, que respondan a las necesidades de las personas mayores, y proporcionar acceso a la atención a largo plazo a las personas mayores que la necesiten (OMS, 2024).

En este sentido, la vejez no es una etapa «de pasividad» en la que personas mayores se convierten, de los 60 años en ade-

lante, en meros receptores. Por el contrario, son sujetos activos de derechos, con capacidad de tomar decisiones, de participar e incidir en lo público y de gestionar la resistencia frente a las vulneraciones que los afectan. Contar con la participación de las personas mayores en la planificación y el desarrollo de las propuestas gerontológicas no solo las enriquece, sino que constituye una herramienta de empoderamiento colectivo y promueve la capacidad de agenciamiento en la esfera social.

Intervenir desde la gerontología comunitaria implica reconocer la pluralidad de vejez coexistentes: vejez rurales, urbanas; en situación de dependencia, autónomas; aquellas que viven en residencias de larga estadía; vejez masculinas, trans, disidentes, femeninas. Como sostiene Carballeda (2012: 1): «Pensar lo social en términos de intervención implica la construcción de un punto de encuentro entre sujeto y cultura donde los aspectos contextuales dialogan, se entrecruzan y elaboran diferentes tipos de demanda ligadas a la cuestión social». En este sentido, pensar en los problemas sociales que afectan a las personas mayores en el contexto latinoamericano —y particularmente en Córdoba, Argentina, donde se inscribe esta experiencia— requiere que se consideren factores como la pobreza, la migración, el acceso desigual a la educación, el trabajo informal/formal, las condiciones de salud y prestación médica, así como las desigualdades de género y otras formas de exclusión que son necesarias de observar para promover un envejecimiento digno, activo y con pleno ejercicio de derechos.

De este modo, las intervenciones sociocomunitarias buscan hacer visible lo rechazado. En el caso de las personas mayores, los cuerpos y vidas no responden a la estética del mercado y, por eso, desde discursos hegemónicos y capacitistas se insiste con representaciones que los asocian al descarte y lo desechable. Para Danel (2019: 253), la intervención genera ruptura con aquello imperante y pretende generar transformaciones en la institucionalidad: «con una clara posición en crear autonomía en sujetos protagonistas de la acción, a partir del desarrollo de intervenciones en la vida cotidiana de las personas mayores».

En este horizonte, incorporar la perspectiva feminista en las intervenciones gerontológicas comunitarias se torna clave para

desarticular la maquinaria patriarcal productora de desigualdades en detrimento de mujeres y disidencias. Las opresiones acumuladas en las trayectorias vitales moldean los cuerpos, las subjetividades y las condiciones materiales con las que las personas llegan a la vejez (Bonavitta y Franco, 2024). Desde la gerontología comunitaria feminista es posible cuestionar los discursos y prácticas patriarcales y edadistas que insisten en sostener estereotipos y exclusiones, así como anular el placer, el deseo y los proyectos vitales.

La experiencia que se retoma y comparte en esta ocasión se enmarca en un proyecto de extensión universitaria. En este sentido: ¿cuál es el rol de las universidades en la construcción de trayectos envejecientes? La acción en los territorios, por fuera de la universidad, permite interpelar los modos educativos tradicionales y enriquecerlos con las dinámicas, problemáticas, actores y actoras sociales implicados/as (Tommasino Comesaña y Correa García, 2023). Se trata de construir modos de investigar y de docencia que se integren con los territorios y, en este sentido, reconocer a las comunidades como portadoras de saberes legítimos y como actores activos en la construcción de conocimiento. La extensión, desde esta perspectiva, se configura como un proceso dinámico de intercambio y aprendizaje mutuo entre universidad y sociedad, entre las ciencias y las comunidades. De este modo, se está en presencia de procesos que integran extensión, docencia e investigación, lo que supone una transformación en la manera de concebir la producción académica.

Desde esta mirada, se cuestionan la universalidad, objetividad, neutralidad y unidireccionalidad sobre la producción de conocimiento. Se propone situar el saber en el territorio y en las personas que lo traman, así como también reconocer la experiencia y los afectos como herramientas epistémicas (Tommasino Comesaña y Correa García, 2023). La extensión universitaria se convierte, entonces, en una experiencia de coconstrucción de saberes, en la que se amalgaman las fronteras entre lo académico, lo popular, los sentires y los afectos.

En ese sentido, el cruce entre las perspectivas gerontológicas y feministas con las prácticas de extensión universitaria permite

abrazar lógicas comunitarias y vínculos interinstitucionales que apuestan por el reconocimiento del saber situado, de los seres en territorios y contextos atravesados por condiciones materiales, simbólicas, culturales. A la vez que es posible visibilizar y problematizar las desigualdades, estas perspectivas cuestionan los imaginarios y estereotipos establecidos (edadismo, sexismo), abren paso a la construcción de otros sentidos posibles, nuevas formas de representación, participación y acción colectiva. Todo ello favorece la autonomía de los seres y territorios, sus derechos, así como la construcción y el ejercicio de ciudadanía.

A palabras vivas, reverberantes

En la experiencia de la radio abierta, las palabras no solo se dijeron, Reverberaron. Como lo hace el sonido cuando encuentra superficies que lo multiplican: las paredes, las calles, los cuerpos, las memorias, los silencios. Cada testimonio, información, interrogante e intervención fue más que una emisión vocal. Se trató de palabras cargadas de historias, deseos, contradicciones, crítica, ternura y lucha. En ese eco extendido, las voces mayores activaron sentidos que no se agotan en el instante de la emisión, sino que persisten, se transforman y se expanden en quienes las escuchan, las repiten y en quienes las sienten propias o cercanas. En mí también, a medida que avanzo en este escrito siguen floreciendo palabras, sentires y afectos.

Esta reverberación simbólica ubica el decir de las personas mayores en el campo de construcción colectiva y la disputa de sentidos. Nombrar, entonces, no es solo hablar, es hacerse presente, intervenir un espacio y habitarlo con palabras cargadas de potencia transformadora. Palabras que siguen sonando, insistiendo y encontrando nuevos lugares, comunidades, cuerpos y subjetividades en las que vibrar. Reverberar se trata de cierto efecto que envuelve el sonido, la palabra.

Se trata de nombrar los silencios, lo incómodo, lo obvio, los miedos, las pérdidas, lo latente que se teme decir. También, las certezas, las potencias, los puntos de apoyo y de anclaje. En esa mixtura se encuentra la fuerza del pulso, del andar, del querer ser y existir.



Plaza Vélez Sársfield, una fuente de agua que reúne cuatro avenidas, un shopping, un colectivo turístico de la ciudad y una radio abierta. Fuente: Franco, Natalia. Registros de intervención

Durante la jornada, las voces en on recorrieron temáticas profundas y urgentes: la vida en residencias de larga estadía, gerontología feminista, las desigualdades en el envejecimiento producto de opresiones de género, edadismo-viejismo, la Convención Interamericana sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores, las vidas precarias y el ajuste económico sobre las personas jubiladas, las rondas de jubilados de los miércoles, acciones conjuntas por los derechos y movimientos sociales, voluntad anticipada y muerte digna, las realidades de las vejez y proyectos comunitarios del interior de Córdoba, historias de vida y proyectos vitales que las personas mayores siguen construyendo en la vejez.

De manera paralela a la radio abierta, se llevaron a cabo intervenciones artísticas-callejeras, que expandieron el sentido de la jornada y reforzaron el carácter colectivo, cultural y situado de la propuesta. Una de ellas fue la «semaforeada», en las que se sostuvieron carteles que visibilizaban derechos y la presencia activa de las vejez en la sociedad. También, se presentó una muestra fotográfica que desafía los estereotipos sobre la vejez y pone en evidencia el rol comunitario y social de las personas mayores.



1. Personas mayores presentes en la jornada. 2. Una radio abierta se le planta a un “AmoCba”.
3. Bajo la sombra de un árbol “el viejerío”. Fuente: Franco, Natalia. Registros de intervención

Otra intervención fue el «mural de los dichos», en el que se invitó a quienes transitaban por la plaza a responder la pregunta ¿qué es la vejez?, dando lugar a un mural colectivo de palabras y sentires diversos. La jornada cerró con un rito musical a cargo de Fuerza Mayor — Ensamble de Tambores, que reafirmó la potencia alegre del encuentro.

En un rincón estratégico de la plaza, en paralelo al grupo de personas mayores que hicieron el despliegue de la radio abierta, se ubicó «El muro de los dichos». Un puñado de personas jóvenes y mayores interceptaban a los transeúntes con la pregunta «¿qué es la vejez?». Las respuestas conformaron un amplio abanico: la sorpresa ante la pregunta: «uy, ¡no sé!, nunca lo pensé»; la ternura del recuerdo o la referencia de alguien cercano: «el cariño de la abuela»; las etiquetas cliché: «sabiduría», «experiencia», «años», «vida».

Como nota de observación, para nada menor, la presencia del cuerpo envejecido. ¿Qué se pone en juego cuando personas mayores te preguntan qué es la vejez? ¿Qué se cuele en la presencia de un cuerpo envejecido que te interroga? ¿Irrumpe? ¿Acaso la presencia de las personas mayores en el espacio público solo responde a fines recreativos?



1. Personas mayores que asistieron a la jornada y muestra fotográfica. 2. Integrantes de Fuerza Mayor a puro ritmo. Fuente: Franco, Natalia. Registros de intervención



Y que sea baile. Fuente: Franco, Natalia. Registros de intervención



Interpelate en el Muro de los Dichos. Fuente: Franco, Natalia. Registros de intervención

Los valores asignados a la vejez se ven reflejados en los comportamientos, como el hecho de detenerse y destinar tiempo a escuchar a la vieja o el viejo que me preguntan algo. Y de repente, la vieja o el viejo a quienes se miran con ingenuidad, sacan de su galera una pregunta que interpela: «¿qué es la vejez?». Mirándote a los ojos, preguntan para incomodar por aquello que quizás nunca uno se detuvo a interrogarse, pero también preguntan para poner en común las creencias y develar la trama social que define dónde se ubican, qué se piensa de ellas, cómo se mira y qué se espera de las personas mayores.

Escenas como estas encarnan lo que desde el grupo de lectura *Metodologías vivas desde una mirada territorial, feminista y comunicacional*, y debates previos del grupo de lectura *Perspectivas feministas y transfeministas en diálogo desde la comunicación en las ciencias y los territorios*, entendemos por metodologías vivas. Es decir, prácticas, intervenciones de construcción colectiva de sentido que parten del cuerpo y la experiencia situada. Lejos de transmitir saberes cerrados, desde las metodologías vivas se habilita la pregunta, la incomodidad, la escucha a lo no dicho y el dejarse afectar por lo

que emerge en el encuentro. No hay guiones preestablecidos, hay disponibilidad a la interrupción, al gesto, al afecto, al temblor. En el cruce de palabras, presencias, miradas, sonidos, arte, cuerpo y territorio, el conocimiento se vuelve poroso, relacional y transformador. Así es que una simple pregunta (que nada de simple tiene), amplificada en la boca de una persona mayor en el espacio público, no busca respuestas cerradas. Sino que revela tensiones, desmonta estereotipos y deja la incógnita de lo otro posible. Es aquí, en palabras vivas y reverberantes, donde también reverberan estas metodologías vivas.

Seguir reverberando

Lejos de ser un acontecimiento aislado, la jornada de radio abierta fue el reflejo de un proceso colectivo, entrelazado, situado y, también, político. Nutrido desde el trabajo territorial, el diálogo intergeneracional, la apuesta por el cruce entre metodologías vivas, gerontología y feminismos. Se trató de la manifestación de la palabra, de la participación y el protagonismo de las viejas y los viejos. Allí, la palabra se volvió cuerpo y acción. Esta experiencia abrió una puerta más a la diversidad coexistente de realidades en las trayectorias envejecientes y en las vejez: historias, deseos, derechos, arte, comunicación, todo ensamblado para seguir tramando la continuidad de la vida.

Una vida que sigue insistiendo en el lazo social, en lo comunal, en la construcción de subjetividades capaces de reconocerse en la otredad, que puedan reconocer en el otro algo de lo propio. Para eso, la mirada, la presencia, la escucha y la palabra fueron vehículos posibles de encuentros. La comunicación, la palabra y el arte, desde formas expresivas y estéticas, son capaces de desmontar ciertos «guiones sociales» sobre la vejez, la heteronorma, las clases, lo étnico, la jubilación, la productividad, la maternidad como destino, la medicalización de los cuerpos, las formas hegemónicas de habitar el tiempo y el espacio.

Frente a estos guiones normativos, emergen otros decires, relatos, palabras que, como potencia política, irrumpen para nombrar los desafíos, las desigualdades, las pérdidas, los anhelos, los derechos, las ganas y las posibilidades. En ese acto de enunciación

no solo se comparte un testimonio: se construyen participación, ciudadanía y una práctica situada —un decir-hacer— de las vejez más próximas a las realidades concretas, diversas y complejas de nuestros territorios. Estos nuevos guiones sociales sobre la vejez habilitan otros sentidos posibles para vivir y habitar los territorios. Palabras que en colectivo seguirán reverberando, pues la construcción de sentidos nunca es estática y mucho menos acabada.

6.

Textos y cuerpos

Alternativas feministas para abordar los procesos de salud, enfermedad y cuidado.

—

Natalia S. Drazile
Luciana Dezzotti



La tierra por ahí dicen que, yo creo que pasa, cuando estás pasando algo con tu vida, o estás pasando un momento, ¿se nota no? Se nota en la quinta, se nota en cómo te devuelve, yo creo que también cosas de la vida. Y la tierra forma parte de todo eso.

Silvia, Camino 60 Cuadras-Córdoba, 2023,

El cuerpo también es un texto en el que los regímenes de poder escriben sus preceptos.

Silvia Federici, 2022

Este hilado de palabras, sentidos y sentires surge de caminos entrecruzados, recorridos individuales que luego convergieron en un grupo de lecturas feministas y transfeministas¹. Nos conocimos así, entre textos que nos proponían incomodidad y refugio, desobediencia y sostén; entre análisis y reflexiones que invitaban a conocernos con y desde las emociones; emociones y cuerpos que sin querer y (muy) queriendo necesitaban salir de los rincones ocultos o negados; entre otras mujeres, cuerpos, que se percibían livianos entre tanta congestión académica. En esos ratos de la vida, y entre relatos varios, nos fuimos conociendo. Los intereses y las experiencias que cada una traía resonaban en los oídos de la otra, había gestos de curiosidad sobre campos de investigación y orígenes académicos que parecían un poco distantes: las mujeres horticultoras y cuidadoras del cinturón verde cordobés con las que se vinculaba Lu, licenciada en Nutrición; y los mundos virtuales de la teleconsulta que investiga Nati, licenciada en Letras Modernas.

Sin embargo, la excusa de asistir a un mismo lugar de trabajo nos mantuvo en diálogos (a veces larguísimos) en los que aparecía con claridad la preocupación por pensar la salud como un concepto integral que tome las experiencias cotidianas, las historias, los escozores, la vida situada en lugares y tiempos muy precisos.

Nuevamente, la participación en un equipo de trabajo para pensar las prácticas territoriales de extensión nos puso en la

1. Grupo de lectura «Perspectivas feministas y transfeministas en diálogo desde la comunicación en las ciencias y los territorios». Dirigido por la Dra. Paola Bonavitta. Centro de Investigaciones en Periodismo y Comunicación, Facultad de Ciencias de la Comunicación, Universidad Nacional de Córdoba (CIPeCo, FCC, UNC)

misma mesa, compartiendo el mismo mate, encontrando una vez más las inquietudes comunes. Nos dimos cuenta de que el trabajo de campo doctoral que venía realizando Lu podía ser un espacio fértil para seguir pensando otras formas posibles de escucha, de registro, de diálogo e interacción comprometida con eso que sucede en un encuentro como una práctica de responsabilidad ética y, por ende, cuidadosa.

Y así, entre huertas, hortalizas y otros sostenes, nos encontramos pensando, criticando y reflexionando (a veces en la intimidad de cada una y, otras, entre nosotras) sobre las prácticas que suceden en los consultorios de diversas personas que se desempeñan como profesionales de la salud. De allí que consideremos la clínica (y el espacio donde sucede) como un territorio que necesita prestar atención a las prácticas, estrategias, sentidos y sentir-pensares que afloran desde el afuera de esos espacios, esos otros territorios tan diversos, pero que se presentan en cuerpos, voces, historias de vida y parte de procesos de salud, enfermedad y cuidado en cada consulta.

Con este capítulo queremos aportar no solo una mirada crítica, sino también un pensamiento propositivo de otras formas posibles de escuchar, registrar e interpretar. Formas que, por más situadas que se encuentren (y, por ende, parciales), puedan ser pistas para otras situaciones (igual de parciales), embebidas de un compromiso social feminista. En este sentido, elaborar nuevos modos es un desafío que asumimos por considerar que las localizaciones de poder que se habitan, aquellas que organizan la vida, junto a su desorganización-desgaste-subversión, son parte indisociable de los procesos de salud, enfermedad y cuidado, como también lo son de las prácticas de extensión, investigación y clínica.

Entonces: ¿Qué sucede en un espacio de consulta, con toda esa diversidad que es y constituye la salud? ¿Es posible hablar de «consulta», asumiendo la complejidad del cuerpo «consultante»? ¿Hay espacio y escucha de lo que acontece en lo cotidiano de quien consulta? ¿Se contemplan otras formas de comunicación corporal? ¿Se considera la territorialidad y la trama que la persona es y habita? ¿Se consideran las varias marcaciones sociales que

encarna el cuerpo «consultante»? ¿De qué forma se hacen conscientes las marcaciones propias? ¿Hay sororidad posible? ¿Hay lugar para contemplar la trama laboriosa en la que esa persona se encuentra? ¿Se tienen en cuenta las estrategias de cuidado como parte de lo que se corporiza? ¿Qué sucede con los cuidados y autocuidados que sobrecargan los cuerpos cuidadores? ¿Cómo habilitar la intimidad, la desnudez? ¿Cómo se percibe todo eso? ¿Cómo se registra? ¿Qué se registra? ¿Para quién? ¿Para qué?

Hilado sostén: epistemologías feministas y concepciones complejas de salud

Las *epistemologías feministas* y las *concepciones de salud, enfermedad y cuidado como procesos* son los pilares fundantes que acompañan nuestros encuentros. Este hilado de corrientes, teorías, metodologías y apuestas políticas se fundamenta en la contractura corporal, en la tensión de ojos, gargantas, panzas, sensibilidades intestinales y erupciones dérmicas que nos propone el modelo médico hegemónico para abordar los procesos de enfermedad de otras personas y propios. Empecemos, entonces, con esos aportes que nos llegaron de otras mujeres, que desde sus lugares nos invitan a despatriarcalizar y descolonizar nuestro ser, hacer y conocer. Y ahí encontramos la primera clave, la de poder enunciar nuestro lugar de enunciación, nuestros recorridos y experiencias, impregnadas y dependientes de otras varias; asumiendo que en el territorio de la investigación nuestros cuerpos (sí, en plural) se ponen y hacen presente en el estar y dialogar con otros.

Como proponen Mariana Alvarado, Natalia Fichetti y Valeria Fernández Hasan (2020: 30), la producción de conocimiento del feminismo «está anudada en su estar y hay una toma de conciencia de ese nudo que se corporiza y despliega en la producción». Ser cuerpos implica asumirnos afectadas. En estos marcos teóricos la rabia, la empatía, la calma, la inquietud, la curiosidad, entre otras emociones, se transforman en herramientas cognitivas fundamentales que no solo guían en el proceso extensionista, investigativo, el leer y escribir, sino que aportan a procesos más sanadores y seguros, mientras enriquecen la comprensión y transformación del mundo social (García Dauder y Ruiz Trejo, 2020). De este modo,

el cruce entre nuestras razones-emociones, mentes-cuerpos, objetividades-subjetividades y demás dualidades entrelazadas, se va disolviendo entre encuentros, mesas y mates; permitiendo así abordajes complejos y comprometidos de un «objeto» también complejo y también comprometido².

Además, esta forma de hacer ciencia no se puede separar de formas diferentes de leer y escribir. En otras palabras, las epistemologías feministas toman en consideración saberes diversos que desgastan las jerarquías de la ciencia tradicional, colonialista, patriarcal, antro-androcéntrica y heteronormada, dando espacio a la introducción de problemas y objetos de investigación distintos (Alvarado, 2020: 25) que demandan otras maneras de leer y de escribir eso que sucede, interpela y genera inquietud.

Así, miramos lo que acontece, desde lo que se niega a ser arrinconado y encajonado en universales y esencialismos (Hartaway, 1995). Es el género entremezclado con la raza, etnia, clase y nacionalidad, entre otras tantas marcaciones de diferencia, una herramienta potente para entender y comprender lo situado. En este sentido, una epistemología feminista construida desde estas latitudes nos invita a tomar consciencia de los lugares y privilegios de enunciación, de las marcas y marcaciones que llevan y llevamos en nuestros cuerpos. Conciencia que atenta contra el racismo de género³ e invita a sentir-pensar los modos en que nombramos y producimos, por ser acciones que dejan huellas y marcas en los cuerpos, en la salud y, al mismo tiempo, se pueden invisibilizar y desoir en los procesos de atención.

Por lo mencionado, consideramos que es clave la noción de experiencia, porque el conocimiento que producimos no puede disociarse del encuentro con esas otras personas que nos invitan

2. Tomamos los dichos de María Luz Esteban (García Dauder, Dau y Ruiz Trejo, Marisa. 2020): la investigación feminista implica un compromiso corporal de quienes investigan consigo mismas y las realidades incómodas, pero, muchas veces son notorios los compromisos que las «sujetas» tienen con estos procesos desde el primer acuerdo de encuentro, de conversación, de intimidad; sujetas activas y comprometidas con investigaciones o propuestas que tienen el «deseo de cambiarlo todo», en palabras de Verónica Gago (2019), cuando las investigaciones se asumen en contextos patriarcales, coloniales, entre otras violencias.

3. De acuerdo a Yuderkys Espinosa Miñoso (2019: 277) el racismo de género es una imposibilidad de la teoría feminista de reconocer su lugar de enunciación privilegiado dentro de una matriz moderna colonial de género (...) invisibilizando el punto de vista de «las mujeres» situadas en una escala menor de privilegio, es decir, las racializadas empobrecidas, dentro de un orden heterosexual.

a participar de sus vidas cotidianas. De esta manera, el encuentro/diálogo del trabajo de campo de Lu, que nos sirvió para pensar este escrito, no puede encasillarse como ejemplo, como prueba objetiva, ya que emerge de dos testimonios, dos experiencias situadas y parciales de dos jóvenes horticultoras y cuidadoras del cinturón verde de la ciudad de Córdoba. Noemí y Silvia hacen un lugar entre las hortalizas, en los costados de sus casas, invitan a mirar, sentir-pensar su cotidiano, no para construir modelos o reflexionar en abstracto. Por el contrario, como plantea Mariana Alvarado (2020: 34-35), «convocan a la autoconciencia en la que las mujeres se sienten convocadas a hablar, en la que circula la palabra, en la que aparece una producción que no es el resultado de una sola, sino que nombra a todas (...)». Porque desde este ser, hacer y conocer feminista podemos entramar el hacer ciencia, produciendo conocimiento con la vida misma, con razones *in-corporadas*, con todo eso que acontece en los territorios, con y desde la potencia de las experiencias comprometidas.

El segundo pilar para sostener este capítulo es la propuesta de asumir la *salud* como proceso, sin separar, sin sentir-pensar, ni comprender de manera aislada los malestares, bienestares, enfermedades y otras manifestaciones clínicas, modos de atención, estrategias de cura y cuidado. Como propone Georges Canguilhem (2004) hay que correr del centro de la mirada a la enfermedad para poder concentrarse en las vivencias, porque el concepto mismo de salud es experiencial. Implica una dinámica de juego y aprendizaje sobre el cuerpo, pero también sobre el ambiente, los vínculos con otras especies, los lugares que se habitan, lo que se dice con palabras y lo que encuentra otros canales.

La salud entendida como proceso, entonces, implica mirar de manera relacional (Menéndez, 2009) a las personas, las configuraciones culturales, sus representaciones sociales y experiencias sobre la enfermedad, la salud, el cuidado, quiénes lo asumen, quiénes lo deben asumir y qué formas se adoptan.

Si hablamos de configuraciones culturales resulta necesario rastrear-reconocer-denunciar las dinámicas de poder que impregnan y enraízan en los sentires-pensares, decires y haceres en salud. Son sus «matrices de opresión múltiples», en palabras de Odeth

Santos Madrigal (2024), las que marcan cuerpos y los moldean o, al menos, lo intentan. Somos cuerpos racializados, generizados, disponibles para ciertos trabajos, para ciertos sentires y para ciertas geografías. También revelamos disconformidades, diferencias y tensiones sociales, nos adaptamos, pero también tenemos la potencia de reivindicar la indeterminación de lo que podemos sentir, pensar, hacer y decir, desplazar límites, desgastar matrices, subvertir jerarquías (Antón y Damiano, 2010; Gago, 2019). A partir de esto, nos preguntamos: ¿será la escucha, la observación, la percepción de cada momento corporal, de las marcas y formas particulares, las pistas para interpretar bienestares y malestares de manera situada? ¿Son los feminismos los que nos alivianan entre tantos diagnósticos descorporizados?

A su vez, cuando pensamos en términos culturales incluimos también los vínculos con la naturaleza porque, como propone Donna Haraway (2022: 36), «naturalezas, culturas, sujetos y objetos no preexisten a sus configuraciones entrelazadas del mundo». Sostener una concepción de salud como proceso, por lo tanto, nos permite pensar en términos de una salud integral y, por qué no, en términos de «una sola salud, a escala planetaria, pero desde la diversidad de especies, esferas, ecosistemas, territorialidades y corporalidades que se entrelazan, constituyen y sostienen entre sí» (Cabral, Drazile y Mendizábal, 2024: 7), más allá y entre consumos, extractivismo y expoliaciones de los territorios.

En este punto, vemos que se articulan la epistemología feminista con esta manera de comprender la salud ya que, considerar los entrelazamientos complejos entre lo humano, lo no humano, el mundo social, el natural-biológico, propone un objeto complejo que desafía la distinción y la supremacía de unos saberes por sobre otros. Aún más, esta mirada epistemológica nos permite comprender la capacidad de afectación (Vinciguerra, 2020) que tienen todos esos elementos y nos colocan, a quienes asumimos la aventura de investigar, aprender y conocer con otras personas, en esa conciencia de nuestra capacidad de dejar huella, pero también de ser marcadas por la acción, por las palabras o simplemente por la presencia en un estar ahí siendo parte de un todo.

Cuerpos-textos: imágenes y fragmentos para tensionar lo hegemónico

A modo de ensayar otras formas posibles de registrar, tomar nota, recibir y comunicar, tomaremos algunas pistas que el encuentro con Noemí y Silvia nos regala. Porque «el cuerpo produce imagen» (Trosman, 2013: 21) que invita a la observación, a la escucha, a percibir los sonidos, los aromas, las pieles, las vestimentas y otros accesorios que acompañan. Una imagen que se ve afectada por el encuentro, que se va escurriendo con otras imágenes de otros cuerpos; afectación que debemos recuperar y reconocer al situarnos en las epistemologías feministas.

¿Qué elementos conforman esa imagen corporal? Los cuerpos hablan, nos cuentan qué sienten, dónde y por qué creen que lo sienten. Los cuerpos se mueven y también nos cuentan cómo se mueven, sus varias actividades cotidianas, trabajos, descansos y otros rituales de autocuidado. Los cuerpos nos miran, o no, de ciertas maneras. Sí, las miradas son muy potentes si podemos leerlas. Los cuerpos se visten, a veces se maquillan, a veces hay relojes, aros, otras veces no y cada objeto tiene su relato. Los cuerpos escurridos, esa imagen que trasciende el individual, tiene su propia imagen, la ubicación de cada uno, en sus propias viñetas, porosas o no tanto, permeables o impermeables.

Escuchar, leer, tomar nota, encontrar imágenes, todo esto nos lleva a pensar en la posibilidad de comprender el cuerpo como un texto que se va construyendo, reformulando, escribiendo y reescribiendo. Proponemos recuperar la metáfora del cuerpo como texto porque consideramos que cada texto/cuerpo es una urdimbre, no siempre lineal y prolija, de elementos, marcas, huellas que pueden ser leídos, narrados, descriptos, escuchados. El análisis de los elementos narrativos no solo se queda estancado en identificar un inicio, un desarrollo y un desenlace, sino que comprende el complejo entramado de diversos elementos como lo son espacio, tiempo, personajes, narradores. En toda narración esos elementos funcionan como casilleros vacíos que hay que ir completando, atentas a las variaciones, las modulaciones de las pasiones⁴, los vaivenes de la acción narrada.

A su vez, esta forma de abordaje de los procesos de salud, enfermedad, atención y cuidado invita a correr a quien consulta de la pasividad, de la espera, de la quietud, para poner a esa persona en el centro de la narración. Si el mundo desde que es comprendido como mundo solo existe porque aprendimos a narrarlo, ¿por qué esperaríamos que sea otra la forma de decir y contar cuando lo que acontece es un proceso de salud, enfermedad, atención y cuidado? La narrativa y la comprensión de los cuerpos como textos también puede comprenderse como el ofrecimiento de mapas, que van llevando a distintos puntos, parte de eso que Carlos Trosman nos invita a pensar como *corpografía*. Este término, en tanto un neologismo que parte de «geografía», nos propone un abordaje de los procesos de salud, enfermedad y cuidado desde la búsqueda y la exploración de marcas, formas, imágenes, recuerdos, sonidos que se materializan en nuestros cuerpos. Habilita recuperar la compleja articulación entre tiempo y espacio, que siempre se hace cuerpo.

El encuentro con Silvia y Noemí está repleto de elementos que se condensan en un atardecer sentadas sobre cajones, entre hortalizas y semillas, entre perros, insectos, aves y otras formas de vida, imperceptibles para nosotras. Es una narrativa-imagen repleta de gestos, de sonidos, de palabras que se quedan a la mitad y otras que son pronunciadas con fuerza, con angustia, con esperanza; están los movimientos, los señalamientos al entorno, las descripciones minuciosas de lo cotidiano. ¿Cómo perdernos toda esa potencia de los cuerpos, de ese estar ahí, presentes y encarnando el tiempo? ¿Cómo perdernos la posibilidad de correr-nos del lugar de «uno», universal, racional, conquistadoras, médicas-profesionales-investigadoras, afectando, pero no afectadas, entre tanta insensibilidad?

4. La dimensión patémica es una clave de acceso para analizar textos (literarios o no). Presta atención a la modulación de los estados de ánimos de los personajes y busca describir ya no la transformación de los estados de las cosas sino la variación continua e inestable de los estados de los sujetos, pero sin separar esta dimensión de la capacidad de acción como proceso de configuración de la identidad. Estos aportes de las teorías literarias se pueden transpolar a otras instancias en las que lo narrativo cobra centralidad, especialmente si constituye una forma de vínculo. Para más detalle, se pueden consultar los textos de Algirdas Greimas, Denis Bertrand, Teresa Mozejko de Costa.

Tomaremos prestados fragmentos del encuentro para jugar a desgastar y tensionar los puntos centrales sobre los que se construye el modelo médico hegemónico, que se establece como norma en la formación profesional y forma de atención de los procesos de salud, enfermedad, cuidado. Fragmentos que nos invitaron a pensar, tensionar, registrar incluso en nosotras mismas eso que sentimos que se nos escapa de las manos, de la boca y de la mirada en otros contextos-territorios-clínica. Lo haremos para hacer evidentes las dicotomías en las que el modelo nos puede encerrar, mientras nutrimos una mirada relacional, atenta, comprometida con una comprensión abrasadora.

«Mi familia, por las historias que ellos nos contaron, fue este que sufrió mucho». (Entrevista a Noemí, Camino 60 Cuadras-Córdoba, 2023)

«Es que todavía se da esto que hay medieros, peones, y eso creo aporta mucho a esa jerarquía». «(...) Todavía hay gente como en una esclavitud». (Entrevista a Silvia, Camino 60 Cuadras-Córdoba, 2023)

«Claro porque en realidad vos tenés al patrón que te da las cosas, y ya lo ves como una figura que en realidad no tiene que ser, porque vos trabajás lo mismo». (Entrevista a Silvia, Camino 60 Cuadras-Córdoba, 2023)

«La discriminación siempre (...) o sos boliviana, o sos morocha, o sos gordita o porque trabajás en el campo (...) te menosprecian mucho». (Entrevista a Noemí y Silvia, Camino a 60 Cuadras-Córdoba, 2023)

Como sucede en otras ciudades y provincias, la horticultura en Córdoba tiene una larga historia de migraciones, de condiciones de trabajo precarias y de contexto que reafirman matrices de poder colonialistas-racistas. Noemí, Silvia y sus familias son parte

de estos movimientos, de la conformación y mantenimiento de lo que hoy conocemos como cinturón verde o región alimentaria de Córdoba.

A lo largo de la conversación van compartiendo pedacitos de la historia familiar que permiten comprender el modo complejo en que se articulan el pasado y el presente. En el relato de estas jóvenes aparece con claridad que el pasado colonial sigue dejando huellas en el presente, en los desplazamientos en búsqueda de trabajo y territorios que les permitan relacionarse con la tierra, con las comunidades y otras familias horticultoras con un menor desgaste.

Sus familias han migrado desde los territorios del norte de nuestro país y desde Bolivia, en búsqueda de mejores oportunidades; sin embargo, las lógicas de poder económico marcaron sus rumbos y sus vidas. Esto nos lleva a pensar en una de las principales características del modelo médico hegemónico: su origen colonial-europeo y erigido bajo el paradigma del positivismo. Este abordaje confía en la posibilidad de distanciar al sujeto (que investiga, aprende y trabaja en salud) del objeto. A su vez, dicho objeto se fue configurando bajo imperativos de universalidad e individualidad, de manera tal que la figura obtenida es un cuerpo de hombre blanco, es un cuerpo biológico cuyas partes se comprenden como piezas de una máquina con funciones específicas, es un cuerpo asocial, ahistórico y acultural.

Es necesario, entonces, encontrar modos de abordaje que recuperen estos relatos de vida, estas historias familiares que también dan cuenta de procesos histórico-políticos locales y regionales, para reconocer las marcas que el pasado deja en los cuerpos, presentizando esos tiempos lejanos. Como propone David Le Bretón (2013): «Cada momento del cuerpo, cada percepción, cada emoción, cada movimiento al momento de una interacción es un observatorio que nos lleva al corazón de lo social, de lo cultural y de lo político». No se puede esperar que el pasado no produzca enojos, dolor, tristeza, cansancio por el esfuerzo que se traslada de generación en generación. Todo eso aparece en y hace cuerpo.

«(...) en el campo que no solamente tenés que con el cuerpo, sino cabeza». (Entrevista a Silvia, Camino 60 Cuadras-Córdoba, 2023)

«(...) tuvimos la oportunidad de conocer a gente a no sé... a ingenieros, a conocer a otros productores. que te van enseñando también, ¿no?, de cómo hacerlo, de cómo va a ser en un tiempo. Cómo se va modificando todo, entonces por lo menos en ese sentido, tuvimos un aprendizaje extra del que se da en la casa». (Entrevista a Silvia, Camino 60 Cuadras-Córdoba, 2023)

S: «Compartimos mucha historia también el laburo».

N: «El pensamiento».

S: «También el pensamiento. Creo que sí. Y también por eso que por lo parecido de la historia familiar, por lo parecido de trabajar en el campo, por lo que nosotras como enfrentamos a la asamblea, o al estudio». (Entrevista a Noemí y Silvia, Camino a 60 Cuadras-Córdoba, 2023)

«(...) si por ahí viste con colegas te cruzás siempre. pero no nos conocíamos. Y hace poco nos conocimos, hace un año. Por la asamblea porque fuimos ahí y nos conocimos ahí». (Entrevista a Silvia, Camino 60 Cuadras-Córdoba, 2023)

Pero también es ese pasado el que pone a Noemí y a Silvia en tensión con sus entornos familiares, de amistades, de trabajo. Es eso que hinca, que molesta, que se reconoce como un dolor, lo que las impulsa a salir de la individualidad, del núcleo familiar, y entrar en contacto con otras personas, con otros modos de hacer, de pensar, de ver. Ese impulso que parte de reconocer lo que no gusta, de lo que genera disconformidad, también debería ser recuperado como parte de un proceso de salud, enfermedad, atención

y autocuidado. En este sentido, los feminismos también nos proponen un autocuidado que desgasta las nociones individualistas de cuidarse: no hay cuerpo aislado de otros cuerpos, del cuerpo colectivo y de los territorios. En este sentido, cuidar y cuidarnos es un proceso aprendido a través de relaciones interpersonales, intergeneracionales y situadas (García Salamanca, 2021).

Noemí y Silvia elaboran creativamente, con ellas mismas y junto a otras personas, múltiples y diversas formas de cuidarse, entre las que quisiéramos destacar aquí el compartirse, establecer alianzas y, en particular, poner límites ante aquello que incomoda. La posibilidad de traccionar cambios y marcar diferencias, incluso generacionales, rompe patrones de comportamiento, cambia las reglas de juego y los sentidos que ellas les dan a sus prácticas y experiencias. Como propone la antropóloga Veena Das (2017: 307), la recuperación de esa articulación de sentidos, sentires y vivencias permite la transformación de «sus experiencias corporales íntimas en intervenciones terapéuticas».

Noemí y Silvia, con la potencia de su encuentro, en el reconocimiento de sus diferencias, pero sobre todo en la identificación de las semejanzas, nos invitan a tensionar y desgastar la individualidad de los procesos de salud, enfermedad, atención y cuidados. El encuentro entre ellas rompe la imagen del paciente individualizado porque en su narración de lo que les duele, en lo que reconocen como injusticias, malestares, y también en las estrategias de cuidado (de sí mismas y de otras personas) se construye la potencia de un decir en conjunto. Una cuenta, la otra afirma y agrega; una aclara, la otra discute, argumenta. Coinciden. Ese vaivén del diálogo es el que se debe recuperar en los abordajes profesionales, siendo el profesional quien reconozca y también habilite e invite el movimiento del contar y contarse.

«Los cuarenta del verano te sofocan (...) yo por lo menos trato de tomar mucha agua, te llevás cosas al campo, te llevás hielo, te llevás fruta». (Entrevista a Silvia, Camino 60 Cuadras-Córdoba, 2023)

«Yo también trato de cuidarme, por ahí cuando fumigás te pones todas las cosas (...) por lo menos botas, sí o sí botas. Porque cuando hace mucho calor es horrible, pero por ahí vos vas a esa altura (...) por ahí se te sube arriba qué se yo. Yo siento que te protege». (Entrevista a Silvia, Camino 60 Cuadras-Córdoba, 2023)

«Es re lindo expresarte con instrumentos, con un arte, es lo más sanador». (Entrevista a Silvia, Camino 60 Cuadras-Córdoba, 2023)

«(...) estamos luchando para hacer un viaje a Chile de la asamblea. Es un encuentro de mujeres. Nos queremos ir las dos». (Entrevista a Silvia, Camino 60 Cuadras-Córdoba, 2023)

Nuevamente, los relatos de Silvia y Noemí nos ponen a pensar si hay espacio para describir y considerar las formas de cuidado o autoatención (Menéndez, 2009). Las estrategias que estas mujeres jóvenes construyen individualmente y en conjunto son potentes para comprender, por un lado, las formas de trabajo y la exposición del cuerpo a formas nocivas, molestas, incómodas. Por el otro, nos vuelven a poner en contacto con la potencia del hacer, con la capacidad de resolución que todas las comunidades van construyendo con cada generación. No se trata de evaluar aquello que las personas hacen en la intimidad de sus hogares y cuerpos para autoatenderse/autocuidarse, sino reconocerlo como el «real primer nivel de atención», en palabras de Eduardo Menéndez (2003), por ser prácticas que no solo alivian, previenen y solucionan «problemas de salud», sino que suponen el ejercicio de una autonomía de las personas respecto de las otras formas de atención, convirtiéndose estas en referencias secundarias.

Reafirmando lo dicho anteriormente, los autocuidados son estrategias sustanciales, que implican un ser y estar para reconocernos, refugiarnos, sanarnos, curarnos, reivindicarnos y satisfa-

5. La autoatención es «un conjunto de representaciones y prácticas que la población utiliza a nivel de sujeto y grupo social para diagnosticar, explicar, atender, controlar» (Menéndez, 2009: 52).

cernos (García Salamanca, 2021). ¿Acaso no son estas las prácticas que desafían los sentir-pensares, haceres y decires impuestos por matrices patriarcales, extractivistas y, por ende, colonialistas capitalistas? ¿Acaso no nos invitan a diagramar otros mundos, otras organizaciones, otros viveres, otros procesos de salud y enfermedad? Sí, y cuánto valor que tienen.

«Ese es un tema de mujer del campo, es algo de tomar como una responsabilidad materna (...) hacerse cargo de cosas». (Entrevista a Silvia, Camino 60 Cuadras-Córdoba, 2023)

«Hay actividades que no se hacen en el campo sin el hombre (...) una mujer que tiene un puesto es mal vista (...) servís para la casa». (Entrevista a Silvia, Camino 60 Cuadras-Córdoba, 2023)

«(...) desde chiquita vi que la mujer trabaja más que el hombre, en la quinta y en la casa». (Entrevista a Noelia, Camino 60 Cuadras-Córdoba, 2023)

«(...) mi papá nunca le hubiese comprado un lavarropas». (Entrevista a Noelia, Camino 60 Cuadras-Córdoba, 2023)

«(...) desde chiquita vi eso y siempre tengo en la cabeza tratar de ayudarlos lo más que pueda. (...) ellos nos vistieron, nos dieron de comer». (Entrevista a Noelia, Camino 60 Cuadras-Córdoba, 2023)

«Yo vi llorar a mi mamá un montón de veces, por mi papá, por los patrones, por los hijos (...) en el día de hoy, ya no. Si la veo llorar sé por qué es y como que te endurece, ¿no? Quién te dice, no, acá el campo te hace como cueruda, como que te acostumbrás a ver injusticias». (Entrevista a Silvia, Camino a 60 Cuadras-Córdoba, 2023)

«(...) que se vayan a freír churros». (Entrevista a Noelia, Camino 60 Cuadras-Córdoba, 2023)

Desprendernos de las formas universales androcéntricas de sentir-pensar los procesos de salud resulta una alternativa para abordar los cuerpos «otros», minorizados⁶, en particular aquí, los femeninos-feminizados. En sus relatos queda al desnudo la organización genérica de los trabajos y actividades. Pero, a diferencia de lo que se describe en los ámbitos urbanos, en las ruralidades existe una feminización del trabajo de cuidado que no las desliga de los trabajos agrícolas, sino que establece jornadas de trabajo que cargan y sobreexigen los cuerpos. Ellas van y vienen entre la horticultura y el cuidado, replicando con ciertas particularidades los haceres de sus madres y también lo documentado en el ámbito rural.

En relación al primer trabajo, ambas se refieren a un «machismo» que permea el ámbito rural. De igual manera, en la trama que entreteje las varias actividades, el cuidado es el que menos se ve, se registra, se reconoce. Ellas refieren que son las mujeres las principales cuidadoras, siendo de y para otras personas⁷, no todo el tiempo, pero sí más de lo que les gustaría: cuidar les pesa y aburre, les incomoda, las enoja, las angustia y les duele. El trabajo de cuidado no solo es sostén, es también uno de los determinantes principales de la salud biopsíquica de quienes lo realizan (Laurell, 1982).

¿Cómo pasar por alto aquello que recupera y resguarda la salud? ¿Cómo no registrar a quienes le dedican tiempos, vitalidad y saberes (situados en las ruralidades, en las urbanidades, en las

6. Rita Segato (2018: 99-102) afirma que el patriarcado, patrón jerárquico originario, se sostiene y renueva mediante la minorización de lo femenino-feminizado: la representación y posición de las mujeres entre otros (no-blancos, coloniales, marginales, subdesarrollados, deficitarios) distintos al *Uno* (sujeto universal, humano generalizable, con H: masculino, hijo de la captura colonial, blanco blanqueado, propietario, letrado, pater-familias) en el pensamiento social. Así, la minorización alude a «tratar a la mujer como menor y arrinconar sus temas en el ámbito de lo íntimo, de lo privado y de lo particular como tema de minorías y en consecuencia como tema minoritario».

7. *Ser de y para otras personas* es una categoría propuesta por Marcela Lagarde (1995). De acuerdo a la escritora, la configuración cultural patriarcal condiciona a las mujeres, entre otros cuerpos femeninos- feminizados, a ser a través de los otros, parte de los otros y para los otros. Así, seamos madres, esposas, hijas, hermanas, entre otras, se nos asignan y nos asignamos ciertos haceres, decires, pensares y sentires posibles y dependientes, en donde el desconocimiento e imperceptibilidad de nosotras mismas y de nuestras capacidades es central.

mixturas)? ¿No es agotador y desgastante (en palabras de la salud ocupacional crítica) ir y venir en busca de alimentos, de precios más accesibles, limpiar y ordenar las viviendas, lavar la ropa, lavar otros cuerpos, etc.? Sí, lo es.

Silvia y Noemí nos recuerdan, por un lado, que las «matrices de opresión múltiples» se adaptan a las particularidades del contexto o, podríamos decir, que los contextos elaboran matrices propias. Por el otro, interpelan la urgencia de acercamientos-encuentramientos que las contemplen y comprendan, para así proponer y realizar abordajes que atiendan y cuiden los procesos de salud de las históricamente cuidadoras. Y, por último, nos muestran que el orden desgastante también es impulso hacia autocuidados feministas, importante a recuperar.

No vale fin: las potencias del cuerpo-texto

Las historias de vidas, las particulares, las familiares y comunitarias ponen en tensión la mirada eurocentrada, colonialista, blanca y ahistórica del modelo médico hegemónico. Las formas del trabajo hortícola, las diferencias generacionales, la potencia del encuentro entre estas jóvenes tensionan un modelo que se concentra en el individuo, en la enfermedad, y desoye la potencia, de lo que molesta, como tracción y pulsión. Las prácticas de trabajo que duelen, molestan, interfieren con deseos y sueños, pero que potencian otras estrategias de acción y reacción ponen en discusión un modelo que se concentra en las conductas individuales como factores de riesgo, ignorando las coyunturas y las matrices que exceden lo puramente humano. Los cuidados propios, los cuidados de otras personas, los cuidados compartidos, tensionan y discuten las formas de atención centradas solo en lo biológico-médico-medicamentoso. El cuidado feminizado y el reconocimiento de las injusticias sostenidas en base al género ponen la lupa sobre un vínculo igualmente patriarcal y verticalista como es el que se construye en la relación entre profesionales de la salud del modelo hegemónico y las personas consultantes, especialmente cuando esos cuerpos son femeninos o feminizados.

Por todo eso que aparece en el encuentro con Silvia y Noemí, que se vuelve potencia al pensar con y desde otras, es que consideramos la posibilidad de imaginar y escribir otro modo de abordaje posible. Uno que dé espacio al caos del discurso, del habla desordenada para romper las prolijas columnas de los listados, las enumeraciones y los nexos causales impuestos. Uno que deje lugar a una narrativa segmentada, que se mueva en lógicas temporales difusas y abra a la exploración de los recuerdos, las anécdotas, los detalles. Uno que permita recuperar el poder y la potencia de las imágenes por sobre los conceptos. Uno que dé lugar a los sentidos en la potencia de los sonidos, aunque parezcan desarticulados. Uno que permita prestar atención a los modos del habla, el grito, el tono de voz bajo o alto, lo atragantado, el sollozo, la euforia, la pausa, el apuro, las elipsis de palabras o letras. Uno que dé la oportunidad al cuerpo del escuchante para registrar estremecimientos, relajamientos, incomodidades, marcaciones, por sobre la secuencialidad y seguridad del interrogatorio y la inmutabilidad del lugar distante. Un modelo que permita la creatividad en las formas de nombrar lo que se siente, lo que se padece, lo que se sabe o lo que se desconoce para habilitar la presencia de un cuerpo complejo/completo y no dejarlo a la intemperie de lo literal y eficiente.

Como todo proceso corporizado, no fue posible escribir sin rememorar, pensar, reflexionar lo que nos pasó por el cuerpo cada vez que lo tuvimos que poner en los espacios embebidos por la medicina hegemónica, bajo esas miradas y en el marco de esos cuestionarios examinadores. No pretendemos negar la importancia y la necesidad de un saber-hacer científico-técnico. Pero percibimos en todo ese registro propio, y en lo que vamos observando en otras, que siempre queda un escozor, una piel erizada, un cúmulo de preguntas y palabras no dichas, guardadas por impotencia, por miedo, por sentir que la palabra propia nunca es suficiente o no alcanza un estándar, no encaja en la cajita de lo «adecuado» para el contexto de la clínica. Por eso, para estas últimas palabras del capítulo creemos que no vale «fin». Porque

ahí, en ese estar a flor de piel, en esas ganas de decir, en lo que queda en la punta de la lengua y se transforma en silencio expectante, creemos firmemente que hay una potencia del cuerpo, de la mente, del sentir y del pensar que se amalgaman y demandan otra presencia, otra escucha, otra mirada, otro gesto que invite, que abra a una confianza construida de a dos, poquito a poquito, con el lugar de la pausa, de la risa, de los ojos que confirman que también se estuvo o se está en ese lugar.

7. Un continuo Deleite

Jimena Ghisolfi



Desde la ventana

Prepararse para una performance a veces lleva toda una vida. Naif y Oscura se prepara en el baño de República. Una pequeña escalera caracol que sube a la terraza, una ventana de madera. En el medio de esa inmensidad blanca que llega al cielo, y enmarcada en la ventanita del baño, se prepara Naif. «Sacame una foto, así, divina», me dice desde la ventana mientras se mira al espejo. En la terraza, algo descascarada, se disponen algunas mesas, sillas, palets y un sillón. Hay dos grandes grupos, pocas personas, «pero están todxs mis amigxs», dice Naif. Es la primera noche del festival, es el primer viernes de noviembre de 2019, justo el Día de los Muertos.

Esa terraza estaba esperando que comience a cantar Naif, sueñan los primeros acordes de una pista grabada y entra a modo de boxeador. Una campera Adidas con capucha y pantalones cortos azul oscuro. Su rostro era un misterio, la presencia escénica lo es todo en un *show* a cielo abierto. Desliza su capucha y aparece su cabello largo con miles de trenzas, perfectamente armadas, pegadas a su cuero cabelludo. Sus labios brillan, parecen llenos de estrellas y las pestañas... Las pestañas merecen una mención especial.

«Love me love me love me, chiviri, lamela love», canta Naif y Oscura. Sus movimientos son ondulantes y fluidos, *retuerce* su cuerpo, a veces salta al ritmo de la música, se le nota radiante. Sus brazos largos y delgados *flotan* en el aire, sus piernas se *deslizan* por la pista, hay *golpes*, *latigazos* con su cuerpo, los pasos aprendidos «como bailarina, todo coreográfico, bien pop» dice Naif¹.

La mirada de pestañas encantadoras atraviesa al público. Concebir una idea de *performances*, ensayar y perfeccionarla parecen ser las instrucciones de la artista. Naif se detiene en los detalles, agrega colores, luces, «muchas cositas» y, con el tiempo, logra la perfección. La puesta musical, artística, teatral son pensadas minuciosamente «antes, no las ensayaba tanto, ahora sí las ensayo, las pruebo, en qué acciones, en qué momento, en qué ritmos entrar» (entrevista a Martín —Naif y Oscura—).



Naif y Oscura flotando en la terraza de República (1/11/2019). Fuente: Ghisolfi, Jimena. Imágenes de trabajo de campo.

1. En esta descripción, realizo una analogía de los movimientos de Naif y Oscura con las ocho acciones básicas de movimiento que plantea el coreógrafo y teórico de danza Rudolf Laban: golpear, flotar, empujar, deslizar, retorcer, palpar, sacudir o latigar, hendir o cortar.

Un poco de historia (o un archivo desobediente que ya vivimos)

El festival *El Deleite de los Cuerpos* se desarrolla en la escena cordobesa desde el año 2011, con la particularidad de presentar producciones artísticas de la disidencia sexual y corporal. En este escrito, voy a abordar las prácticas de gestión colectiva de su edición de 2019. En la práctica del hacer, aparecen las *performances* sociales del festival y de lxs artistas, en un proceso análogo y compartido. «Pasamos de ser gestoras a ser creadoras», plantea una de las organizadoras del festival. Este «paso a» permite pensar que tanto la gestión colectiva, como los criterios curatoriales y la programación son parte de la creación del festival.

Programar la grilla y la selección de artistas es el trabajo previo a la realización del festival, que conlleva diferentes criterios curatoriales. ¿Cómo se concibe la idea del festival?, ¿cómo se programa y produce la grilla que permite darle viabilidad a la propuesta de *El Deleite de los cuerpos*? Y, así mismo, ¿de qué maneras se van estableciendo espacios «protegidos», pensando en el «cuidado» a artistas antes, durante y después del festival?

Ensayaré algunas respuestas que permitan pensar qué implica «saber hacer» un festival. A su vez, esta será una manera de ensayar la escritura atravesada por afectaciones en el proceso de investigación. Para ello propongo, como metodología, la escritura entre líneas; a modo de didascalias que nos ubican en tiempo y espacio, en las que iré desplegando un subtexto que será presentado entre paréntesis. Dialogaré con aquellas voces, presiones, miradas y estructuras que van apareciendo al momento de escribir y en el proceso de investigación. Todo lo que vivo es un paréntesis de otra experiencia o, también, otras experiencias son un paréntesis de todo lo que vivo. (Primer paréntesis: no puedo desprenderme de mi trayectoria teatral. Las didascalias, como aquel texto que muchas veces aparece al momento de actuar, están contempladas por lo que digo, por lo que ve el público, por la ubicación de las luces, el pie de la música, lx partener y por todo el pensamiento que me atropella).

El Deleite es un festival que «entrecruza arte y política». Se comenzó a pensar en el Encuentro de Teatro LGBT Carlos Jáuregui,

realizado en Tucumán en 2010, en el que se encuentran algunxs de lxs organizadorxs. (Segundo paréntesis: de esta manera se autoperceben. En las observaciones había una recurrente marcación a ese origen activista y militante; a veces necesitamos afianzar el trabajo que hacemos continuamente, remarcar por dónde andamos). Junto a diferentes artistas, comienzan a ver la necesidad de descentralizar festivales y movimientos colectivos que sucedían mayoritariamente en Buenos Aires. (Tercer paréntesis: aquí comienza el encuentro con Susy Shock y lo hermoso, amoroso, divertido y potente que es este vínculo, digno de remarcarlo).

«Instadora de la gesta, de este gesto festivo y político que es *El Deleite*, creativas confluencias, de vinos y empanadas, de noches taconeadas, cuartos oscuros y coplas enojadas. Somos magma ardiente juntos» (Susy Shock, 2021). (Cuarto paréntesis: el vínculo de lxs organizadorxs de *El Deleite* con Susy Shock es ese magma de miles volcanes juntos).

Así surge este festival, desde la ciudad de Córdoba y como espacio para presentar producciones artísticas del resto del país y de países limítrofes como Chile, Uruguay, Brasil y Paraguay. Desde el comienzo, «Noviembre es de *El Deleite*» (Quinto paréntesis: eso significa que lxs organizadorxs son de *El Deleite* durante tooodo el mes, *c a d a u n o d e s u s d í a s y n o c h e s*; también significa mucha socialización, mucha comida chatarra, alcohol, tiempo y dinero). La realización del festival sucedió de manera presencial desde 2011 hasta 2019, de manera ininterrumpida; en las diferentes ediciones se presentaron entre 23 y 17 eventos. Luego del 2020 los encuentros mutaron a diferentes formatos: papel, a través de la *Revista del Deleite*; vivos de manera online; producciones audiovisuales y eventos durante el año, que hoy se siguen sosteniendo. Algunos años, la grilla del festival se extendía desde octubre hasta diciembre. (Sexto paréntesis: no alcanzan textos ni palabras para dimensionar la gestión y logística que esto implica. Durante el 2019 las reuniones sucedieron una vez a la semana desde comienzos del año, más todas las charlas por WhatsApp, y algunas juntadas extraordinarias o fiestas a las que íbamos).

Curar el festival (el paréntesis antes del paréntesis)

En los meses previos a noviembre, se mantienen reuniones dedicadas a la preproducción. En ese tiempo, como propone Souza Lima (2002), comienza a «gestarse» el festival. (Séptimo paréntesis: ¿será por eso la idea de la madre del festival, la madrina, o ser hijxs de *El Deleite*, que sale en algunas entrevistas a diferentes artistas o entre lxs mismxs organizadorxs? El tiempo para producir cada uno de estos eventos lleva meses de formación, mucho cuidado, dedicación y preparación de los espacios; en una estrecha analogía con la gestación). Este festival funciona como un *continuum* de una edición a otra, un acto repetido que conlleva un conocimiento incorporado sobre las maneras de actuar, como Naif y Oscura gestaba su performance para aquel 1 de noviembre de 2019.

En esta práctica que es hacer un festival de manera casi ininterrumpida durante más de 10 años, me pregunto: ¿cómo se restaura la *performance* del festival? Cada edición pareciera poner en fricción imágenes del pasado y se recorporifican relaciones. Esto sucede en una cadena infinita de repeticiones, en la que las copias no son iguales a lo que repiten (Schechner, 2000). Ingresar a la gestión del festival es un proceso que conlleva un continuo devenir, acarreado por la historia del hacer distintas ediciones, ingresar e irrumpir en ciertas lógicas y sentidos de ese saber hacer. Estas lógicas, a veces, son completamente desconocidas y desconcertantes para quienes apenas ingresamos, pero, de alguna manera, entramos en ese hacer, haciéndolo. «En las reuniones de producción era un poco contestar qué te trae acá. Mucho no sé, interés en militar y no sé qué onda, pero como nena de pecho, recién nacida» (entrevista a Pam, una de las organizadoras del festival).

El festival es un espacio de expresión de artistas y colectivos de la disidencia sexual y corporal, un «espacio de activismo cultural». En la pestaña de su página web, titulada «El Deleite», se lo describe como «una excusa de encuentro, compartición y disputa». Durante las primeras ediciones tenía como finalidad «llenar las carteleras y grillas de diferentes espacios con discusiones y

cultura LGBT», comenta Noe, otra de sus organizadoras. Pero han pasado más de 10 años del primer festival, de la militancia que implica llevarlo a cabo y estar presentes en la escena cordobesa; ha tenido diferentes repercusiones y reconocimientos dentro del circuito artístico de la ciudad y alrededores. (Octavo paréntesis: durante las observaciones de 2019, llegaban a la mesa de la organización algunas obras que no entraban en la grilla, ya fuera por la cantidad de propuestas recibidas o por otros criterios curatoriales. Un día me dijeron: «Pensar que antes nosotras salíamos a buscar obras». En ese momento dimensioné lo que implica gestar un festival durante años).

Producir un festival se convierte en la «gestión» de una política, dice Souza Lima; la selección de las obras, de los lugares, los colectivos con quienes se trabajará tienen una dedicación y mirada particular por parte de lxs organizadorxs. (Noveno paréntesis: en algunas ocasiones, propuse artistas u obras teatrales, que luego comprendía que no entraban en la política de gestión planteada desde la organización; es un proceso que lleva tiempo).

Creo que nos encontramos quienes creemos que no hay forma de hacer un hecho artístico sin tener un posicionamiento político, entendiendo al arte como una herramienta política. No hay forma de escaparse de eso, aun teniendo el discurso de que no nos interesa la política porque lo que tenemos son canciones de amor. Ahora, ¿qué canciones de amor no son políticas? (entrevista a Susy Shock).

«Les faltan unas lucecitas a los ojos», le dijeron. Y ahí, en el medio del show de esa terraza veraniega en República, Naif y Oscura se detiene con sus largas piernas, toma una pose de modelo publicitaria; con sus dos manos se retira la capucha de la campera Adidas, abre sus ojos y despliega sus pestañas. La mirada era encantadora, «alucinante» dice alguien del público, y las pestañas comienzan a generar destellos lumínicos. (Décimo paréntesis: en una clase alguien me dijo que no era tan sorprendente ese relato para una persona que frecuenta estas obras, yo pensé que en esas pestañas se desplegaba toda la historia que Naif y Oscura tiene con su cuerpo, su *performance* artística, el hacerse un lugar en el circuito

escénico; ahí estaba el poder de esas pestañas). La música rompe en un acorde estruendoso y Naif comienza a bailar desafiando los ocho movimientos de Laban. Todxs querían tener esas pestañas, querían sacarse fotos con Naif y esa fina línea de luces led fascinó al público de esa terraza en la ciudad de las campanas.

«Esto es lo que fui toda mi infancia, antes más enclosetado, pero yo siempre tuve recuerdos cantando o bailando, a pesar de ser muy tímido. Yo soy lo que quiero, puedo ser lady, fem, eso me encanta; me falta valor para andar así en la calle (se toca su remera musculosa) pero creo que el escenario es el espacio para hacerlo y seguir inspirando, porque yo creo que inspiro un poco. Yo vine al mundo a esto», dice Martín. (Undécimo paréntesis: en esta entrevista, Martín no hace diferencia entre él y su nombre artístico: Naif y Oscura).

El Deleite de los cuerpos se gesta como un festival en su capacidad pedagógica: enseña a ser y hace públicos y espacios activistas desde el arte. Aunque, como dice Ema, «para las salas era un problema que se les llene de travas» (Duodécimo paréntesis: léase desde el humor ácido que tiene una de sus organizadoras), lograron instalarse en la escena cordobesa, atraer a un mayor número de personas, crear públicos y también espacios cuidados para lxs artistas.

Como considera Howard Becker en *Los Mundos del arte*, todo el trabajo artístico comprende una actividad conjunta con diferentes personas. La misma curaduría del festival se extiende a otrxs amigxs de *El Deleite*, que recomiendan o referencian artistas emergentes o colectivos artísticos. Funcionar como una red lleva años de enlazar finamente los hilos para, después, conformar un tejido resistente, flexible, donde se puedan formar nudos, atar alianzas, pero que también presente algunos cortes y parches que sostienen la red. Esas alianzas y redes se ven en los espacios que se les otorgan a lxs artistas, pero desde *El Deleite* también implica gestionar y construir una red para sostener ciertas vidas, el cuidado de las personas, de su integridad física y de la expresión artística, que se hace desde lo amoroso y respetuoso. Lo vulnerable de algunas personas también está en el festival, el cuidado

es un trabajo que se gesta y se gestiona. «Nuestra amante nos alentó a tejer redes, de hilos que son cuna en cualquier tormenta», *El Deleite* es un entramado complejo de cuidados colectivos, de reconocimientos y luchas compartidas. (Decimotercer paréntesis: cuidar a lxs artistas, cuidar la grilla, cuidar lo que se muestra, cuidar a quienes organizan. Es continuo el cuidado, hay mucha comprensión, realmente se despliega la red ante las situaciones que atraviesa cualquier persona que forma parte del festival). Hay decisiones colectivas y de militancia activista, como dice Noe, son decisiones de «política feminista», en las que su trabajo se basa en la horizontalidad de las tomas de decisiones.

Después de haber perdido la gran guerra, solo nos queda arrancar triunfos en pequeñas batallas», eso decía la Loreta, la traba más aguda de los 90, la más lúcida del barrio, la más silvestre y sabia, la misma que pintó en la columna de la catedral de Morón la frase que una vez le dijo mi abuela la tucumana y ella se anotó «vivaraza», en su libretita amarilla, que apretaba entre las tetas: «buena vida y poca vergüenza» escribió, en un rojo beso de rabia entonces lo escribió, para que se entere hasta el último monaguillo lo escribió, en el centro mismo de la hostia y el mandato lo escribió y ahí andaban como locos los municipales rasqueteándole la casa a Monseñor Laguna y ahí andaba la Loreta festejándose el gesto, ese otro poroto para su ganancia, «no hay que dejarlos tranquilos, seremos moscas, seremos»... y entonces se cruzaba esas largas piernas y pensaba cual sería la próxima... (Susy Shock, 2025).



Collage de la grilla del festival 2019.

Paso a paso para llegar a noviembre

Elección y gestión son dos acciones que se repiten a lo largo de todo el festival: pensando en espacios, tiempos, artistas, obras, comidas, bebidas, publicidad, y la lista sigue. Para llegar a noviembre, son imprescindibles las reuniones de preproducción. Durante el año 2019 las reuniones se establecen en días y horarios fijos, en un mismo espacio que será en la casa del Asentamiento Fernseh, que hoy ya no existe. Concebir la idea del festival y perfeccionarla es lo que se hace en estas reuniones previas (Decimocuarto paréntesis: además de tejerse lazos afectivos y amorosos, es ahí por donde pasa mucha historia del festival, de quienes hacen el festival. Algunxs comparten ese espacio hace más de 12 años, se afianzan los vínculos, se acompañan las alegrías y se abrazan las tristezas).

La *performance* del festival comienza en esta etapa de gestión, en la que se van estableciendo cuáles serán los ritmos, los tiempos y los espacios en los que se desarrollarán las ideas. Cada producción artística propuesta en las reuniones de los días jueves se la discute de manera colectiva, se la analiza o se buscan referencias. Si la obra artística queda seleccionada, algunas de las organizadoras se hará cargo de la gestión de esa obra. Esto está relacionado al interés de la persona en la obra de arte o del artista, la amistad que puedan tener o porque tiene relación con ciertas temáticas que abordan algunas expresiones.

Las tareas de trabajo al interior de la organización del festival son divididas y escogidas por cada una de las integrantes. La repetición de estas acciones, con el pasar de los años, hace que haya roles asignados, sin necesidad de explicitarlos: ese rol es adquirido con el tiempo y la experiencia. En cada propuesta se abre la posibilidad de que se sume quien desee o se sienta cómoda en cada rol. La coordinación general y artística se va dando en una relación de interdependencia de las diferentes variables que hay que tener para concretar el festival. (Decimoquinto paréntesis: la arbitrariedad del recorte hace que tenga una mirada un poco sesgada. En 2019 se desarrolló de esta manera, pero en otros años se dieron otras formas. Vuelvo a pensar en la idea de un *continuum* de gestión colectiva). Durante el 2019, las tareas de cuidado, ne-

cesidades e instalación técnica de cada evento están a cargo de Emma. La relación con artistas, conversatorios y diálogo con medios está a cargo de Noe. Pam se dedica al cuidado de artistas antes de cada evento (comidas, proveer lo que necesitan para la obra) y relación con las salas (actividad que comparten con Noe), además de buscar lugares y hospedajes que sean más seguros para cada artista. Las cuestiones administrativas (coordinación ejecutiva) están a cargo de César, quien lleva las planillas de gastos e ingresos, maneja cuentas bancarias, realiza las rendiciones administrativas ante organismos que hayan hecho algún aporte económico, aprueba algunos gastos de acuerdo a disponibilidad de efectivo, entre otras actividades; es decir, le da cierta viabilidad al festival. La dirección artística se encarga de «concebir» (Navallo, 2015: 188) el festival, decidir sobre estéticas y propiedades artísticas, y esta tarea es compartida por todas las organizadoras. La triada: gestionar/ concebir/ viabilizar se sostiene con la red colectiva que forma *El Deleite*. (Decimosexto paréntesis: nuevamente insistiré en que en esa triada el cuidado, en cada situación, está presente; si bien no hay un rol específico, todas están atentas y presentes en esos detalles cuidadosos y amorosos. Personalmente, durante el proceso de investigación aprendí que esos espacios cuidados no son solo lugares donde sentirse cómodos y a gusto, son —en algunos casos— espacios donde lo que se cuida es la vida).

Los lugares donde se establecen las actividades son variados, están programados para organizar un circuito que se despliega por diferentes espacios de la ciudad (en otras ediciones se han programado actividades en pueblos o ciudades cercanas) en los que público y artistas pueden apropiarse de los mismos, aprender diferentes modos de estar en espacios alternativos como Casa Polenta u oficiales como el Museo de Antropología, pasando desde performances posporno a obras de teatros y conversatorios con niñxs transexuales. Esto permite desarrollar una curaduría creativa y mediadora, abriendo el terreno a otros públicos y espacios.

El trabajo en el arte revela algunos indicios de cooperación, ciertas rutinas y patrones que se siguen a partir de actividades colectivas. De esta manera, se genera una red de vínculos cooperativos que va conformando este mundo del arte (Becker, 2008). La

autogestión es una palabra que circula y se pone en acción en las reuniones, eventos, entrevistas y encuentros que suceden desde este festival. *El Deleite* celebra los cuerpos y el placer sexual, pero no solo el trabajo se gesta con artivistas LGBTIQ+, sino también con las distintas luchas de espacios disidentes con los cuales articula: con organizaciones ambientalistas, la Coordinadora Anti-represiva de Córdoba, con la Marcha de la Gorra, la Federación de Organizaciones de Base (FOB), la Asociación de Mujeres Meretrices de Argentina (AMMAR – Córdoba), entre otras organizaciones y colectivos que nuclean diferentes causas sociales.

Producir la idea, programar la grilla y ejecutarla, pensar en los ritmos performáticos del festival. En toda esta gestión los tiempos

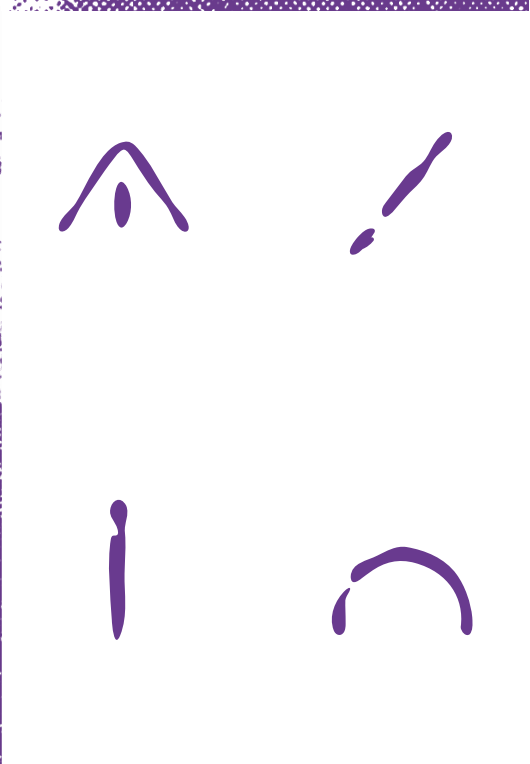
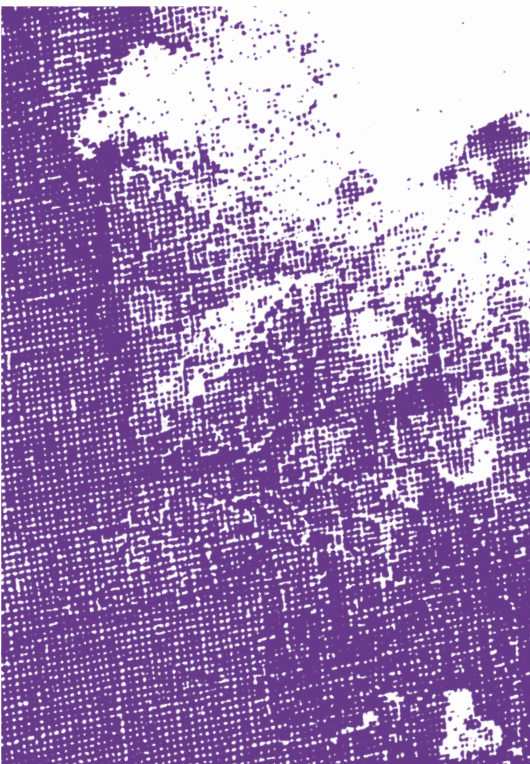
Abrir el cierre (parafraseando la fiesta de cierre de la edición 2019 de El Deleite)



Collage fiesta de cierre Casa Caracol 2019. Fuente: Ghisolfi, Jimena. Imágenes de trabajo de campo.

y los recursos juegan un papel muy importante. «Pasamos de ser gestoras a ser creadoras», dice una de las organizadoras. ¿Son nuevos circuitos del arte los que se fueron abriendo? En la programación de un festival, en la circulación por algunos espacios, en la visibilidad de artistas, obras y temáticas, ¿se hace Estado?

A lo largo de este texto realicé un esbozo de lo que implica la gestión del festival *El Deleite de los Cuerpos*, centrándome en el año 2019. (Decimoséptimo paréntesis: año bisagra, un antes y un después. Me parece muy importante remarcar ese año, y la distopía que después vivimos, la mutación y nuevas pieles a las que nos tuvimos que amoldar pospandemia). Desde marzo del 2020 se están pensando diferentes estrategias y maneras de encontrarnos, se decidió festejar los 10 años del festival en un *continuum* entre 2020 y 2021. El festejo es a partir de la creación de la revista de *El Deleite*. Se imprimieron seis números. Este festejo de los 10 años, con estética «vintage», fue la manera de continuar con los espacios de «encuentro, de compartición y de disputa de arte blasfemo». Hubo algunos intentos fallidos de realizar el festival a través de un formato virtual, mediante *streaming* o vivos de diferentes artistas, pero se desistió «porque somos analógicas», dice Noe. Además, desde el festival no se podía garantizar conectividad, dispositivos y otros materiales tecnológicos para que las presentaciones artísticas tuvieran el «cuidado y la calidad», que siempre se habían garantizado. (Decimoctavo paréntesis: el cuidado no solo era hacia lxs artistas, sino que en ese momento se pensaba mucho en la posibilidad de reunirse de manera clandestina durante la pandemia; los riesgos que eso implicaba con contagios, la vulnerabilidad de algunxs cuerpos, nos llevaron a desistir de esa idea). Se abren algunos interrogantes sobre estas prácticas de cuidado ante los modos en que se presentan las producciones artísticas, el cuidado de las personas y de su arte. Continúo pensando este festival como una práctica de gobierno que lleva a cabo una política, que tiene en cuenta lo que sucede en los cuerpos, enseña modos de estar en los espacios virtuales y presenciales, en las fiestas, en las *performances*, modos de ser público, administrar lo que sucede en los escenarios, de circular por ciertos centros y de caminar por las orillas.





Referencias bibliográficas

- Alvarado, M. (Comp.) (2020). *Feminismos del sur. Recorridos, itinerarios, junturas*. Prometeo.
- Alvarado, M., Fischetti, N. y Fernández Hasan, V. (2020). Epistemologías feministas: conversaciones (in)interrumpidas. En Alvarado, M. (Comp.), *Feminismos del sur. Recorridos, itinerarios, junturas*. Prometeo.
- Antón, G. y Damiano, F. (2010). El malestar de los cuerpos. En Forte, G. y Pérez, V. (Comps.). *El cuerpo, territorio del poder*. Ediciones PICaSo.
- Antón, G., Cresto, J., Rebón, J. y Salgado, R. (2011). Una década en disputa. Apuntes sobre las luchas sociales en la Argentina. En Modonessi, M. y Rebón, J. (Comps.). *Una década en movimiento. Luchas populares en América Latina en el amanecer del siglo XXI* (pp. 19-44). CLACSO y Prometeo Libros.
- Bardet, M. (2012). *¿Pensar a través del movimiento?*. Actas del I Encuentro.
- Bardet, M. (2018). Mirar, escuchar, tocar y dejarse tocar. Desplazamientos epistemológicos en investigaciones en danza. 123456789/197.
- Becker, H. (2008). *Los mundos del arte. Sociología del trabajo artístico*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Bonavitta, P. (2024). Cartografía feminista: una apuesta desde la epistemología de las emociones. *EntreDiversidades*. 21, 1-18. En línea en: <https://doi.org/10.31644/ED.IEI.V21.2024.E02>.
- Bonavitta, P. y Benavidez, A. (2024). Alambique, epistemes a baño maría. *Pacha. Revista De Estudios Contemporáneos Del Sur Global*. 5(15), e240255. En línea en: <https://doi.org/10.46652/pacha.v5i15.255>.
- Bonavitta, P. y Franco, N. (2024). Las concepciones sobre violencia de género en la vejez. *IES.P.Y.C.* 15, 187-212. En línea en: <https://uspt.edu.ar/uspt-revis-tadigital/index.php/iespyc/index>
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Siglo XXI Editores.
- Cabnal, L. (2010). *Acercamiento a la construcción de la propuesta de pensamiento epistémico de las mujeres indígenas feministas comunitarias de Abya Yala*. Amismamaxaj.
- Cabnal, L. (2023). La sanación es un proceso personal que se hace comunal.

- Entrevista publicada en *Agencia Presentes*. En línea en: <https://lc.cx/qZlMd5>.
- Cabral, X. I. (2021). Desfocalizar el relato. Narrativas feministas para comunicar la salud. *SulSul-Revista de Ciências Humanas e Sociais*, 1(03), 122-147. En línea en: <https://doi.org/10.53282/sulsul.v1i03.810>.
- Cabral, X. I. (2016). Géneros, filosofía y danzas. Entrevista a Marie Bardet. *La tinta*. En línea en: <https://latinta.com.ar/2016/12/generos-filosofias-y-danzas/>.
- Cabral, X. I., Drazile, N. y Mendizábal, V. (2024). Saber del cuerpo, saber con el cuerpo: la comunicación de la salud desde una ética del cuidado. *Dixit*, 38, e3512. En línea en: <https://doi.org/10.22235/d.v38.3512>.
- Canguilhem, G. (2004). *Escritos sobre la Medicina*. Amorrortu.
- Carballeda, A. (2012). La intervención del Trabajo Social en el campo de la Salud Mental: algunos interrogantes y perspectivas. *Margen*, 65, 1-13. En línea en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3974379>.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (2016). Autonomía de las mujeres e igualdad en la agenda de desarrollo sostenible. CEPAL. En línea en: <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/40633>.
- Danel, P. (2019). Territorio como espacio de disputas: las mujeres mayores protagonizando lo público. En P. Danel y M. Navarro (Eds.), *La gerontología será feminista* (pp. 249-270). Editorial La Hendija.
- Das, V. (2017). Cómo el cuerpo habla. *Etnografías contemporáneas*, 3(5), 302-339. En línea en: <https://revistasacademicas.unsam.edu.ar/index.php/etnocontemp/article/view/451/419>.
- Espinosa Miñoso, Y. (2012). *La descolonización del feminismo: una tarea pendiente*. En *Feminismos desde Abya Yala: ideas y proposiciones del feminismo descolonial* (pp. 75-96). Universidad Nacional de Colombia.
- Espinosa Miñoso, Y. (2014). *Una crítica descolonial a la epistemología feminista crítica*. En *El Cotidiano*, (184).
- Espinosa Miñoso, Y. (2019). Superando el análisis fragmentado de la dominación: una revisión feminista descolonial de la perspectiva de la interseccionalidad. En X. Leyva Solano y R. Icaza (Coords.), *En tiempos de muerte: cuerpos, rebeldías, resistencias*. CLACSO.
- Federici, S. (2004). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Traficantes de sueños.
- Federici, S. (2010). *La caza de brujas y la acumulación de capital*. Tinta Limón Ediciones.
- Federici, S. (2022). *Ir más allá de la piel: repensar, rehacer y reivindicar el cuerpo en el capitalismo contemporáneo*. Tinta Limón.
- Fernández-Savater, A. y Etxeberria, O. (2023). *El eclipse de la atención. Recuperar la presencia, rehabilitar los cuidados, desafiar el dominio de lo automático*. Ned Ediciones.
- Fischetti, N. B. (2017). Al ritmo del tambor. Una entrada a la epistemología feminista latinoamericana. *Revista Solar*, 12(1).

- Gago, V. (2019). *La potencia feminista o el deseo de cambiarlo todo*. Tinta Limón.
- Gago, V. (2022). Principio Silvia Rivera Cusicanqui. El lugar sin límites. *Revista de Estudios y Políticas de Género*, 4(6), 19-36.
- García Dauder, D. y Ruiz Trejo, M. G. (2020). Un viaje por las emociones en procesos de investigación feminista. *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, 50, 21-41.
- García Roldán, A., Guilat, Y, Lara Osuna, R. (2023). Narrativas audiovisuales a/r/tográficas. Interrelación, recreación y aprendizaje en la senda del caminar. En Roldán, J., Marín Viadel, R., Mosavarzadeh, M., Morimoto, K., Irwin R.L. (eds). (2023). *Visual Methods, A/r/tography & Walking. Tirant humanidades*. En línea en: <https://editorial.tirant.com/es/ebook/visual-methods-artography--walking-metodos-visuales-artografia-y-caminar-joaquin-roldan-9788411831055>.
- García Salamanca, D. G. (2021). De cuerpomenteespiritús: el autocuidado en los feminismos. *Red de Salud de las Mujeres Latinoamericanas y del Caribe*. En línea en: <https://www.reddesalud.org/es/autocuidado-feminista>.
- Geertz, C. (2003). *La interpretación de las culturas*. Gedisa.
- Goffman, I. (2001). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu.
- Guber, R. (2011). *El salvaje metropolitano: reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Paidós.
- Hall, S. (2010). La importancia de Gramsci para el estudio de la raza y la etnicidad. En E. Restrepo, C. Walsh y V. Vich (Eds.), *Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Envió Editores.
- Haraway, D. J. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*. Universitat de Valencia.
- Haraway, D. (2022). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chtuluceno*. Consonni.
- Hester, H. (2018). *Xenofeminism*. John Wiley & Sons.
- Kirkwood, J. (1985). *Tejiendo rebeldías*. CEM.
- Lagarde y de los Ríos, M. (2005). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Laurell, A. C. (1982). La Salud-Enfermedad como proceso social. *Cuadernos Médicos Sociales*, 19, 1-11.
- Le Bretón, D. (2013). Prólogo. En Trosman, C., *Corpografías. Una mirada corporal del mundo*. Siglo XXI.
- Lee, N. Y., Mosavarzadeh, M., Ursino, J. M. e Irwin, R. L. (2024). Introduction: Material and Digital Conversations: Walking Matters in A/r/tography. En *Material and Digital A/r/tographic Explorations. Walking Matters* (pp. 1-20). Springer Nature Singapore.
- Marín Viadel, R. y Roldán Ramírez, J. J. (2019). *A/r/tografía e Investigación Educativa Basada en Artes Visuales en el panorama de las metodologías de*

- investigación en *Educación Artística. Arte, Individuo y Sociedad*, 31(4), 881-895. En línea en: <https://doi.org/10.5209/aris.63409>.
- Marx, K. (2010). *El capital. Crítica de la economía política. Tomo I: El proceso de producción del capital* (V. Lelia. Trad.). Siglo XXI Editores. (Obra original publicada en 1867).
- Mendoza Nuñez, V. M. y Martínez Maldonado, M. L. (2015). Modelo de envejecimiento activo para el desarrollo integral gerontológico. En L. M. Gutiérrez Robledo y D. Kershenovich Stalnikowitz (Eds.). *Envejecimiento y salud: una propuesta para un plan de acción* (pp. 261-279). *Academia Nacional de Medicina*. En línea en: https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/814354/Envejecimiento_y_salud_3a_edicion.pdf.
- Menéndez, E. (2009). *De sujetos, saberes y estructuras. Introducción al enfoque relacional en el estudio de la salud colectiva*. Lugar Editorial.
- Menéndez, E. (2003). Modelos de atención de los padecimientos: de exclusiones teóricas y articulaciones prácticas. *SciELO*. En línea en: <https://www.scielo.br/j/csc/a/pxxsJGZjnrqbxZJ6cdTnPN/?lang=es>.
- Navarro, L. (2015). Administrar y Curar una Programación en Danza Contemporánea. *ANTHROPOLÓGICAS*. 19, 186-214.
- Nietzsche, F. (2005). *Más allá del bien y del mal* (S. Albano, Trad.). Gradifco. (Obra original publicada en 1886).
- Organización Mundial de la Salud (2002). Envejecimiento activo. Un marco político. *Revista Española de Geriatria y Gerontología*. 37(S2), 74-105. En línea en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6649152>.
- Organización Mundial de la Salud (2024). *Envejecimiento y salud*. En línea en: <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/ageing-and-health>.
- Ripamonti, P. (2017). Investigar a través de narrativas: notas epistémico-metodológicas. En M. Alvarado y A. De Oto (Eds.). *Metodologías en contexto* (pp. 139-154). CLACSO.
- Roldán, Á. G. (2017). The Blind Method. Narrativas audiovisuales: creación, investigación y enseñanza en Artes Visuales. En *Ideas visuales. Investigación basada en artes e investigación artística* (pp. 180-189). Editorial Universidad de Granada.
- Roque, M. y Fassio, A. (2012). *Gerontología comunitaria e institucional* (3ª ed.). Universidad Nacional de Mar del Plata. En línea en: <https://www.algce.org/wp-content/uploads/2018/10/EGCI-Mod-02.pdf>.
- Sande, S. y Mauros, R. (2023). Armarios. La des-sexualización de la vejez como forma de deshumanización. En R. Mauros y S. Sande (Eds.). *Diálogos (im) perfectos / Vejez y feminismos* (pp. 117-142). En línea en: <https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/handle/20.500.12008/43024>.
- Santos Madrigal, O. (2024). Hacia los feminismos descoloniales, negros y comunitarios para descolonizar los estudios de género y salud. *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano*. CLACSO. 95.

- Schechner, R. (2000). *Performances, teoría y prácticas interculturales*. Libros del Rojas.
- Segato, R. L. (2016). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Prometeo Libros.
- Segato, R. (2018). *La guerra contra las mujeres*. Traficantes de sueños.
- Shock, S. (2021). El deleite de los cuerpos. *Revista El Deleite de los Cuerpos*. Año I. (1).
- Shock, S. (2025). *La Loreta/Pibe roto*. Muchas Nueces.
- Souza Lima, A. C. (2002). *Gestar e Gerir. Estudos para uma antropologia da administração pública no Brasil*. Rumele Dumará.
- Storni, A. (2017). *Poemas*. Biblioteca del Congreso de la Nación. Buenos Aires
- Taylor, D. (2015). *Performance*. Ediciones del Asunto.
- Tommasino Comesaña, N. y Correa García, N. (2023). Claves comunes entre la extensión crítica y la epistemología feminista. *Cuadernos De Extesión Universitaria De La UNLPam*. 7(1), 87-106. En línea en: <https://doi.org/10.19137/cuadex-2023-07-05>.
- Trosman, C. (2013). *Corpografías. Una mirada corporal del mundo*. Siglo XXI.
- Vinciguerra, L. (2020). *La semiótica de Spinoza*. Cactus

Sobre las autoras

Ximena Cabral

Doctora en Estudios Sociales de América Latina (Universidad Nacional de Córdoba, Argentina) con posdoctorado en «Ecología política, poéticas ambientales y luchas sociales» del Centro de Estudios Avanzados (CEA-FCS) de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina) y artista visual. Dirige el Laboratorio Cúbica: Contenidos en Ciencia, Salud y Ambiente desde perspectivas feministas y situadas dentro del Centro de Investigaciones en Periodismo y Comunicación (CIPeCo) de la Facultad de Ciencias de la Comunicación (FCC) de la Universidad Nacional de Córdoba. Se desempeña como directora en proyectos de investigación, extensión y transferencia. Su producción científica, labor docente y profesional se centra en indagar desde la creación de contenidos a partir de diferentes formatos y la hibridación de géneros (cine comunitario, documental, videoensayos, videonarración y micros sonoros) en torno a las temáticas de ambiente, territorios y feminismos.

xcabral@unc.edu.ar

<https://orcid.org/0000-0002-2395-4670>

Paola Bonavitta

Doctora en Estudios Sociales de América Latina (CEA-FCS), Magíster en Sociología y Licenciada en Comunicación Social (FCC-Universidad Nacional de Córdoba, Argentina). Es Diplomada en Feminismos comunitarios, campesinos y populares en Abya Yala por la Universidad Nacional de Jujuy y en «Feminismo en América Latina: Aportaciones Teóricas y Vindicações Políticas» (Universidad Nacional Autónoma de México). Es investigadora independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en Argentina, con lugar de trabajo en el Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades (Universidad Nacional de Córdoba, Argentina). Docente de grado y posgrado en la Universidad Provincial de Córdoba, Argentina. Miembro de la Red de Estudios de Diferenciales de Género de la Universidad de Alicante. Preside la asociación civil feminista El Telar.

paola.bonavitta@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0003-4758-4202>

Natalia Drazile

Licenciada en Letras Modernas de la Facultad de Filosofía y Humanidades (FFyH-Universidad Nacional de Córdoba, Argentina). Doctoranda en Comunicación Social (FCC-Universidad Nacional de Córdoba), cuenta con una beca otorgada por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba. Se desempeña como investigadora en formación del Laboratorio Cúbica dentro del Centro de Investigaciones en Periodismo y Comunicación (CIPeCo) de la Facultad de Ciencias de la Comunicación (FCC) de la Universidad Nacional de Córdoba. Participa en proyectos de investigación y extensión vinculados a una comprensión integral de las nociones de salud, cuerpos, cuidados y el uso de tecnologías digitales. Se desempeña como docente del nivel secundario y universitario, también como correctora y editora de narrativas y escrituras heterogéneas.

natalia.drazile@mi.unc.edu.ar

<https://orcid.org/0009-0000-0234-4403>

Luciana Dezzotti

Licenciada en Nutrición (FCM-Universidad Nacional de Córdoba, Argentina). Doctoranda en Estudios Sociales Agrarios (Universidad Nacional de Córdoba, Argentina). Docente en la Escuela de Nutrición, investigadora en el Centro de Investigaciones en Nutrición Humana (FCM- Universidad Nacional de Córdoba, Argentina) y participa en los Grupos de Lectura en torno a feminismos y transfeminismos radicados en el Centro de Investigaciones en Periodismo y Comunicación (CIPeCo) de la Facultad de Ciencias de la Comunicación (FCC) de la Universidad Nacional de Córdoba. Participa en espacios de investigación y extensión vinculados a la producción de alimentos, la sostenibilidad de la vida y los cuidados desde un sentipensar y hacer feminista. De manera entrelazada acompaña procesos de salud en el ámbito clínico.

luciana.dezzotti@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-9765-7927>

Eugenia Mariel Acosta

Licenciada en Comunicación Social y Especialista en Lenguajes y Comunicación Digital (FCC- Universidad Nacional de Córdoba, Argentina). Doctoranda en Comunicación Social (FCC-Universidad Nacional de Córdoba), cuenta con beca doctoral otorgada por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina). Se desempeña como docente de Narración Televisiva I en la Facultad de Ciencias de la Comunicación (Universidad Nacional de Córdoba, Argentina). Miembro del Laboratorio Cúbica dentro del Centro de Investigaciones en Periodismo y Comunicación (CIPeCo) de la Facultad de Ciencias de la Comunicación (FCC) de la Universidad Nacional de Córdoba. Participa en espacios de producción audiovisual comunitaria y en proyectos de extensión.

eugenia.acosta@unc.edu.ar

<https://orcid.org/0009-0001-4051-9072>

Natalia F. Franco

Profesora y Licenciada en Psicología (Facultad de Psicología-Universidad Nacional de Córdoba, Argentina). Maestranda en gerontología (Universidad Nacional de Córdoba, Argentina) y doctoranda en Ciencias Sociales (Universidad Nacional de Villa María, Argentina). Es becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en el Centro de Investigaciones «María Saleme de Burnichon» (FFyH-Universidad Nacional de Córdoba, Argentina). Se ha especializado en estudios de género, feminismos, violencias patriarcales, envejecimiento y vejez.

natalia.franco@mi.unc.edu.ar

<https://orcid.org/0009-0002-9070-7626>

Sofía Valeria Moroz

Locutora Nacional y Licenciada en Comunicación Social (FCC-Universidad Nacional de Córdoba, Argentina). Doctoranda en Comunicación Social (FCC-Universidad Nacional de Córdoba, Argentina) y Maestranda en Ciencias Sociales con mención en Políticas Sociales (FCS-Universidad Nacional de Córdoba, Argentina). Cuenta con beca doctoral otorgada por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina). Participa en proyectos de investigación y extensión (con becas SEU- Universidad Nacional de Córdoba y subsidios SIVT). Miembro del Laboratorio Cúbica dentro del Centro de Investigaciones en Periodismo y Comunicación (CIPeCo) de la Facultad de Ciencias de la Comunicación (FCC) de la Universidad Nacional de Córdoba. Se desempeña como docente en Políticas de Programación en Televisión y Práctica en Radio y Televisión (FCC- Universidad Nacional de Córdoba, Argentina). Desde estas actividades aborda temas como la economía política de la comunicación, la economía popular, el territorio y la comunicación de la ciencia y el ambiente.

sofia.moroz@unc.edu.ar

<https://orcid.org/0009-0001-0142-496X>

Jimena Ghisolfi

Profesora y Licenciada en Comunicación Social (FCC-Universidad Nacional de Córdoba, Argentina). Maestranda en Antropología Social (FFyH-Universidad Nacional de Córdoba, Argentina). Se desempeña como docente en nivel secundario y terciario y realiza investigación, gestión cultural y comunicación institucional en ámbitos educativos, académicos y estatales (CEA; CePIA-Universidad Nacional de Córdoba- y ICIEC). Su formación y trayectoria se inscriben en el campo de los estudios socioculturales del cuerpo, la comunicación y las prácticas artísticas, con énfasis en perspectivas antropológicas, de género y diversidad corporal.

jimena.ghisolfi@mi.unc.edu.ar

<https://orcid.org/0009-0008-9751-2470>

Colección

Encuentros en la extensión crítica

Estos *encuentros en la extensión crítica* están hechos de lecturas y escrituras dialogadas. Encuentros para compartir experiencias nacidas del núcleo hacedor de la extensión universitaria y su identidad relacional; donde el encuentro de saberes, procesos, imágenes, palabras definen un entramado de relaciones como campo de sentidos que se cruzan para dialogar y mostrar que están vivos.

Esta colección —desde la amplitud de su potencia transformadora— asume un rol político: son estas palabras, acciones.

Textos que manifiestan vínculos, como un inédito viable que toma el color, el sabor y el movimiento de los cuerpos que configuran los territorios donde buscamos encontrarnos.

Autoridades

Universidad Provincial de Córdoba

Rectora
Esp. María Julia Oliva Cúneo

Vicerrector
Ab. Daniel Artaza

Universidad Nacional de Córdoba

Rector
Mgr. Jhon Boretto

Vicerrectora
Mgr. Mariela Marchisio

Facultad de Ciencias de la Comunicación

Decano
Dr. Gustavo Urenda

Vicedecana
Dra. Marta Pereyra

•

Este libro se terminó de editar e imprimir en los
talleres gráficos de la editorial universitaria en agosto
de 2026 en la ciudad de Córdoba, Argentina.

•

e
u